

RAFAEL ALMANZA

PALABRA PÚBLICA

Por una sincera democracia en Cuba.

SINCERÁNDOME

Reúno aquí lo que considero más útil del periodismo político y cultural que me he visto obligado a escribir, por razones de cívica y de sobrevivencia, en estos años en que el socialismo agoniza en Cuba. De joven me invitaban a convertirme en periodista, puesto que yo escribía; y me irritaba que se confundiera el reino perdurable de la literatura con la mediocridad del diarismo. Pero una vez que he obedecido a la urgencia de este tipo de palabra pública, me siento agradecido por el ejercicio de literatura que me exige, y por la dimensión espiritual que supone. La cívica esculpe el alma, y sentirse digno por el deber cumplido de decir lo que otros callan y de pensar lo que algunos tal vez nunca podrán saber por sí mismos, sostiene el arte de la literatura con una dosis para nada despreciable de mundo interpretado y de autoestima probada. Nunca podré alcanzar la iluminación del periodismo martiano, que es poema épico y oración ecuménica; pero la obra menor alcanza a tener la gracia del servicio que se agota en su cumplimiento, sin alarde de otra trascendencia. Comenzando el siglo el mundo ha pasado de las esperanzas disparatadas a la falsedad de ignorar la obligación de la esperanza. No solo la realidad parece haber negado cualquier posibilidad de nobleza para la vida social, sino que el pensamiento tampoco propone alguna solución viable que eluda los paradigmas fracasados del siglo XX. Yo me he vuelto a mi propia tradición cubana para intentar entender mi país y atreverme a divisarle una estrategia de futuro inmediato, que he querido resumir en esa frase del Manifiesto de Montecristi: una democracia *sincera*. Descifrar esa frase es la clave de mi periodismo en las revistas de la oposición cubana: *La rosa blanca*, *La hora de Cuba*, *Convivencia*, *Diario de Cuba*, *Hypermedia*; y en cuanto medio pueda desplegar mi convicción de que no debo dejar al prójimo sin el auxilio de mi criterio, quizás no siempre inservible o dudoso. Me he equivocado mucho a lo largo de mi vida y continuaré errando hasta el final, para lo que reclamaré siempre la comprensión y el perdón de mis hermanos: excepto en mi necesidad de servir, sin escatimar esfuerzo o riesgo.

Camagüey, Cuba, 30 de octubre de 2018.

DEL MAGISTERIO EN LA ALDEA

Palas Atenea nació enterita, hasta con el casco y la lanza, de la frente de Júpiter. El llamado primer mundo, y con él el resto, padece hoy el complejo de Palas Atenea, pues el individuo individual cree haber nacido de sí mismo, sin más guía que la de su propia experiencia y de su pensamiento inmejorable, y así es, solo que su experiencia es televisiva y su pensar es el mismo que el de los demás televidentes. Pronto ni la televisión en sus diversas maneras logrará competir con la diversidad de pantallas magistrales, que educarán, sin que nadie lo advierta y mucho menos lo denuncie, a los individuos individuales. La desaparición de los maestros, o mejor, su sustitución por aparatos que transmiten mensajes orientadores para que nadie pueda ser maestro de sí mismo ni de sus semejantes, nos conduce hacia un infierno de idiotez colectiva, donde los individuos individuales, sin vínculo con otros individuos amorosos, serán sustituidos normalmente por aparatos que se autoprograman para establecer una tecnología de la ignorancia y la infelicidad. Lo peor es que los individuos individuales se sentirán sabios y felices. Y es probable que se sientan satisfechos de ser menos brutos que sus peinados políticos, y hasta protesten por el reguetón que dice lo que hacen.

Queda la esperanza, sin embargo, de que Occidente, acosado por intolerancias mayores que la propia, y a las que ya no puede someter mediante la superioridad económica y militar, logre escuchar mínimamente, gracias a las libertades civiles de que tanto se precia, al legado oriental de la sucesión de maestros, que en otra época compartiera. Hay países medio occidentales, como Cuba, cuya independencia política fue lograda por una sucesión perfecta maestro discípulo: Martí, discípulo de Mendive, discípulo de Luz, discípulo de Varela, discípulo de Espada. Como si estuviéramos en la India, cada maestro logró formar al menos un continuador, no un repetidor ni un epígono, que fue profundizando el legado histórico hasta que la nación, entre dolores inconfesables, fue creada. En el siglo XX esta transmisión se hizo más compleja y sufrió los embates de la confusión espantosa del totalitarismo occidental, que no es solo el marxismo o el fascismo, sino también el ateísmo, el culto de la mediocridad terrenal y la basura existencial como desiderátum absoluto. Pero la tradición Varela-Martí sigue viva en la

cultura cubana, y a pesar de que el país parece estar hoy más extraviado que nunca, incluso entre un grupo de intelectuales para el que esa tradición debe ser eliminada de inmediato por el culto del amor a sí mismo y la práctica del jacuzzi mental, nadie ha logrado proponer algo superior –y ciertamente, no lograrán proponerlo- a la praxis espiritual del magisterio cubano que pretende una convivencia con todos y para el bien de todos. Notemos que en esta fórmula cubana de la democracia el bien está en el centro, no el *todos*. No es el *todos* ni la mayoría ni el ser humano lo que importa: es el bien. Sobre la idea del bien el magisterio cubano no tiene que buscar nada más: su tarea terrible es desarrollarlo en las condiciones del extravío contemporáneo de los individuos individuales que abolieron la tradición de la búsqueda y la práctica de la sabiduría privada y colectiva, y en medio del atraso, la frustración y el pesimismo de más de medio siglo de equivocaciones. El ejercicio del pensamiento libre por hombres libres, en órganos de prensa, instituciones alternativas y grupos fraternales que defienden la libertad de pensamiento, constituye el cimiento de ese *con todos* futuro que podemos construir con más calidad que nadie en el planeta, puesto que tenemos las metas de altura y el ejemplo vivo de Martí, y que será la base de un *para todos* en el que la realidad del bien pueda ser comprobable a cada hora, sin coacciones ni mixtificaciones.

Cuba está entrando en las pantallas de Internet con esta problemática en llamas. Es muy difícil pronosticar lo que ocurrirá, y yo no tengo motivos para sentirme optimista ni a corto ni a largo plazo. Tampoco me place sumarme a la crítica apocalíptica del proceso civilizatorio, que acecha especialmente a las personas que como yo entran en la edad mayor. La suposición de que el magisterio profético cubano se extinguió con la Desunión soviética es una heredad rusa, no cubana. La soviétización interrumpió la necesariamente difícil pero nunca imposible construcción de la república cubana sobre sus propias bases, para instaurar fácil y rápidamente la sociedad universal y perfecta, cuyos criterios de perfección venían de alemanes y de rusos, que ahora han repudiado esas abominaciones como instrumentos intelectuales ridículos. Nos hemos convertido en rehenes voluntarios de una ideología de fosa que compramos por jóvenes, por violentos y por tontos. Los maestros se han acabado en Cuba como en cualquier parte, pero además por la práctica moscovita de que hay un solo maestro para todos, el Gran Hermano que todo lo sabe y ante el cual el resto de los ciudadanos no pasan de ser ignorantes irredimibles, sin más porvenir que el de convertirse en perfectos ortofónicos,

mudos como no sea para la repetición de la misma inmoral y fracasada consigna. Pero estoy seguro de que estas desgracias las podemos extinguir, por una razón muy sencilla: yo soy un maestro menor, pero de esta línea poderosísima, y no doy abasto para atender al número de muchachos y muchachas que acaban con mi ya reducido tiempo de vida y creación para obtener una orientación mínima, un apoyo paternal, la sensación de pertenecer, como pertenecen, a un linaje sublime, el de la sabiduría real de la existencia humana elaborada por una multitudinaria sucesión de maestros y discípulos mayores y menores a través de los siglos. Oriente y Occidente coinciden en semejante realidad en este perdido archipiélago de la idea global, y esa realidad es, por imprescindible, invencible.

CÍVICA Y POLÍTICA

Cívica es el derecho y la obligación que el ciudadano tiene de preocuparse por la buena marcha de los asuntos públicos. Política es el arte del manejo de los asuntos públicos. Ambas entidades coinciden en esa realidad de la *res publica*, y están claramente relacionadas; pero de ninguna manera deben confundirse. El político debe ser una persona cívica, y su accionar debiera estar cimentado en esa conciencia de obligación por el bien común. Muchos políticos comienzan siendo periodistas, maestros, médicos, arquitectos, incluso militares, profesionales necesariamente vinculados a una u otra variante de ese bien; y es su pasión por ese bien la que los conduce a la política. Pero no cualquier persona cívica se convierte en político: ni debe, ni puede. La actividad política positiva constituye una especialidad de la cívica, en la que la responsabilidad y el pensamiento se convierten en acción. Pues la especialidad de la acción no está al alcance, ni en el gusto, de todas las personas cívicas. Las hallamos en el barrio como personas sencillas, con más corazón que cerebro, con más buena voluntad que capacidad para obrar. Hay una variedad de personas públicas y de políticos, como también es diversa la actitud del pueblo hacia la cívica y la política; pero aquí vamos a intentar un comentario de la generalidad, porque estudiar la tipología exigiría un tratado. Consideremos de entrada a las personas cívicas que viven de tal manera las exigencias de una conciencia poderosa, que intentan dedicarse a la política como un alivio. Fracasarán, a menos que posean dones para el debate, la propaganda, la organización y el mando. A veces poseen una cifra de estos dones, pero no el conjunto, de manera que se convierten en auxiliares de un líder político, que los posee en su integridad y en su eficaz interrelación, o que destaca por el don de mando, que es el decisivo, pero carece de destreza en alguna de las otras direcciones. Esa relación resulta en ocasiones exitosa, como en el caso de Kissinger y Nixon: había la impresión de que gobernaba el canciller, no el presidente; pero cuando el segundo fue capturado en una baja escandalosa de civismo, el primero sobrevivió, tal vez con culpa pero sin máculas de ese linaje. La colaboración del hombre cívico con el político suele ser también desoladora para el primero, ya que el mantenimiento de la cívica cuando se lucha denodadamente por el poder, o peor, cuando se está ya en la silla rodeado de imposibles y de desafectos, demanda una suerte bastante rara de probidad. Por otro lado, el profesional que, siendo una eminente persona cívica, se convierte en legislador, ministro o asesor vinculado a

una personalidad de la política, o actúa en forma independiente, necesita abandonar o desatender aquella variante del bien común que es su vocación y con la que está seguro de beneficiar al prójimo. La sospecha de la persona cívica contra la impureza casi inevitable del político, y su propio sentido de la responsabilidad personal, por no hablar del hábito de realización personal que le ofrece su vocación, determinan que muy a menudo la persona cívica se haga a un lado, y aparentemente se desvincule de la política. Es el caso de Fernando Ortiz, antiguo senador liberal, finalmente sabio de la patria. Pero ese hacerse a un lado de la persona cívica, sigue siendo cívica, y en muchas ocasiones es política de alto nivel. Estúdiense el momento en que José Martí se niega a participar en el proyecto de dictadura de Gómez y Maceo en 1884. Hacerse a un lado, sin dejar de ser finura, requiere mucha bravura en los héroes: *No me pongan en lo oscuro a morir como un traidor*. Pues en efecto, la persona cívica puede hacerse a un lado en forma definitiva, como Ortiz, pero también volver a la política, como Martí, cuando las condiciones mejoran y no resulta una quimera ocuparse del bien público sin salir manchado. La persona cívica puede estar encerrada en la limpieza de su casa, como Cecilio Acosta en la época del dictador venezolano Guzmán, y el déspota seguir temblando.

Si la persona cívica desconfía del político, hablemos de la actitud del político hacia la persona cívica. Sea cual sea la cantidad de civismo que alienta en un político, siempre posee alguna, mientras que la persona exclusivamente cívica carece de esas cualidades, que ya hemos señalado y que el político disfruta como un privilegio. Por eso el hombre o la mujer que se dedican a la política —nótese que desde el principio estoy tratando de mantener el equilibrio de géneros—, suele ver a la persona cívica como alguien incompleto, imperfecto, a menudo inútil o contraproducente para los fines de su política. El político suele quedar decepcionado de lo que considera las pretensiones de la persona pública de vivir una pureza fácil, distante de los riesgos de la acción; y de la rapidez y dureza con que juzga la moral del político, sin sopesar sus propósitos y sus esfuerzos. Existen políticos de un civismo radical a quienes nadie les hace competencia, y cómo se quejarían entonces de las exigencias de las personas cívicas: pero son tan raros como José Martí y Mahatma Gandhi. El político corriente, abocado a los tropiezos y los fracasos de sus aspiraciones, envidia a la persona cívica que se da el lujo de exhibir un éxito profesional tras otro, y además alardear de honesto y de responsable

ante sus conciudadanos. A mi juicio el político lleva razón cuando se indigna del abandono gratuito, por confusión o error, de las personas cívicas que debieran apoyarlo. Pues ser una persona verdaderamente cívica no garantiza la infalibilidad de pensamiento o la moral absoluta. Estar al margen de la acción como resultado de una incapacidad responsablemente asumida, puede tornarse una posición cómoda, inmoral incluso, la del que permite que padezcan o mueran otros mientras se asciende a la torre de marfil o se disfruta del jacuzzi mental. He celebrado el retraimiento cívico, pero ciertos distanciamientos no tienen nada que ver con la ética; y cuando las personas cívicas de mayor rango se apartan de la dimensión política que les corresponden sin una causa defendible, abren el camino para ser sustituidas por personas de inferior nivel, o simplemente por arribistas, que tal vez el político identifica y detesta pero que se ve obligado a usar puesto que no cuenta con un equipo óptimo y suficiente. El político puede corromperse o perder el rumbo, y la persona cívica no está libre de transmutarse en un fraude muy fino pero de un extravío tan perjudicial como un robo o un crimen: la sociedad pierde con esas personas las referencias de ética y de reflexión que debieran sostenerla.

Se me dirá que este análisis enfrenta de forma despiadada al político y a las personas cívicas. Me limito a describir lo que veo: contradicciones, conflictos, lucha. No defiendo el mito de una sociedad perfecta, por falso y porque ha sido siempre la justificación del despotismo. *El Senado y el Pueblo Romano*, era, no obstante, el lema de aquel imperio paradigmático, y habría que agradecerle el realismo y la franqueza: pues definía, con términos de la época, no la uniformidad sino la unidad conflictiva de una sociedad. No identificaré al senado romano o norteamericano con los políticos y las personas cívicas, pero para mí está claro que la sociedad no es homogénea en nada, y menos aún en la actitud ante los problemas sociales. Las personas cívicas y los políticos están sumergidos en el pueblo. Según la politología contemporánea, el pueblo es el soberano de la política. Eso está bien, pues cualquier otro soberano se llama déspota y debe ser abolido: lo que está mal es la idolatría del pueblo, como si se tratara de una colectividad de santos. La santidad existe, y es popular, pero no hay pueblos sino individuos santos, y muy escasos. Por otro lado, la sociedad incluye, entre otros, a los niños y a los retrasados mentales y a las personas aquejadas de una enfermedad terminal, que no están en condiciones de dedicarse a la *res publica*. Peor: abundan los

hombres y mujeres perfectamente sanos e inteligentes a quienes la *res publica* no les importa tanto como la res en la mesa del comedor. Se acuerdan de la política cuando falta la res en la mesa, y aun en ese caso delegan en los políticos la inmediatez del suministro. La mayoría de la sociedad está integrada por ciudadanos que, por una u otra motivación o por carencia de ellas, no son ni quieren ser políticos ni personas cívicas, y que manifiestan hacia estas últimas tanta desconfianza como las personas públicas y los políticos entre sí. Fuera de la vida personal o a lo sumo familiar, estos ciudadanos no encuentran nada de interés, excepto cuando son perjudicados sus intereses personales o familiares, en cuyo caso culparán a los políticos, al karma de la nación o a la divinidad: ellos son inocentes. A fuerza de displicentes y egoístas, se creen ejemplares; y hablan de la suciedad de la política como si estuvieran impolutos de nacimiento. Ahora bien: mientras mayor sea la indiferencia, la pasividad y la suspicacia, peor será la sociedad y su gobierno. Aquí se nos presenta la tentación imperial de incluir a los políticos o las personas cívicas o a una alianza de ambos como un senado de la responsabilidad, que tiene naturalmente el mando y una función magistral frente a un pueblo desidioso. Así ocurre, para desgracia, en la mayoría de las escasas democracias actuales cuando la gente se siente bien, porque en las crisis periódicas aparecen los indignados del pueblo, a quienes no habíamos visto nunca ni coléricos ni complacidos y que desaparecen en cuanto el senado resuelve la crisis. La sociedad no puede ser gobernada ni instruida para el buen gobierno por unas personas que no desean gobernar ni ilustrar a los otros; ni siquiera ilustrarse a sí mismos con la ciencia o por lo menos el respeto del buen gobierno. Pero cuidado: eso no significa que esas personas carezcan necesariamente de gobierno o ilustración. En una sociedad culta contemporánea la mayoría de los ciudadanos tienen suficiente libertad para gobernarse a sí mismos, y suficiente ilustración para entender el buen gobierno. Y *por eso* el pueblo es ahora el soberano, por debajo y por encima de los senadores de la cívica y de la política. El senado romano no ignoraba a su pueblo: existía el Tribunado de la Plebe, que podía desafiar al senado y de hecho lo puso en aprietos en ocasiones. En la política contemporánea, siendo el pueblo el soberano por el poder del voto secreto y libre, las personas de la cívica y de la política, que padecen contradicciones entre sí, sufren su mayor contradicción con el resto de los ciudadanos, de quienes necesitan un apoyo meditado y activo que casi nunca obtienen. Unos y otros acaban conformes con el espectáculo de un consentimiento popular pasivo, forzado o libérrimo, y sin entusiasmo ni esperanza, lo que significa el fracaso de la cívica y de la política por igual.

Los hombres y las mujeres de la cívica y de la política debieran pues estar más atentos a la calidad cívica y política de su pueblo que a la perfección o eficacia de sus propias proposiciones o acciones. Un senado de santos no mejorará de por sí a un pueblo pervertido. Y los santos se mueren, pero el pueblo, tal como sea, permanece. Otra noticia grave: nunca hubo un senado de santos, ni de personas moralmente eficaces, en un pueblo corrupto. Pues las personas de la cívica y de la política son parte del pueblo, han surgido de él, y por mucho que detecten sus deficiencias y errores quedan marcados por ese origen, aunque solo sea por la tristeza y la angustia de las inmoralidades que enfrentan. Además, el ascenso a la cívica o a la política se efectúa en el interior de ese pueblo —aun cuando la persona se encuentre fuera del territorio nacional, pues se trata del alma, no del territorio—, y resulta excesivo esperar que la mayoría de esas personas no hayan sido afectadas, a lo largo de su vida, por los vicios y las limitaciones del pueblo en que nacieron. Dicho de otra manera: a las personas de la cívica y de la política les conviene un pueblo lo más cívico y lo más interesado en la política que se pueda alcanzar, tanto por razones de eficacia social como por las de salvación personal. Para el déspota, por el contrario, la estupidez y la blandenguería del pueblo al que cortejan constituyen la salvaguarda de su poder. Solo un estúpido se mete a déspota; y el déspota tiene voluntad para mucho, excepto para respetar al prójimo, virtud al alcance de una multitud de humildes y que a esos semidioses parece exigirles un heroísmo insoportable. El déspota es el resumen de la basura de sus conciudadanos, y suele comunicarse muy bien con ellos, a través de sus miserias y manipulando sus bondades, y necesita cultivarles la inmoralidad, aunque eleve templos a las virtudes tradicionales de su pueblo. Pero el demócrata tiene que atender a la decencia de los suyos, o tendrá un gobierno populista, no popular; masa degenerada, no pueblo de Dios. La politología contemporánea estudia la participación de la generalidad de los ciudadanos en la cívica y en la política, pero hasta ahora no conozco ninguna fórmula suficiente y universal. El *con todos* de Martí sigue estando en el horizonte. Pero no es un horizonte. Hoy es alcanzable desde el punto de vista técnico: la red informática sería, si quisiéramos, un medio para el referendo permanente, para el plebiscito inmediato, para la comunicación y la decisión cívica y para la educación de todos en el *con todos*. Pero el político, y muchas personas cívicas, suelen distanciarse de ese difícilísimo *con todos* actual. Desde el principio se han erigido en nueva aristocracia: fijémonos en ese título de Asamblea

Nacional que desde 1789 califica a unos cuantos parlamentos (se les llamó primero así, por su función de diálogo con el monarca). Una reunión de políticos no es la asamblea del pueblo. No se puede reunir la asamblea de un pueblo y solo la asamblea de la totalidad del pueblo sería Asamblea Nacional: impráctica e inútil. En otros países se le llama Congreso a la reunión de los políticos electos: franco e igualmente erróneo. Se trata solo de la Representación Nacional, que supone no solo actuar por los otros sino actuar mejor que esos otros, pues de ahí proviene el derecho de representación. El político debiera evitar el suicidio de representar a gente necia y sin carácter, y de lanzarse a esa competencia. Lo que hace a menudo es obviar la representación, fingirla, y decidir como si ellos, los políticos, fueran el *con todos*, cuando a menudo no son sino una oligarquía impotente permitida por los tontos y los flojos. Usurpando la representación, sí que representan: la miseria de los representados. La eficacia del gobierno no está arriba, en las decisiones de un grupo, sino abajo, en la calidad cívica y política de los dirigidos, por la que deben luchar sin cesar los padres de familia, los educadores, las personas de la cívica y los políticos.

De este breve examen habría que concluir que el buen gobierno es, si no imposible, improbable; y que a menudo sufriremos pueblos corruptos, personas públicas insensibles y políticos tiránicos. Lo que no habrá nunca es un gobierno ideal, pero la fórmula del buen gobierno está allí en ese *con todos* martiano, que nos obliga a contar con el otro, sea el que sea, y a no aislarnos en la tontería de las personas públicas infalibles, los políticos predestinados y los pueblos heroicos. Entender que tenemos que contar con todos, incluso con los pésimos y los insalvables, y especialmente con la otra especificidad social, el individuo con el otro individuo, el grupo con los otros grupos, y cada cual con la complejidad del conjunto, nos puede salvar del desastre privado y colectivo. Tanto la persona humana como las sociedades son en sí conflictivas, y la democracia es el primer sistema político en la historia —seguramente no será el último— en reconocer esa conflictividad y proponer un equilibrio de intereses mediante los derechos civiles y los mecanismos de representación en el ejercicio del poder. No hay democracia en el que ese equilibrio no sea frágil y dudoso, o discutible y mejorable, y en todas siguen existiendo los delitos comunes y los candidatos funestos. La fórmula martiana de la democracia, que debiera presidir como divisa nuestro Escudo Nacional, aporta un elemento fundamental para el logro de ese equilibrio, de esos equilibrios. La

noción de que la república existe *para el bien de todos* coloca a la idea del bien como fuente y destino de la acción cívica y política. El bien acordado entre todos: he ahí lo que puede unir al político, a la persona pública, al pueblo que delega en ellos la soberanía; lo que puede limitar los excesos y evitar las indolencias. La República Cubana está en posesión, hace más de un siglo, de esta cristalina joya intelectual; y la hemos desatendido siempre. La agonía de nuestro país, que es la del socialismo pero en primer lugar la de tantos vicios acumulados durante medio milenio, de los que el socialismo ha sido solo un episodio, puede prolongarse en forma interminable, incluso mutando a otras variantes de la desgracia, si los políticos cubanos, del gobierno y de la oposición, siguen desatendiéndola; si las personas públicas de cualquier tipo y opinión no asumen su funcionalidad provechosa; si unos y otros no se vinculan en la responsabilidad por un pueblo desalentado y desorientado, cuya lamentable condición los conduce, a unos y a otros, a un garantizado fracaso. Tal vez porque yo no soy, ni puedo ser, gracias a Dios, un político, es por lo que creo, egoístamente, que este es el momento de la cívica, más que el de la política; que habrá buena política cubana si ahora nos esmeramos en una cívica nacional contra la cual se estrellen una y otra vez el mal que hemos heredado y el que estamos agregando ahora. El totalitarismo burocratiza, envilece, frustra y destruye la autoestima y la capacidad de actuar de los políticos emergentes en su propio bando; persigue y destruye a los de cualquier otro; secuestra, mediatiza, amordaza y pervierte a las personas cívicas; y el pueblo se convierte en masa irresponsable, obediente a cualquiera que detente el poder. La batalla de la cívica es universal y permanente: y en las condiciones de la Cuba de hoy, nada resulta tan constructivo y eficaz, en orden a la instauración de una democracia autóctona y viable, que la restauración del sentido cívico de los ciudadanos, desde la visión de la persona y el barrio hasta los grandes problemas del estado y la sociedad. Para eso este escritor soporta el suplicio del periodismo independiente, abandonando el paraíso demandante de la creación; para eso releo deslumbrado a Martí; para eso he escrito este artículo.

Febrero, 2016.

RAZONES PARA DESCONFIAR DEL PERIODISMO

Hubo una época inverosímil en que no había periodismo. La gente cree que el mundo fue siempre así, con noticias y discursos; pero hasta el siglo XVI la información de lo que pasaba corría en boca de los interesados, o se refugiaba en los pergaminos que pocos sabían leer. La propaganda o los terrores la gritaban unos tipos con trompetas por las calles, o a lo sumo en asambleas pasivas: en el Japón, el emperador no le habló al pueblo en mil años, y cuando lo hizo se acabó como emperador. La vida era lenta, familiar, personal, interior. Los cambios se reducían a lo mismo de ahora: quién derrocó a quién, quién mejoró de posición a costa de quiénes, cuántos murieron en catástrofes o en guerras, cuánto cuesta y cuándo tendremos la mercancía, por dónde viene la epidemia, a veces el anuncio de la visita de unos saltimbanquis, un demagogo, un predicador o un santo. La mayor parte de la sociedad no se interesaba por aquello que no afectara directamente su vida corriente, que era la más corriente de las vidas. Le dejaban el periodismo a los ricos y poderosos, que seguían matándose entre sí, y haciéndolos morir a ellos, para seguir siendo poderosos y ricos.

La imprenta creó el periódico a principios del seiscientos, y con él los asuntos públicos giraron en una dirección que yo mismo no me atrevo a considerar negativa. La batalla por el poder y la riqueza dejó de inmediato de pertenecer a una casta de informados. Mucha gente empezó a enterarse de lo que le convenía, y por lo tanto a asumir una actitud inteligente. Comenzaba la era democrática, no por el poder gobernar sino por el *poder saber*. Un número de personas que vegetaban en la ausencia de datos se incorporaron al manejo de la sociedad. Los candidatos a ejercer el poder central o los poderes ancilares se multiplicaron, incluso entre la plebe. El periodismo, todavía sin periodistas profesionales pero con autores de palabra poderosa, impulsó la era de la democracia burguesa y precedió positivamente a las revoluciones en Inglaterra en 1648 y en Francia en 1789. Es sabido el rol que jugaron en París los libelos que se burlaban del frenillo en el prepucio de Luis XVI, por fin operado. Luego le intervinieron la testa. Un papel puede más que un ejército en la época de cambios sociales, y Machado el egregio efímero dijo que a él no lo tumbaban con papelitos: bastó con unos carteles de huelga. La noticia real o manipulada, y los manifiestos, se habían convertido en un

poder. La imprenta pasaba de la difusión de la Biblia, la ciencia o el arte, a la ambigüedad de la política.

Como vivimos en la era democrática, incluso en los países en los que la democracia es débil o no existe, ya no podemos pasarnos sin periodismo, impreso o digital. El número de periódicos es uno de los índices reverenciados de la calidad de la vida. Un retorno a la época en que la sociedad estaba desinformada resulta inimaginable, y no seré yo quien se aliste entre los actuales críticos del proceso civilizatorio que nos proponen un regreso a la comunidad gentilicia. La democracia no ha surgido por gusto: como acabamos de ver es un resultado inevitable de lo que en el siglo dieciocho se conocía como las luces: el incremento del saber acerca del mundo y del hombre, que genera una nueva capacidad de acción individual y colectiva. Estar informados es una necesidad y un derecho de todos, incluso un deber, aunque veremos que esto último es más complejo de lo que se cree; y es un derecho defendible expresarse libremente, puesto que esta expresión forma parte del derecho y la necesidad del otro a saber lo que piensan los otros, para poder actuar de manera sabia en beneficio propio y de todos. Las sociedades contemporáneas se hundirían sin la gigantesca cantidad de información que hay que manejar para manejarla. La mayoría quisiera vivir en la tranquila ignorancia de la Edad Media, siempre y cuando fueran otros los siervos de la gleba que le manejaran la alta tecnología; pero la mala noticia que no difunde el periodismo actual es que todos tenemos que procesar información de todo tipo si queremos mantener el nivel civilizatorio que hemos alcanzado, por no hablar de superarlo. La crisis económica global desatada en 2008 se hubiese evitado si a mediados de la década la prensa hubiera denunciado el desmadre de los banqueros liberales, obligando a los ciudadanos, a los políticos, a los parlamentos a actuar. Todos los que *podían saber* lo sabían y *casi todos* se callaron. Ahora los políticos han hecho algo, pero en el fondo sigue siendo tabú el debate acerca de las técnicas especulativas en el capitalismo, que son tal vez suprimibles o al menos vigilables y controlables mediante la democracia, como lo han sido las jornadas de trabajo de doce horas, la ausencia de vacaciones o el despido por la libre. Pocos quieren ir contra el descarro porque casi todos sueñan con beneficiarse del desmadre. Ojalá fuera cierta la afirmación del presidente de Francia de que el liberalismo se acabó. A mi juicio, se ha replegado hasta la próxima recuperación. Pero quizás antes de la crisis engendrada por un nuevo regreso del desenfreno, la democracia

económica y social habrá crecido en los países democráticos lo suficiente para, esa vez, ajustarle las cuentas. Los indignados jóvenes europeos de hoy marcan el rumbo. Ahora están *avisados ya*.

Es así que sin la más amplia comunicación social las sociedades contemporáneas colapsan. Su futuro depende precisamente en buena medida del progreso de la comunicación social, que va más allá del periodismo pero que lo incluye, al menos hoy por hoy, como una táctica de primer orden. Mis razones para desconfiar del periodismo radican en que no encuentro por ningún periódico una declaración de sus propósitos y sus límites. El periodismo se vivencia a sí mismo como un fin absoluto, como una entidad más real que la realidad que maneja, y hay diferencia entre lo imprescindible y lo indiscutible. El periodismo debiera empezar por entenderse a sí mismo como una pieza de discusión, una materia de duda, un instrumento peligroso. Periódicos conocidos como *La verdad* o *La humanidad*, debieran haberse titulado *Nuestro bando*, aun sin traicionar sus presupuestos teóricos. Hay países, como el nuestro, en que el periodismo fue suprimido y ahora renace agónicamente en un esfuerzo para que la sociedad no colapse, arrastrándonos a muchos ciudadanos que no tenemos ni la menor gana de ser periodistas, y que lo seremos solo por obligación o mandato del alma, mientras nos resulte forzoso. Pero ya que yo mismo, contra mi voluntad, tengo que intentarlo, y puesto que lo hago con esas previsiones, no encontrando claridad ajena que satisfaga mis escrúpulos, me atrevo a unas suspicacias elementales, que de ningún modo pretender ser exhaustivas. Uso el término de síndrome en el sentido aprobado por la Academia de *conjunto de fenómenos*, pero también como el de síntomas de la patología social de la Ausencia de Respeto. No sabemos manejarnos, estamos enfermos. Y no tengo que aclarar que yo mismo participo de estas enfermedades. Confieso estar haciendo la lista de mis tentaciones, que quisiera evitar o por lo menos caer en ellas sin idiotez ni hipocresía, para poder rectificar o que me rectifiquen.

1. *Síndrome de velocidad*. El primer periodista del mundo fue el soldado de Maratón, que corrió decenas de kilómetros hasta Atenas para anunciar una victoria. Durante siglos nadie se ocupó de él, hasta que el culto de la rapidez lo convirtió en la pieza emblemática de los Juegos Olímpicos. ¿Había necesidad de tanta prisa? ¿Este

soldado vigoroso y leal tenía que morir para que unos esclavistas en Atenas suspiraran de alivio por adelantado? El equivalente moderno de este disparate criminal son las reflexiones categóricas de los periodistas en cuanto se dispara un acontecimiento imprevisto, sea una sublevación contra el príncipe del Libro Verde o un tsunami que desgracia una estación nuclear. Personajes de enorme inteligencia, incluso especialistas respetables, se lanzan a opinar sin tener tiempo de haber estudiado el asunto, abusando de su autoridad y de la ignorancia de los que en ellos confían, intentando ser útiles o procurando la gloria inmarcesible de *actuar en la historia* con sus criterios. Y en efecto, políticos incultos, sumergidos en esa inmediatez de opiniones, se lanzan a acciones irresponsables, como la intervención en Irak después del derribo de las torres, que afectan a todo el planeta por años y años. Y nadie reclama nada a los manejadores del suceso. *America under attack*, letrado inmediato y permanente de las televisoras. Pero el espantoso triple acto terrorista no equivalía a un acto de guerra contra los Estados Unidos, que era lo que sugería el letrado. Un acto de guerra es otra cosa, y dista de ser un lujo filológico precisar los términos. Ahora vemos que fue un hecho aislado y controlable, y que Sadam Hussein pudo haber acompañado hoy en la agonía a Mubarak o Kadaffi, con un inmenso ahorro de sufrimientos. A veces habrá que actuar con rapidez para salvar vidas, pero cuidado con la velocidad que las pone en peligro. Había que haber callado, soportado, sufrido y llorado, y rezado, después del once de septiembre. Habría que haber elevado cuatro templos en el Punto Cero, uno cristiano, otro judío, otro islámico, otro ecuménico, sin denominación alguna, no una nueva torre a ver si de nuevo se atreven. En cuanto a los muertos interminables de Irak, el Señor lento para la cólera habrá de tener compasión por sus victimarios. Ninguna noticia, aun siendo verdad, es la verdad. La verdad es una categoría compleja, que estudian en nuestros tiempos Derrida y Levin, y para acercarse a ella se necesita, como seguiremos viendo, un tiento especialísimo para el cual la prisa, la urgencia, la respuesta rápida y contundente es precisamente el procedimiento fracasado.

2. *Síndrome del interés*. En todo momento, los que tienen la verdad y hablan por la humanidad están interesados en lo que creen que son sus interesantísimos cuanto interesados intereses. Es interesante que el interés desinteresado de Carlos Marx por denunciar esta vergüenza con el nombre de ideología haya sido ignorado

interesadamente por los marxistas -o lo que fuesen- en el poder. También es interesante que Marx dijo que él no era marxista (*je non sui pas marxiste*, para colmo en francés), que es precisamente lo que, siguiéndolo a él en su honradez científica, hace veinte años, llegó a pasarme a mí. ¿Existe alguna posibilidad de que el concepto de ideología, como el interés de una clase o de un grupo social por presentar sus intereses como absolutos o por lo menos comunes al resto de la sociedad, limpie la conducta de los comunicadores sociales? Dicho de otra manera: ¿la verdad, la *pravda* de Lenin, le sirve de algo aunque sea a la culta *humanité* francesa? ¿Por qué el Siervo de Dios padre Félix Varela, fundador de la patria cubana, en su primer discurso público nos invitó a amar la verdad y la paz? Porque sin verdad no puede haber paz, y como la verdad no es patrimonio de nadie, se necesita el reconocimiento de los propios límites, no solo intelectuales, sino de propósitos y voluntades. Me gustaría fundar el periódico *Mi interés*, que no sería un blog pornográfico como creen los que no me permiten tener la Internet, sino un vehículo para saber cuánta gente quiere lo mismo que yo. ¿Hay personas capaces de tener interés en ser lo más desinteresado que le permita el interés de ser siendo el que es por el interés de Dios? Sí, pero son muy pocos. Confesar el interés es vivir en la verdad y por lo tanto en la paz para sí mismo, y también para el resto de los que nos acompañan con sus intereses en el mundo. Disfrazarlo, equivale a guerra, crimen, neurosis personal, infierno. La multiplicidad de la comunicación social alivia, desde luego, esta desgracia. Muchas voces con intereses distintos o contrapuestos es mejor que un solo periódico con el interés de un tipo o un grupo de tipos convertido en verdad revelada y castigadora. Podemos pensar que los blogs constituyen el supremo alivio. Bueno, depende. Incluso ese contrapunto de voces puede volverse un guirigay sin responsabilidad alguna, o un aburrimiento no ya sin utilidad sino cancelándola en forma completa, puesto que aparece como la posibilidad última de romper el monopolio de los intereses, si cada cual se atiene a la falsedad y la traición de su absolutismo. Amemos la verdad y la paz, la paz que da la verdad, la paz que es construida por la verdad de que somos interesados, que no podemos ser sino interesados, que tenemos intereses comunes con otros, pero que jamás todos nuestros intereses coincidirán con los de todos, y que fingir ese fraude es anatema.

3. *Síndrome de mafia*. Gertrude Stein, que amaba a las mujeres, dijo que una rosa es una rosa es una rosa. El grupo es el grupo es el grupo y no es la sociedad. Las voces aisladas no cuentan, pero los sabios son siempre pocos. Lo peor es cuando las voces aisladas, por reacción inevitable, se instituyen en dos grupos igualmente peligrosos: el de los aislados idénticos y sin sabiduría, y el de los sabios reales que, siendo necesariamente diferentes, se aíslan creyendo que no forman grupo. Oh sí, forman el grupo de los aislados diversos. Los grupos son inevitables, una sociedad jamás es un grupo sino una sumatoria de grupos que se superponen. La división en sexos o edades impide que la sociedad sea ese bloque que la ideología y la demagogia llama pueblo. Un pueblo unido jamás será vencido pero nunca se ha visto unido totalmente a un pueblo, ni siquiera en la calle a la fuerza, ni el de las personas entre quince y setenta años, ni se verá jamás. Uno puede pertenecer al grupo de los mayores de edad y de los que están en contra de la adopción de niños por el matrimonio gay, que son dos grupos distintos, y al mismo tiempo pertenecer a otros grupos, el de los cristianos o los santeros, los liberales o los marxistas. El marxista cree que la clase social, es decir, la pertenencia a un grupo económico y social, resulta decisiva si no absoluta: lo que no explica por qué nunca ninguna clase obrera en el mundo ha pertenecido a un solo partido, el que fuese, ni siquiera en las condiciones de la más amplia democracia. Y aunque el periodismo, especialmente el de los blogs, permite la expresión de los distintos grupos sociales con su necesaria superposición, el uso político de la información, que desde luego es inevitable, conduce a la creación de mafias informativas, en la que la opinión de un grupo intenta imponerse como solución -ya que no como verdad revelada-, apoyándose en cualquier superioridad tecnológica, financiera o militar. Otra variante es la del bloque de opinión, que se vuelve hermético: si yo estoy a favor del llamado matrimonio gay, y lo estoy, debo estar a favor de la adopción de niños por esos matrimoniados. De lo contrario soy un católico (los obispos piensan otra cosa) y un reaccionario, y un inútil para la sagrada causa de la bandera de los siete colores. Una vez le dije a un periodista católico y a otro liberal que algunas expresiones debían estar prohibidas por la ley. Me miraron con un asombro condenatorio. Me refería a las calumnias e injurias personales y a la propaganda de violencia. Pero el silencio me impidió explicarme.

4. *Síndrome de Narciso*. El periodismo se niega a reconocer su función social: la parcialidad responsable de las verdades. El periodista cree que si dice su verdad, está haciendo un bien, y eso es indiscutible; pero si dice su verdad sólo como su propio bien, está limitando su verdad hasta los límites de la irresponsabilidad y la mentira. Un periodista que jamás dijo una palabra sobre los crímenes de Sadam Hussein nos viene con una contabilidad indignada y piadosa de los muertos en Irak. Como si una cosa y la otra no tuvieran la más mínima relación. Los Estados Unidos nunca atacarían a un país democrático, por la sencilla razón de que no podrían ganar. Se ataca o se manipula a las dictaduras precisamente porque son débiles. Me simpatiza la reforma del sistema de salud estadounidense emprendida por el presidente Obama, pero el documentalista Moore cree que todos los hospitales cubanos son el Amejirias. Y es verdad que el Amejirias es un buen y democrático hospital, que debiéramos multiplicar por el archipiélago a la manera británica, o cubana. Que Moore se dé una vuelta por el Amalia Simoni o la Maternidad de Camagüey. El periodista enamorado de su propia honestidad, y hasta de su valentía, por no hablar de intereses menos santos, puede convertirse en una plaga. Cuando Narciso el periodista se contempla en las aguas de su propio texto o video, y su Arcadia es democrática, puede esperar que su hermosura pueda ser discutida y hasta rectificada o negada por un público ávido de pasarelas. El asunto se complica inmensamente cuando no hay democracia sino represión: un texto o un video puede desatar un tsunami social o más comúnmente contribuir a las desgracias que enfrenta. Incluso los enemigos de la democracia pueden prever que va a actuar así, hermosamente, y manipular toda esa hermosura en su favor. El ser humano es limitadísimo, y hay profesiones que no pueden realizarse sino por personas con una determinada cantidad de autosatisfacción, que antes se llamaba vanidad: médicos, actores, bailarines y sacerdotes. Y periodistas. También suelen aparecer entre los escritores, y dicen que soy uno de ellos.

5. *Síndrome de modestia*: creer que son otros, o los otros, los que deciden. Y los otros son el pueblo, o sus dirigentes. Pero si usted ha comunicado, ya ha decidido comunicar, que no es poco, y seguramente ha comunicado *para algo*. Corolario del síndrome anterior. El comunicador social se limita a comunicar para que otros decidan. Si es responsabilidad y humildad, como demando, está muy bien. Pero la decisión de informar forma siempre parte de la elaboración de otras decisiones. Por

cierto, muchos periodistas asumen este reto convirtiéndose en políticos, y muchos políticos comienzan siendo periodistas como parte de su acción social. Eso está bien, y es común en democracia. Cuando no la hay, el comunicador más que sentirse un narciso está aterrado con el ejercicio de su cívica, y como la ausencia de democracia le ha impedido también tener una idea de cómo funciona la información y la acción sociales, se encuentra extraviado en un vacío de posibilidades que le autoriza a decir: he cumplido, ahora ustedes. En nuestro caso confío en que iremos adquiriendo muy lentamente y a costa de terribles sacrificios la madurez social requerida para que podamos ir más allá, hasta el momento en que los mejores periodistas se sientan partícipes de la plenitud del intercambio social, y unos se conviertan en políticos y otros reconozcan su función fraternal en la vida de la nación. No es un asunto puramente cubano. Tanto el narcisismo como la modestia forzada o falsa llenan la comunicación social en todas partes del mundo. Asombrosamente, el periodismo puede convertirse en un vehículo de desidia o indiferencia ante la acción ciudadana, como si después del periodista napoleónico o nihilista viniera el diluvio, o por lo menos el próximo período glacial. En Cuba existe, además, la tentadora puerta del exilio.

6. *Síndrome del bruto*. Con todo lo anterior, los métodos de la reflexión responsable sobran, y sus representantes también. Hay un enorme número de periodistas que son puros ganapanes y que reciben *diariamente* la evidencia de que su profesión es una porquería, de manera que tomársela más allá del salario les resulta ridículo. Ni hablar entonces de pensar, o pensar primero en pensar. Se escribe lo que hay que escribir, lo mismo que se ha escrito y que se escribirá y que funciona para que todo siga funcionando, mal o peor. Pilatos dijo que lo escrito, escrito está. Hay periodistas brutos, eso es inevitable, como hay médicos que son matasanos, pero hay otros que se comportan como brutos sin serlo por estas razones que digo, sobre todo cuando los años pasan y se pierden los arrestos y las esperanzas del graduado recién. Una variante de la brutalidad periodística es el estilo. Saber qué es lo que hay que escribir consiste ante todo en seguir un estilo. El periodismo oficial cubano es el paradigma del estilo bruto homogéneo. Se pueden intercambiar los nombres de los periodistas en los artículos, y nadie lo notaría. Los puntos de vista son los de siempre, hasta que cambie el punto de vista del siempre, en cuyo caso cambian incluso sin rectificar el punto de vista pretérito, aburrida y disciplinadamente. La

función de este marasmo es convencernos de que la verdad es nuestra y como es la verdad no cambiará nunca, excepto cuando cambie. Los chinos, por ejemplo, construyen exitosamente el capitalismo con el nombre de socialismo, a los pies de Mao. Por cierto, el divertido comunista Nicolás Guillén nunca escribió, antes del 59 al menos, con esa palabrería previsible ni ese tono de todos conocido, y dejó claro que no le gustaba el show del Mausoleo de Lenin; ni el socialdemócrata Raúl Roa, antisoviético agudísimo; por no mencionar la prosa amable de Chibás, lector de Joyce, de Kafka, de Proust, de Juan Ramón, profetizando en Bohemia que el socialismo soviético duraría setenta años. Noto con horror que buena parte del periodismo cubano independiente sigue la pauta del bostezo y la parálisis propia del periodismo oficial. Yo comprendo que no todo el mundo puede tener un estilo periodístico propio, o una variedad interminable de estilos si uno alcanza el genio de José Martí; pero hay que tomar conciencia de que el estilo en sí también comunica, y que la homogeneidad de estilo es un síndrome de brutalidad del que hay que escapar, sobre todo cuando se tiene el propósito o incluso la tarea de hacer la diferencia. Una homogeneidad periodística antioficial no es más que la cuna de una nueva y peor oficialidad. Debíamos estudiar el inventario de los tonos, los enfoques, los tics de ese tedio, para esquivarlos, y también para considerar cuánto mal se oculta en esas sonrisas literarias, esas comodidades de expresión, esa parrafada de que todo está bien, en la realidad o en la ideología, de este lado o del otro, salvo detalles cómodamente corregibles algún día. El mundo es demasiado inhabitable para que la comunicación social se dé el lujo de ser autocomplaciente. El periodista que no cuestiona, es infiel y debe ser sometido a sospecha. El periodismo tiene la obligación de ser inteligente y, en esto idéntico a la vocación profética cristiana, tiene que ser una y otra vez signo de contradicción.

7. *Síndrome de amoralidad.* Una noticia rápida y contundente que prueba que nuestro grupo tiene la verdad absoluta para la *humanité* como siempre han sostenido nuestros brutos, qué puede constituir sino una completa inmoralidad. Hablar de moral ahora es inmoral, es amoral, es ridículo. Yo escribí unos cuentos en que no aparecían prostitutas (entonces era joven y no tenía necesidad de tanta experiencia) y me dijeron inmoral. Si uno habla apasionadamente, porque en Camagüey no hay tanto frío como en NY, es que se trata de un policía. Como decía un comentarista criollo del fútbol, que es en sí mismo un juego no demasiado moral, lo importante

es ser campeón, no importa cómo. Pero incluso el fútbol tiene tarjetas. La idea de que la moral es como el condón, es casi tan usada como ese adminículo, pero mucho menos segura. No se puede jugar sin reglas ni se puede vivir sin normas. De niño me pasaba que mis compañeritos hicieran trampas para ganar, pues ganar con trampas me parecía más triste que perder, y yo sabía que podía ganar sin trampas. Y, les guste a ustedes o no, todavía lo sé. También sé que no es importante ganar, y mucho menos, perder. El hecho de que todo pueda ser discutido genera la ilusión, nunca la lógica, de que todo es discutible, es decir, relativo y nulo, sin darnos cuenta de que discutirlo todo es en sí mismo una norma dolorosamente conquistada hace poco allí donde existe, que es casi en ninguna parte, y que puede desaparecer muy fácil con la convicción y la práctica del irrespeto de las normas respetables. Así se impone la norma de la norma anormal, disfrazada de la misma santidad que se rechaza. El gobierno ruso se opone a que la ONU ajusticie en un bombardeo a un jefe de Estado que realiza una guerra contra su pueblo. El objetivo del bombardeo tal vez no era matarlo sino hacerle ver que pueden hacerlo, pero las preguntas son muchas. ¿Vale más esa vida que las otras? ¿Un jefe de Estado es un asesino permitido? ¿No es su primer deber defender la vida de cada uno de sus ciudadanos, por encima de la propia? ¿El gobierno ruso no mató puntualmente al jefe de la oposición chechena? Es *normal* que los políticos digan esas cosas, lo interesante es que un periodista, que confiesa ser católico, de Telesur le haga coro. Donald Trump acusa a Obama de no haber nacido en Hawai sino en Kenia. A Franco, nacionalista fanático, no le importó si Juan Carlos de Borbón y Borbón no había nacido en el Reino. El despelote es absoluto. ¿Será que la comunicación social es una variante del humor negro, pero en serio? Se tiene la impresión de que en el océano de sucesos, noticias, reacciones y comentarios no es posible usar la inteligencia, por no hablar de la moral, como no sea para huir. La malicia instituida como norma. La palabra como un instrumento de la malicia.

8. *Síndrome de consumo*. Si la necesidad de estar informados, y de informarse activamente, no puede ser negada, cuidado con la realidad que realmente tenemos delante para la mayoría de los que la reciben en los productos oficiales: el consumo de información puramente recreativo. La gente se sienta a leer o a ver los desastres como curiosidades. A menos que se sientan amenazados, no les importan. La función del periodismo es entonces facilitar la digestión (los noticieros se ponen

después del horario de comidas), o satisfacer ciertos escrúpulos con la piedad a distancia, ya que en fin de cuentas frente a la magnitud y lejanía de los desastres el ciudadano no puede hacer nada. Pero el uso ideológico y político del periodismo pretende precisamente eso: que usted esté tranquilo, porque en otras partes las cosas están mucho peor, y ya nosotros los políticos y sus ideólogos que defendemos esta tranquilidad estamos tomando medidas para ocuparnos de tamaños desastres. La Mesa Redonda Informativa es el paradigma de este fraude, que abarca a todo el periodismo mundial. En efecto, el periodismo interactivo garantizado por la Red es un instrumento para combatir este monstruoso manejo de la información que conduce al incremento de la pasividad civil, cuando lo que urge son ciudadanos conscientes y activos: pero puede convertirse también en la alternativa razonable que refuerza el consumo informativo pasivo. *El alud de informaciones minuciosas y de diversiones domesticadas corrompe y entontece al mismo tiempo*, decían Horkheimer y Adorno en 1944, y desde entonces el asunto ha empeorado notablemente. Urge una cultura de la información de la que los comunicadores independientes en todo el mundo debieran ser no solo sus constructores, sino sus creadores. Urge una cultura del silencio, unos días sin Red, un domingo de la información que nos permita pensar y aprender a manejar la información, o incluso a olvidarla responsablemente. Si alguien cree que la cultura del silencio es una idea monacal, permítame aclarar que muchas culturas tradicionales la incluyen, por ejemplo la japonesa, como práctica popular vespertina. Muchos cubanos se sientan en el quicio de la puerta al atardecer y apenas saludan. Están en meditación natural aunque no sean budistas. Y si alguien quiere saber qué ocurrió en el siglo XX, no acuda a los periódicos sino a las cartas de Thomas Merton, monje trapense, europeo, latinoamericano y norteamericano, que estuvo más de veinte años en silencio, casi sin salir de su abadía, y que jamás vio televisión.

9. *Síndrome de inutilidad*. La ausencia de una cultura de la información y del silencio conduce necesariamente a la sensación de la inutilidad de toda información. El ciudadano puede saber lo que quiera –en los países democráticos, me refiero-, pero sabe que jamás sabrá lo que necesita no ya para ser feliz, sino para, al menos, ser menos infeliz. No lo sabrá porque no se lo quieren dar: ni tiene ganas de exigir que se lo den, o de buscarlo. Y si lo averigua, no podrá ponerlo en práctica. La explosión informativa contemporánea puede liquidarse a sí misma por culpa de sus

propios vicios, y esto que parece un criterio de civilización puede convertirse en cualquier momento en un criterio de supervivencia, porque el rechazo colectivo a saber lo que se debe saber, incrementa la pasividad normal del hombre común y puede llevarlo nuevamente a delegar en los poderosos la información tan trabajosamente conquistada como patrimonio del pueblo. Cualquier Gran Hermano Informático puede convertirse en el nuevo Noticiero en Jefe. Cuando en la década del noventa casi desaparecieron en Cuba los periódicos, tuvimos una liberación, no un castigo. La articulación de la información responsable con la acción ciudadana efectiva es uno de los sostenes de la democracia, pero no hay país donde esto funcione a cabalidad. Cunde el escepticismo, la indiferencia o la aceptación pasiva de los discursos informativos. Es verdad, un mínimo de democracia supone que en el momento del cuajo la gente abandona la pasividad, se entera, y sale a la calle a manifestar y, o, a votar. La ausencia de democracia lo pone todo bastante peor: la información inútil es el bastión de la pasividad civil que mantiene a la dictadura, pero incluso la democracia deberá ser defendida siempre mediante la información creíble y útil. Como demostró el período fascista, incluso países con alguna experiencia democrática pueden dejarse anular por los fantasmas totalitarios. El peligro de nuevas variantes totalitarias no desaparecerá nunca de la historia. La ausencia de una cultura de la información puede no solo permitir esa desgracia, sino facilitarla.

10. *Síndrome de irreligión*. Ajajá, dirán mis adversarios, al fin el hombre se confiesa. Sí, sí, yo me confieso. Y soy un confesor cristiano, si Dios me lo permite. Pero no se trata de que ustedes y los otros no estén en la nómina del bautismo o la circuncisión o el fascinante giro de los derviches. O que no quieran asistir a un toque de santo. El síndrome es la convicción de que *no estamos unidos*. Religión es estar ligados, reunidos. Ya que todo actualmente pasa por el análisis histórico, sería interesante una Historia de la Estupidez, en la que este síndrome obtendría una carcajada funeral y primordial. Nunca fue más evidente que los humanos estamos unidos. Y que desunidos desaparecemos pronto. No hay que salir de casa para ver los animalitos birmanos en peligro de extinción, incluso a su gente. Parece que cuando el cubano Guy Pérez Cisneros, a quien tenemos olvidado para vergüenza nacional, redactó el boceto de la Declaración de los Derechos Humanos, incluyó como primer artículo la afirmación de que todos los hombres somos hermanos. Se

dice que la mujer de Roosevelt se opuso, ya que esa afirmación no era evidente para todos los pueblos ni tampoco juzgable. No, qué va a ser juzgable la hermandad. La hermandad es la que tiene que generar la ley, no al revés. La hermandad de los hombres es un hecho, no un concepto. Nada menos juzgable además que esa Declaración, siendo la ONU impotente para imponerla. Pero en fin, no estamos en 1948, y aunque los islámicos han creado su propia Declaración –porque la de Guy es de raíz cristiana y explícitamente cubana y martiana, desde luego-, y los africanos y confucianos, budistas e hinduistas no se ocupan del asunto por ahora, lo cierto es que se está acabando el tiempo para que acabemos de ver lo que tenemos delante de la nariz. Somos humanos. Estamos unidos. No Estados Unidos: los que estamos necesariamente unidos, o por lo menos juntos, no son los estados sino los hermanos, los humanos. Si hay estados es porque no somos, en la práctica, hermanos, ni adentro ni afuera; y el periodismo, siguiendo a la neurosis social, política, ideológica o teológica, se resiste a comprobar el hecho. Y por eso los estados no estarán nunca unidos; las naciones tal vez sí. La comunicación social, y dentro de ella el periodismo, que carece de esta evidencia de la hermandad, de esta orientación de la solidaridad, no pasa de ser sino una estupidez peligrosísima, que quiere alzarse sobre las arenas de la irrealidad, por no decir de la mentira. Y su momento peor es aquel en que los periodistas se conciben a sí mismos como una casta, una desunión especial, un grupo de entendidos por encima de la masa. La oligarquía del intelecto no será ciertamente la menos culpable de las dictaduras.

Después de este insuficiente decálogo de errores, y de horrores, parece que mi propuesta es huir del periodismo como de una falsificación o una tragedia. El periodismo aparece como vehículo primordial de la irreligión, el sin respeto, la estupidez, el odio y la violencia, como el testimonio y el instrumento de la ausencia de fraternidad entre los hombres. Vencer estas tentaciones o contestarlas se me antoja casi sobrehumano. Para mí mismo la tentación es esa: huirle, porque no soy periodista y lo que me gusta es leer literatura y ciencia, ver cine, teatro, ballet y videoarte, y escuchar música, casi exclusivamente. Pero nadie se quita de adentro la condición humana, por no decir la historia, con la ilusión de creerse por encima de la contienda. En la contienda estamos. La torre de marfil es técnica de avestruz. Por otro lado, por mucho que estos y otros errores amenacen la práctica del periodismo y la vida entera, en todas

partes existen periodistas que intentan comunicarse desde la esfera de los valores más sólidos, y oponen, a la respuesta rápida, el examen cuidadoso de las noticias; al interés mezquino personal o de grupo, el interés del prójimo, del país y del mundo; a la manipulación ideológica, la búsqueda de la verdad, aunque no coincida con las propias expectativas; al narcisismo, el temor de no estar cumpliendo con las exigencias de la profesión, los valores o la fe; a la falsa modestia, la responsabilidad y el vínculo solidario; a la mecánica bruta de la palabra, la pasión por la inteligencia y la creatividad; a la malicia, la bondad; a la incultura de la comunicación, el silencio; a la inutilidad, la propuesta concreta; a la división de las personas, la posibilidad de la convivencia feliz. Es difícil lograrlo, pero es posible intentarlo. Basta encontrar un solo intento para que uno deje de quedar aterrado con la basura restante. Y comprometido con el ejemplo. Ni siquiera importa que este número no pueda con el resto. No nos estamos jugando solo el mundo, sino nuestra conciencia. Ocuparnos del mundo es atender a nuestra conciencia; y viceversa. ¿Puede haber algo más movilizador, más exultante, que el de respetar la plenitud de la propia conciencia?

Finalmente permítase hablar como partidario del Periodista. Si de informaciones se trata, hubo un judío que trajo una Noticia, la única que debiera importar a los hombres: *seréis como dioses*. Como tantos y tantos periodistas, pagó con su vida esta Información. Y esa muerte se convirtió precisamente en una noticia que dura ya dos mil años. Pero antes dejó una norma para la comunicación social: *permanezcan en mi amor*. La vida social siempre será conflictiva y siempre estará acechada por uno u otro demonio difícil de sujetar. Pero queda la norma de una comunicación fraternal entre las personas, que seguimos deseando y sigue siendo posible intentar. El precio puede ser el de la inmolación, pero para el Periodista ese precio es premio. Poseyendo una posición clave en la comunicación social, el periodismo tiene una función muy alta, y es esa altura inexorable la que explica sus caídas continuas. Para el cristiano, el periodismo puede y debe ser un vehículo de la palabra profética, una manera de hablar en nombre de Dios y de esperar el advenimiento del Reino. Dicho de una manera secular: el periodismo debe ser un medio para el bien y desde el bien. Lo ha sido incluso entre los cubanos, en el paradigma de José Martí, el mago de la comunicación escrita y oral, el periodista que murió cumpliendo con aquello que escribía, y que vivió como periodista

hasta el momento de morir. Se puede, se ha hecho. Sí, hay que desconfiar del periodismo: y hay que confiar en el bien, y desde él, hacer periodismo.

Pascua de Resurrección, 2011.

JÓVENES, SED JÓVENOS

La humanidad se ha vuelto jovencísima. Todo es joven: la tecnología, la ciencia, los artistas de la televisión, la ropa, las costumbres. Todavía siendo yo niño, los infantes queríamos ser mayores, vestimos como mayores, pensar y actuar como personas con fundamento —como entonces se decía. Ahora son los adolescentes los que se peinan como niños, los jóvenes los que se adornan como adolescentes, y los viejos verdes los que se esclavizan en el gimnasio o se someten a la liposucción. Un anciano es un estorbo, una mancha, un insulto. La muerte no existe, o mejor abunda en las películas como un regocijante fenómeno ajeno, para que no exista en la mente de nadie. Todas las culturas que han existido en seis mil años de historia comprobable, valoraron la ancianidad por su sabiduría y respetaron la muerte como un misterio. Esta fase lamentable y espero que no final de la cultura llamada occidental que domina hoy a todo el planeta, ha erigido la estupidez, la inmadurez y el repudio de cualquier pregunta sobre el sentido de la vida como si fuera la cúspide de la sapiencia histórica, y desde luego nada mejor que asociar estos errores, que a menudo son horrores, con la etapa juvenil del hombre.

El mito de la juvenilia, perpetuo en la conciencia humana, comienza a tomar preponderancia en los años veinte del XX, después de que la Primera Guerra Mundial ha acabado con la fe en Dios y en cualquier orden social y moral tradicional. Porque fue con esos valores con los que ambos bandos defendieron una guerra absurdísima, tan inútil que unas décadas después los antiguos enemigos que se habían matado hasta el aniquilamiento con pretextos de nacionalismo, decidieron hacer un solo país, la Unión Europea. La Primera Guerra engendró la Segunda y los dos totalitarismos, socialista y fascista, que tampoco eran imprescindibles ni como equivocación. Esa Primera Guerra fue pues una idiotez de toda la chochez, una imbecilidad criminal en que unos viejos hipócritas mandaron a la muerte a la juventud europea, porque no creían en lo que decían creer. Necesariamente, terminada la guerra los jóvenes decidieron desconectarse de tanta mentira y demasiado holocausto. Era la hora de liberarse, incluso mediante la locura, y gozar de la vida hasta la extenuación. Se pusieron de modas las minifaldas, el sexo por la libre, el disparate, el arte dadá, cualquier cosa que fuera insultante,

rupturista, anormal. Reacción inevitable tal vez, pero que facilitó el triunfo de la supuesta recuperación de la seriedad propuesta por los dos totalitarismos, que además tuvieron la habilidad de presentarse como cosas novísimas, muy juveniles. Una *nueva* y aún mayor carnicería de muchachos fue el resultado de este fraude. El socialismo, sobreviviente por unas décadas más, se convirtió en todo lo contrario de lo que prometió a los jóvenes, y en vez de una sociedad renovada por el amor y la creatividad acabó convertido en un modelo del anquilosamiento, la rutina y el fracaso, presidida por líderes que envejecían interminablemente en el poder y asesinaban la frescura, la originalidad, el deseo de ser felices, la alegría, todas las virtudes de generaciones y generaciones de jóvenes, completamente impotentes incluso para rebelarse, ya que lo primero que se les quitaba era las ganas de ser rebeldes.

En Occidente la maniobra era de otro tipo. Terminada la Segunda Guerra, se produce un boom demográfico que provoca una avalancha social de jóvenes ateos, bien comidos, bien educados, atléticos y con su capacidad de rebeldía intacta. Son los años sesenta. Esos jóvenes de clase media quieren, y debían querer, cambiar el mundo. Pusieron de moda la protesta contra el capitalismo, que se la merecía. Algunos, para ese fin, se pasaron momentáneamente incluso al maoísmo, que ya era demasiado. Pero ellos mismos, y su protesta, eran parte integrantes de ese capitalismo que tanto les irritaba, pues en ningún otro régimen esa protesta hubiera durado quince minutos, ni sus proposiciones trascendían el mito de la vida terrenal satisfecha, propio de todo el pensamiento contemporáneo de izquierda o de derecha o de retaguardia. Ninguno de los líderes juveniles sobrevivió políticamente a sus proposiciones. Se rebelaron y fracasaron, y, como en el socialismo, se les terminó las ganas de rebelarse en serio. Porque el capitalismo, además, asimiló todo lo que pudo de esa propuesta, tanto lo bueno como, y muy especialmente, lo erróneo. Si ahora van a legalizar el connubio homosexual en Cuba, es por la rebelión sexual del capitalismo de los sesenta, no por la gracia de un soberano socialista que siempre hizo definición y alardes de machismo, y para el que la represión de los homosexuales, o cualquier represión por cualquier causa, ha sido siempre una necesidad para sobrevivir, según el contexto. Pero si muchas de las proposiciones humanistas y democráticas de los jóvenes occidentales fueron asimiladas a la política y a la cultura capitalista, los disparates fueron cultivados con mayor inteligencia. El lado malo de la juventud, que también existe, fue especialmente

explotado, a fin de desviar la rebeldía nunca del todo agotada en condiciones de mínima libertad. Drogas, irresponsabilidad, sexo bruto, culto de la violencia, indolencia, vagancia, modo de vestir primitivo y ridículo, todo aquello que en el joven puede contribuir a que la mayoría de la sociedad practique una conducta de esclavo perfecto de los poderosos, tanto por imitación como por inevitable rechazo, fue elevado a categoría de *nueva* cultura. El reguetón caribeño es la manifestación suprema, y espero que última (el próximo paso sería que los reguetoneros aparezcan en cueros en los videos, y tal vez eso cause repugnancia en demasiada gente, y deprima el mercado), de esa manipulación. La glorificación del sexo sin amor ha llevado a esa descalificación del sexo físico que es el reguetón. Después del Chupi chupi, uno no tiene ganas de vivir el sexo oral, aunque le guste. Pero el concepto del joven como un ser primitivo, tatuado y sucio, en chancletas de baño, mal vestido, jipi tardío, atrasado, que organiza falsas rebeliones de furia y de ruido o de autocompasión que declaran una completa impotencia, que no cambian nada y se acaban rápido, pero que estupendamente representa la esencia mediocrísima del ser humano, que no es Hijo de Dios, ni por el bautismo Rey, Sacerdote y Profeta, sino a lo sumo gigoló de barrio, es precisamente lo que conviene a los poderosos del capitalismo o de cualquier otro tipo de hegemonía. Cuando el individuo se ve a sí mismo como basura, cuando cree incluso que el ser humano es un ente mierdero, que está de más en un universo que sobra, ya es un esclavo voluntario y perfecto, apto para ser *totalmente* dominado. En cualquier variante política, social, de pensamiento.

El Poder, sea cual sea, explota ahora al joven conscientemente. Esta maldad oculta una bondad, y es que los jóvenes siguen siendo, al menos por el momento, mientras no se produzca, como resultado de los progresos de la medicina, el inevitable envejecimiento de la población mundial, una fuerza social y política importante. En una variante u otra, el Poder ha aprendido a manejar a los jóvenes, a explotar sus reservas de entusiasmo y de creencia, de empuje y de decisión; y también todos sus antivalores generados por la innecesaria inmadurez, incluso física. Los primeros cosmonautas tenían menos de treinta años: actualmente tienen más de cuarenta, pues el corazón a todo batir no ha resultado bueno para la hazaña del viaje espacial. Tampoco es bueno para la proeza de gobernar con sabiduría la sociedad. Sí para salir a la calle a morir y además matar por una u otra variante del Poder, que promete esto o lo otro y desde luego no cumple

nunca. Hay ahora en Cuba una abundancia de homosexuales socialistas jóvenes, que tendrán pronto libertad sexual pero no política. Concibiéndose a sí mismos no como ciudadanos sino como distinguidos entes sexuales, van a seguir sufriendo en cuanto escapen de la cama y vayan al mercado o al ágora. Conozco jóvenes homosexuales que se sienten ciudadanos, pero estos no se definen como socialistas ni les interesa esa maniobra tardía de rectificación dudosa. Pero cuidado: las trampas están en dondequiera. Y ni siquiera son lo peor, sino el conjunto de la orientación que ha ido usando y degradando la condición de joven hasta el extremo de hacer irreconocible el valor de la persona humana.

Un amigo que acaba de regresar de Gran Bretaña me cuenta que un personaje del mundo marginal fue velado por sus amigos embalsamado encima de su motocicleta. Comparemos mentalmente este icono del último minuto con aquel que está en el origen a la juvenilia occidental: el David de Miguel Ángel. Un joven desnudo de cuatro metros de alto, esculpido por un artista joven con unos cánones casi inhumanos de armonía trascendental. Esa perfección marmórea, imagen de inmortalidad, inspiró el humanismo contemporáneo, cada vez más ateamente terrenal, aunque al principio la referencia religiosa era directa: David, lejano padre terrenal de Cristo, ha vencido al mal. Habría pues una potencia de perfección en el hombre, que, aun sin llegar a la revelación de Dios, le permite enfrentar el mal con acierto. Miguel Ángel soñaba el cuerpo masculino como una metáfora del cuerpo glorioso de la resurrección. Hoy son escasos los que creemos en eso, y el resultado es un cadáver sobre una moto, o esa curiosa autocensura que impide a los pintores actuales, a los que quedan, representar el cuerpo humano, masculino o femenino, como no sea con deformaciones monstruosas. El sexo por la libre acaba con el ideal del cuerpo, con el ideal del joven. Los jóvenes no se sienten semidivinos por el hecho de estar sanos y ser hermosos, sino que quieren estropearse la piel con dibujos horrendos, abrirse huecos en la nariz incluso cuando se tiene la belleza de la chilena Camila Vallejo, drogarse para ser atletas o al menos ingresar en la piscina de la Olimpiada con chancletas, gorras y pantaloncitos propios de púberes corrientones. Véase *Olimpia*, el grandioso documental oficial de las Olimpiadas de Berlín en 1936, filmado por la genial Leni Riefenstahl. Todos los atletas están vestidos de caballeros y de damas. Todos son, quieren ser caballeros y damas. Y lo logran. Sin estiramiento, normales. No todos eran hermosos pero se veían muy naturales, muy humildes, muy

elevados, muy humanos. Si la Primera Guerra acabó con Dios, la Segunda acabó con el ideal humanista, sin remedio. La Caída del Muro lo enterró definitivamente.

Los jóvenes, pues, que hoy creen ser la cúspide de la novedad de las costumbres, están siendo objeto de una monstruosa manipulación que dura ya siglos. Lo peor es que, como apuntaba arriba, a la juvenilia le queda poco. Pronto habrá un exceso intolerable de viejos, incluso en Cuba, y ya hay novelas que describen las pandillas juveniles europeas del año 2050 encargadas de eliminar a tanta gente jubilada que vive a costa del trabajo de los muchachos. Hasta por un simple fenómeno de mercado, lo que en 2013 sea considerado como sabiduría juvenil puede ser rectificado muy pronto como una peligrosa incomodidad. *Metal extremo*, me decía un rockero hace unos meses, definiendo la música que compone y toca, con la superioridad del que mira a un equipo discontinuado. Malo para mi presión arterial, pensé. Malo para los tímpanos del rockero, que pronto no podrán distinguir la tercera voz de una fuga de Bach, en caso de que la mente le dé para tanto como para ponerse a escucharla. O tal vez la busque, harto de dormir en cama de metal extremo, de comer metal extremo con cuchara extrema, y de amar a una mujer metálica con un instrumento corriente. A menos que se instale una prótesis, desde luego.

¿Y tú qué, me diréis, nunca fuiste joven? ¿Cuál es la cantidad de mierda que comiste, dime! Oh, no uséis conmigo ese extremo metal, que tengo demasiado para el vómito. Y como solo las confesiones de los santos son útiles, voy a ahorrarles la lista de mis equivocaciones personales para intentar ayudarlos con mis aciertos extra personales, no menos escandalosos. Por ejemplo: ¿ya ustedes odian a José Martí? Cómo no, el Autor Intelectual del Asalto al Cuartel Moncada, el cabezón de yeso o de plástico de los matutinos, las actividades políticas e ideológicas, el rincón de la churre del comité o de la empresa, los mensajes doctrinales televisivos, la contrapropaganda de intelectuales exiliados antimartianos y los antimperialistas profesionales de la corte del emperador. Yo he tenido la suerte de que mi madre me leyera *La Edad de Oro* desde que cumplí seis años, y de inmediato me gustó tanto que la leí yo mismo, puesto que no era un tonto. Aun así, tuve que llegar casi a los quince para que el más joven de los santos y

genios cubanos empezara a mostrarme el rumbo de mi juventud, de mi vida, de mi desempeño en este mundo.

Sí, ya sé que Martí es para ustedes algo viejo, muy viejo, totalmente muerto, pero eso que ustedes no sin razón odian no es Martí, es la mala ancianidad que unos ancianos perversos de nacimiento les han hecho tragar, con la pasiva complicidad de ustedes. Tengan en cuenta que Martí murió sobre un caballo a sus 42 años recién cumplidos, edad de astronauta que es escasa para la política. A los quince lideraba a sus amigos y eso le costó ir a parar a la cárcel, que aguantó sin deformaciones de ningún tipo. Ya para entonces no solo era poeta y dramaturgo, sino también periodista. A los 26 organiza una conspiración en La Habana y es detenido y deportado. A los 27 años era ya un líder reconocido por un prohombre de la generación anterior, el Mayor General Calixto García. A los 28 iniciaba con su libro *Ismaelillo* una nueva etapa en la literatura de la lengua española, en la que todavía estamos. Con 31 desafía intelectual y moralmente a los mayores de su época, los generales Gómez y Maceo, empeñados en un proyecto de dictadura. Les retira su apoyo, y *ellos* fracasan. A partir de ese momento, el joven se ha convertido en el líder de la democracia cubana. Es un escritor leído y admirado en toda Iberoamérica, y la naciente generación modernista lo reconoce como maestro. A los 38 es un diplomático de importancia continental. A los 39 fundaba el partido que organizó la lucha por la independencia. El núcleo de ese partido es su propia generación, Los Pinos Nuevos; y la generación anterior, tratada por ellos con extremo respeto y cariño, colabora y, hasta donde puede, obedece. A los 40 ha logrado organizar a la emigración cubana en varios países, y la conspiración se extiende y profundiza a lo largo de la Isla. Al cumplir 42 este líder civil emite desde Nueva York la orden de alzamiento que el viejo Gómez no se atreve a dar, y el país se alza en un solo día de Oriente a Occidente. La imponente obra intelectual y política de este genio y santo nuestro, repleta de una energía, una explosividad, un dinamismo y un doloroso optimismo sin igual en la historia humana, es, comprobablemente, la obra de un joven.

Ya este dato debe ponerlos a pensar, si tienen con qué. Y deben tenerlo, porque siguen leyendo este ya extenso artículo. Martí no se quedó siquiera en la fuerza del ejemplo de un joven ideal, especie de David —él se identificó con ese personaje, como saben— que

baja del pedestal y echa a andar por un mundo de Goliathes y de adultos y mozos incapaces de enfrentar al mal y derrotarlo. Observen que lo que acabo de precisar es mayúsculo. Y que este David reunió en torno suyo a los jóvenes que pensaban como él, para dar la batalla tremenda contra el mal en su justo tiempo. Insisto en que estas realidades son ya muchísimo, y el que piense lo contrario que intente hacer lo mismo en la Cuba de hoy. Pero qué va, el cabezón de plástico de los matutinos que ustedes justamente desprecian fue mucho más allá, al plantear el problema de la condición juvenil en un marco de pensamiento y poesía que todavía ni siquiera hemos empezado a considerar. Y aquí me es oportuno volver a mis experiencias personales.

Los comunistas no me querían. Por mucho que yo me esforzara por ser revolucionario, el ojo clínico marxista leninista me excluía de solo verme. No se equivocaban ellos, sino yo: es imposible ser revolucionario, que es el escalón superior de la raza humana, por no decir comunista, que es el escalón superior del revolucionario, si usted es una persona pacífica. El marxismo es una doctrina de la violencia, y aquel que no tenga cara de poder practicarla de alguna manera, no puede integrar esa aristocracia. Para colmo, era evidente que yo sentía vivamente el valor de mi persona, y, siendo además, persona apasionada y sin pelos en la lengua, inmediatamente se me clasificó como enemigo del régimen. Los jóvenes que pasaban por amigos míos lo entendieron rápido y ascendieron sin mí a la UJC y la UNEAC. Pero como todos aquellos jóvenes eran violentos y modestos, o por lo menos fingían serlo —y siguen, prósperos, en la UNEAC—, resulta que yo era un no joven, una excepción vergonzosa, un fracaso existencial del que huyeron como de una vergüenza no solo los jóvenes comunistas, sino también los nunca escasos anticomunistas, para quienes yo era un esclavo tan risiblemente perfecto que incluso creía en Cuba, Martí, la gente humilde, la justicia, y las restantes zarandajas con que nos quitaban la libertad y la vida los mayimbes. El panorama no ha variado mucho desde entonces acá, solo que ya no soy, felizmente, un hombre de edad corta. En aquella época, sin embargo, estuve peligrosamente aislado, preguntándome qué clase de joven yo era, o si verdaderamente tenía que clasificarme como el más completo de los retrasados históricos. Tengan en cuenta que el Guerrillero les había ordenado a esos jóvenes ir haciendo a un lado a todo el que se fuera quedando atrás, y conmigo cumplieron ejemplarmente. Yo habitaba la retaguardia de la retaguardia, rechazado por todos, escoria definitiva del Proceso. Cuando los comunistas me expulsaron de la

Universidad de Camagüey en 1980, usaron como pretexto el papelito de solidaridad que yo les había escrito a los anticomunistas tres años antes, estando ellos en peligro de expulsión. Les había gustado el papelito, lo guardaron y lo usaron en beneficio propio y de los comunistas. En fin de cuentas, unos y otros eran lo mismo, jóvenes y cubanos.

Desde mi adolescencia yo leía estos versos:

—oh, dime, dime Homagno

De este palacio de que sales; dime

Qué secreto conjuro la uva rompe

De las sabrosas mieles: di que llave

Abre las puertas del placer profundo

Que fortalece y embalsama: dilo,

Oh, noble Homagno, a Jóveno extranjero:—

La sublime piedad abrió los labios

Del moribundo noble musitando:

¿La llave quiere, Jóveno, del mundo?

La llave de la fuerza, la del goce

Sereno y penetrante, la del hondo

Valor que a mundo y villas

Cual gigante amazona desafía:

La del escudo impenetrable, escudo

Contra la tentadora humana infamia!

¡Yo ni de dioses ni de filtro tengo

Fuerzas maravillosas: he vivido,

Y la divinidad está en la vida!:

¡Mira si no la frente de los viejos!

Había encontrado esta reconstrucción de un poema en dos partes de Martí en un estudio de Hilario González publicado en el Anuario Martiano 2 de la Biblioteca Nacional, dirigido por Cintio Vitier. No voy a entrar en el tema de la legalidad de la reconstrucción, ni de la identidad de los personajes del poema: algunos creen que Homagno pudiera ser el yanqui Emerson, y Jóveno, Martí; otros afirman con mayor propiedad que Martí siempre se identificó como el Homagno generoso, el hombre grande en amor, y que el Jóveno extranjero podría ser el poeta venezolano Pérez Bonalde. Lo importante es esto: *Martí no solo fue un joven paradigmático que encabezó a su propia generación de jóvenes, sino que sintió la juventud como un asunto central de la existencia, hasta el punto de investigarla en el nivel cognoscitivo de la poesía.* Fijémonos que ambos términos son neologismos, palabras inventadas por Martí sobre la base de la lengua latina: formulaciones distinguidas, cargadas del prestigio romano y medieval. Jóveno padece las preguntas de su edad, centradas en el erotismo —*Qué secreto conjuro la uva rompe / De las sabrosas mieles*—, pero de inmediato va más allá, buscando un placer que trascienda la vida y la muerte. Esas preguntas se las hace Jóveno al Homagno. No está pues, el Jóveno, enamorado de su ignorancia, de sus preguntas sin respuesta. Busca una dimensión mayor, la llave de la vida y del mundo. El Homagno le responde aclarándole la pregunta: esa erótica capaz de desafiar la infamia del mundo está en el ejercicio mismo de la vida, pero no porque ella se baste a sí misma como un pasatiempo ridículo, sino porque *la divinidad* está en la vida. Homagno amplía el horizonte del Jóveno a toda la existencia humana. Cuando afirma que esa divinidad podemos verla en la frente de los viejos, confiesa que él mismo no es un viejo. Es hombre de edad intermedia. No sabemos en qué fecha Martí escribió estos versos que ni siquiera llegó a conformar en un solo poema. Tal vez él mismo se sentía a la vez el Jóveno y el Homagno, y estaba tratando de aprender de la divinidad que habitaba en su vida. El extenso poema que nos ha llegado en borrador y en pedazos es un momento cenital del pensamiento de Martí sobre la existencia humana, del que estamos por empezar a enterarnos. A mí me gusta que esté así, inacabado, como el de un

conocimiento difícil al que ni siquiera la poesía del genio puede fácilmente aspirar. Muchos menos debo intentar agotar aquí mi lectura, ni imponérsela a nadie. Les invito a buscar el poema y a meditarlo desde la circunstancia de cada uno de ustedes. No habrán de arrepentirse.

Cuando la infamia comunista me había expulsado del futuro, yo me hice ese tatuaje. Un tatuaje distinguido, en latín. No en la piel, sino en el alma. Me supe Jóveno. Un jóveno que no puede ser, ni tiene por qué ser un Homagno, pero que puede reconocer la divinidad de su vida y hacerla cumplir por encima de la infamia del mundo y contra ella. Démonos cuenta de que ser un homagno tampoco es un imposible o una exageración anacrónica, un mito del siglo XIX. Mahatma –que significa alma grande, es decir, homagno— Gandhi dirigió a su pueblo en una lucha pacífica por la independencia vestido con un taparrabos. Un papa polaco perdonó a su posible asesino en el momento mismo del atentado; después fue a consolarlo a la cárcel. Aún vive Nelson Mandela, un abogado capaz de aguantar veinte años de prisión por amar a su patria, y en ese tiempo convencer a sus enemigos blancos de que él no los odiaba, y que en Sudáfrica podían convivir en paz blancos y negros como hermanos. Alguno de mis lectores puede ser perfectamente un homagno. Yo no excluiría nunca esa posibilidad: la deseo, y estoy dispuesto a subordinarme al mahatma que me escoja como colaborador, si me convence. Nos urgen recordistas mundiales de salto de altura moral, más allá de mi admirado Sotomayor. Pero cuidado, Martí no es Nitszche: sabe que existen los hombres supremos pero no le interesa una aristocracia de superhombres: hay el homagno y hay la divinidad que está en la vida exigiéndonos a todos, no un imposible sino una posibilidad real de iluminación: *¡Mira si no la frente de los viejos!* Él contemplaba la de su padre, a quien celebró con el epíteto de *santo sencillo de la barba blanca*. Sí, todos podemos ser santos sencillos. Yo he tenido santas en mi casa. Y está el nivel intermedio de las mujeres y los hombres de vida socialmente responsable y útil, los maestros del pensamiento y de la fe, de la creación y del servicio ciudadano, dotados de una especial potencia de divinidad que se hace evidente en las cualidades excelsas de su desempeño en el mundo. La vida humana es digna de ser vivida y puede ser dignificada con nuestra conducta hasta que la divinidad que secretamente la sostiene se manifieste en nuestra frente. Y esa divinidad puede ser asumida a plena conciencia, y también a pleno riesgo. Ningún peligro será mayor que el dejar morir nuestra divinidad con una voluntaria muerte en vida. Démonos

golpes en el pecho por el orgullo, y demos humildemente gracias por el privilegio de ser cubanos, de haber tenido entre nosotros un mahatma, un homagno capaz de haber penetrado en los secretos de la existencia y haber probado su sabiduría al precio de la sangre del genio.

Hay que escoger, jóvenes. Y no hay demasiado tiempo para la elección. Se puede escoger ser joven, lo que equivale a ser, muy pronto, y en el peor de los sentidos, viejos. Es posible en cambio reconocerse como jóveno o jóvena, con todas las potencias de la divinidad humana listas para vencer la infamia del mundo y del tiempo. Y para hacer una patria como un estado de divinidad compartida. Aquí, como en todas partes, esta elección es difícil. Nunca imposible. Yo la hice y sigue costándome lo que cuesta. Pero me regala hoy la alegría de haber obedecido al jóveno Henry Constantín, y haberles escrito, con temor y no sin lágrimas, estas palabras.

Mayo, 2013.

RITA, NITZA

Mi mayor respeto para la Montaner y para la Villapol. A la primera la siguen venerando todos; la segunda tiene ahora muchos disgustados, por el recuerdo de sus recetas, dicen, para hacer bistec con cáscara de plátano en los años de la hambruna. A Rita la apodaron *La Única*. A Nitza le crearon el programa *Cocina al minuto*, que pasó de un régimen a otro y creo que todavía ostenta el record de duración en la tv nacional. Ambas eran carismáticas: Rita a partir del desenfado; Nitza, maestra normalista, del respeto. Pero no es el legado de sus personas, tan diverso e importante, lo que quiero comentar aquí: no lo que ellas valían, sino lo que con ellas hicieron sus contemporáneos, porque nos permiten, metafóricamente, acercarnos a algunos de los vicios de la conciencia nacional. Sin la superación de esos vicios, no volveremos a tener el carisma que ellas derrocharon.

¡La Única! En verdad Rita Montaner acumulaba unos méritos impresionantes: cantante, actriz, pianista, locutora, bailarina, una mulata de ojos magnéticos que tenía hechizado al país puesto que lo representaba por su gracia sensual y lo desafiaba con su fiera honestidad. Al final de su carrera, sin embargo, la muy competitiva Rita vio surgir a Rosita Fornés, que empezaba a sobresalir en esas mismas direcciones. Murió de cáncer en la garganta, cruel destino para una cantante, con algo más de cincuenta años, en plenitud de facultades: y la Fornés, una rubia nacida en España, la sustituyó como *vedette* nacional. Rita ha seguido siendo única pero ya no era La Única.

Mi tía Blanca veía el programa *Cocina al minuto*, y de niño me confundía que ninguno de esos platos se podía hacer en poco tiempo. No es que yo no me diera cuenta de que era una hipérbole, pero se me antojaba uno de esos engaños que propagan los adultos... Y sigo pensando lo mismo. Pues ya en la secundaria me explicaban que Cuba era un país que había hecho una revolución en plazos mínimos, que éramos tan rápidos como Enrique Figuerola en los cien metros de la Olimpiada de Tokio, y que íbamos a dejar atrás a los despaciosos osos soviéticos construyendo el socialismo y el comunismo al mismo tiempo. Recetas ricas, rápidas y fáciles de hacer.

El Egregio, la Única... La sociedad perfecta al minuto... Rodríguez, el trovero que sustituyó a la Fornés en el girasol de la popularidad, ya ni canta ni deja de comer frutas que el pueblo no conoce. Los locutores deportivos se preguntan dónde están los velocistas cubanos, después de Juantorena en los setenta, que en fin de cuentas nunca corrió el hectómetro, ni siquiera los doscientos. En el país más acelerado del mundo no pasa nada hace décadas. La gente carismática, si la hay, no sale por la tv.

Pareciera entonces que al fin estamos superando a Rita y a Nitza como profetisas nacionales: que se ha muerto o se está muriendo lo que siempre nos fue perjudicial. Pero lo que encuentro continuamente, entre los intelectuales como entre el pueblo, es la esperanza de que aparezca una Rita que nos haga cantar el manisero de la dictadura y el aria de la democracia, o el autoritarismo de Menocal, o más dictadura si la cosa se pone fea, o capitalismo con autoritarismo y hasta con dictadura, siempre y cuando la receta para mejorar sea sencilla, rápida y fácil de hacer; y sabrosísima, que es en fin de cuentas lo que importa: la piel de Rita o la olla de Nitza, pero como experiencia dispensada para los vivos, nunca para los bobos. Y en cuanto alguien siente que es soprano, que le mete al piano de la pintura o al vodevil del cuentapropismo, o al proscenio de la oposición sin cárcel, o al cinemascopio de aeropuerto, o a cualquier otra superioridad práctica o esencial que soy el primero en defender, el individuo en cuestión se proclama La Única, y desarrolla unas exclusiones y unas intolerancias que creíamos vencidas ya entre los demócratas. La diferencia con los errores de nuestros antepasados es tan dolorosa como manifiesta: Rita, Nitza, Consuelito Vidal, Cepero Brito, Germán Pinelli, Rosita Fornés, eran personalidades únicas, de carisma sin igual, sí, posible por la experiencia real de un mínimo de libertad, pero ante todo de talento eficaz, comprobable, evidente, útil para muchos. No estoy seguro de que tantos Únicos de hoy, en cualquier esfera de la actividad social, puedan merecer en el futuro un juicio aprobatorio.

Más lamentable aún es la tendencia, diríase que incurable, y que no retrocede ni un milímetro, a la *cocina al minuto*. Saco escribió unas memorias de la vagancia en Cuba, y seguimos holgazaneando con la advertencia. En Camagüey se ha restaurado la sede de la antigua Logia de la Perseverencia: lo que demuestra que siempre ha habido entre

nosotros gente lúcida, y una mayoría que la niega o la mixtifica. Lo que hay detrás de la apología de la velocidad cubana, de la supuesta capacidad nacional, negada por la historia, para hacer lo necesario en tiempo record, no es otra cosa que la incapacidad colectiva para afrontar los dolores y los riesgos de la perseverancia. Los retratos de los escritores nos lo muestran como viejos, aun cuando de jóvenes fuesen guapos como Joyce o Juan Ramón: inevitable, pues nadie puede ser un gran escritor con veinte años, salvo Rimbaud, que no era escritor sino un poeta inspirado. Nadie desea *morder el cordobán*, porque el cubano quiere... gozar, y gozar ya, con recetas fáciles, rápidas, riquísimas... Que los niños nazcan antes de siete meses, que los mameyes paran en un año, que la nave espacial tarde diez días, no diez años para atravesar la cola del cometa y regresar... La NASA tuvo otra opinión. El mundo trabaja con perseverancia, y triunfa. Y gozan del triunfo, y de los beneficios del triunfo. *They work hard and play hard.*

En cuanto a los nacionalizados, seguiremos gozando, únicos en el planeta, del oloroso picadillo de soya, una receta fácil y rápida de hacer.

22 de marzo de 2018.

REGRESAR A LA LUNA

Las Potencias anuncian que vuelven a la Luna. Estados Unidos, Rusia y China se preparan para la nueva fase del espectáculo espacial, turismo incluido. Nadie menos que Israel afirma que pondrá una bandera metálica sobre la superficie lunar el próximo febrero. A los jóvenes se les hace difícil comprender lo que la Luna significa para nosotros, los sesentones. Creen que nos interesamos por un capítulo de baja tecnología de un planeta secundario de *Star Wars*. Para los que crecimos con la primera fase de la conquista del espacio, la Luna era más que una meta. Un pequeño paso para un hombre, un gran paso para la humanidad, dijo Neil Armstrong al hollar el astro. Durante una década, la dividida humanidad de la Guerra Fría presenciaba el más glorioso período de las conquistas tecnológicas, mes tras mes. El ritmo heroico parecía infinito. La Era del Hombre comenzaba, con un optimismo verificado casi día a día. En 1980 estaríamos en Marte. Para estas fechas debíamos visitar las afueras del Sistema, por puro espíritu de conocimiento y de aventura.

La Era se desinfló, la fe se perdió. Yo mismo, siendo un adolescente, me di cuenta de que ya no me interesaba el vuelo de Apolo 17. Los soviéticos trajeron muestras del suelo lunar y lo recorrieron con un robot, dejando en la duda la utilidad de la exploración estadounidense. Finalmente a la Unión Soviética le tocó el desinfe, no sin lanzar primero un transbordador vacío, mejor que el del enemigo, pero que nunca volvió a volar, y de naufragar con unas sondas que no llegaron a los satélites de Marte. La NASA liquidó sus transbordadores peligrosísimos. Las Potencias hicieron las paces en la Estación Espacial Internacional, como si al fin el fiasco y el aburrimiento fuesen no solo más reales, sino también más científicos que la audacia.

Lo peor de esta nueva fase de entusiasmo cósmico es precisamente que la fe original está olvidada. Elon Musk la ha dejado sin solemnidad al enviar, con escasa puntería, su auto eléctrico Tesla rumbo a Marte. Esperemos que las restantes empresas que se dediquen al negocio no empiecen a llenar el espacio interplanetario de lavadoras, refrigeradores, secadores de pelo, y cualquier tipo de basura que deba ser recogida a fin

de siglo (ya existe un satélite con un gancho para intentar bajar de la órbita la porquería). Y otra vez es la competencia entre Potencias lo que potencia la competencia. Y potenciar la competencia es también potenciar a las Potencias. Han caído las máscaras. O es más bien que la Era del Hombre es una meta absurda, pues el hombre dejado a su exclusiva potenciación solo potencia autos, lavadoras, bombas, Star Wars.

¿Y nosotros, los impotentes?

En su momento el Primer Ministro nos aclaró que ellos habían estado en la Luna, pero que le íbamos a ganar en la pelota. Las uvas distaban de estar comestibles, porque el socialismo cubiche siempre estuvo a favor de la Aplicación de la Ciencia y la Técnica, divinidades que, eliminando a los orishas, nos iban a traer luz y progreso, hermano. Tamayo le dio color a la órbita (había que implantar algún record, y no teníamos sino un mulato aindiado) en un vuelo burocrático, y nada más. Las hijas de Ubre Blanca no dieron leche. Millones y millones de rublos invertidos en la industrialización de la agricultura nos regalaron hambre. Los soldados pueden tener orishas tecnológicos, pero no pasan de ser aprendices de brujo. El juzgamiento y condena de un doctor en ciencias, Ariel Ruiz, por procurar hacer su trabajo, es ya la confesión completa de un régimen que odia la inteligencia y la sabiduría, porque sabe que no puede con ellas.

En uno y otro caso el disparate está en la imposibilidad de enfrentar la Tecnología con el *telos*, el objetivo, precisamente desde la sabiduría acumulada y la inteligencia audaz. No el culto del orisha tecnológico por Elon Musk, cuyo minisubmarino para salvar niños fue rechazado por los impotentes tailandeses, a quienes debe haberle parecido peor meter a los muchachos en ese tubo salvador y traumatizador. Los niños fueron recuperados en forma primitiva, humana y eficiente. Musk se disgustó.

Musk está recuperando la inspiración de la creación técnica, pero orbita el culto de la tecnología, bajo la gravedad de Flash Gordon y George Lucas. Lo característico del politeísmo es la bronca entre orishas, por ejemplo entre Atenea y Apolo en la *Ilíada*. La Tecnología cree poder vencer a la Economía y a los Partidos, incluso al Pueblo, en la

lucha por alcanzar Troya, el Botín del Bienestar Absoluto, con Helena incluida. No es Musk el culpable, sino la realidad de la Disnomia. Sí, los nombres helénicos siempre están presentes en el espacio. Así fue ¿bautizado? en 2005 un lejanísimo plutino más allá de Plutón. Disnomia, hija de la Discordia (Eris), era el demonio del desorden civil y la ilegalidad. El plutino Disnomia es satélite de Eris. Cuando la tecnología nos permita viajar más allá de Plutón, nos encontraremos con esos demonios, es decir, con nosotros mismos.

¿Habrá que esperar tanto? ¿Sin abolir la Discordia y sus satélites las revoluciones y los fraudes políticos, acabaremos volando tan lejos? ¿Y para qué?

Y ya que estamos abusando de las mayúsculas recreativas, ¿no pudiéramos soñar científicamente con un Águila Blanca, martiana, (no marciana, sino cubana de Martí, el primer defensor de la Alta Tecnología en América Latina), que nos instale al doctor Ruiz Urquiola como Ministro del Medio Natural, Social y Tecnológico Unificado, sin discordia ni disnomia?

Esperemos con Fe y Esperanza una Tecnología Social, nunca socialista, en la que la Tecnología madure y se encuentre. Y que los cubanos valoremos la inteligencia y la sabiduría.

Tal vez entonces podamos disfrutar la voz de Neil, mudo sabiamente de por vida luego del regreso a la Tierra, diciendo con confianza alegre, habiendo desconectado el mando automático y realizado el descenso por su propia mano hacia el justo sitio de la gloria: *Houston, the Eagle has landed.*

13 de julio de 2018.

CONSTITUCIÓN Y ESTADO DE DERECHO EN CUBA

El tema constitucional es recurrente entre nosotros. En Camagüey y en La Habana, en Miami y en Harvard, en Santa Clara o en Madrid unos cubanos se preguntan una y otra vez cómo es que pudiéramos convivir como personas, con todos y para el bien de todos. Es más que evidente que no tenemos nada de eso ahora, que no lo hemos tenido cabalmente nunca en más de un siglo de intentos, y que no podemos seguir soportando un modo de convivencia anormal, que no se corresponde con el nivel de cultura y de experiencia de nuestro pueblo, y que traiciona la voluntad expresa de nuestros padres fundadores. Un día nos enteramos a medias de que un albañil se ha muerto en una huelga de hambre demandando que le mejoraran los grilletes. José Martí fue un prisionero político. Todavía lo tenemos preso.

No hay pues manera de eludir el asunto. Hay que pensar, hay que considerarlo, aun cuando uno no sea un especialista en Derecho Constitucional. La cívica es patrimonio de todos, del con todos, no de los especialistas en ciencias ni mucho menos de los políticos. Los políticos actúan siempre en el margen de lucidez que tiene la sociedad. No suelen ser demasiado lúcidos, ni tienen por qué serlo. El político es un empleado a sueldo de la sociedad, no un maestro ni un guía iluminado, salvo excepciones. La que sí tiene que ser todo lo lúcida que se pueda es la propia sociedad, o el político le aumentará las sombras. Incluso si aparece el guía iluminado, como ocurrió entre nosotros con Martí, poco o nada logrará si las conciencias están a oscuras. No en balde Martí soñaba con ser maestro de campesinos, no presidente. Y la lucidez de la sociedad se hace en el contraste de luz y sombra de la inteligencia y los intereses de todos. El más infeliz tiene que tener derecho a opinar, a sugerir. El más inteligente tiene que ceder ante la voluntad mayoritaria y esperar con modestia y sacrificio a que sus criterios sean reconocidos como ciertos y encarnados en esa voluntad, aun cuando se haya perdido la esperanza de que el milagro ocurra. Situado entre ambos extremos, me atrevo al acto de fe de opinar. Ojalá pudiera abstenerme. Y ojalá no nos dejen solos, y me refuten, y pensemos mejor.

En lo que me atañe, como camagüeyano he tenido siempre el orgullo de saberme parte de la tradición civilista local, generada por la existencia de la Real Audiencia en Puerto Príncipe durante la colonia, y por el civilismo de Ignacio Agramonte y Salvador Cisneros, que determinó nuestra primera Constitución en Guáimaro. En el Plan de Fernandina, Martí desembarcaba con Gómez por la costa sur de Camagüey: Gómez encontraría su vieja tropa, y Martí a los líderes civiles que necesitaba para darle forma a la República. Cuando murió, Martí se dirigía con Gómez hacia Camagüey para reunir el parlamento en armas y darle forma, probablemente constitucional, a la nación en ciernes. No apunto estos datos para reclamar una autoridad a mis opiniones, sino para explicar por qué un escritor está ocupándose de estos asuntos. Si hay un escritor que se está ocupando de estos asuntos es porque la tal tradición sigue viva, y vale la pena cultivarla.

Pero contrariamente a lo que pudiera esperarse por este preámbulo, mi intención está lejos de sumarme a lo que llamaría el mito constitucional cubano (y latinoamericano). Antes de estudiar algunas asignaturas de derecho en la Universidad de Camagüey a fines de los ochenta, como parte de un intento de convertirme en jurista por la libre, yo también era un ciego admirador de la Constitución de 1940. Dos veces se habían firmado, en mi terruño, las más admirables actas nacionales: la que nos convertía en un país liberal, cuando la metrópoli seguía encadenada a la Edad Media, y la que nos fundaba definitivamente como una nación moderna. Pero cuando en 1995 escuché una conferencia de Monseñor de Céspedes y García-Menocal que defendía la conveniencia de restaurar la Constitución del cuarenta, me di cuenta que estaba claramente en contra.

Constitución no es estado de derecho, y lo que importa es el estado de derecho real, práctico y comprobable en la vida diaria por los ciudadanos, no una constitución. La primera constitución histórica es la Carta Magna inglesa de 1215. Ningún país más atento a las formas, y sobre todo a las legales, que Gran Bretaña, pero en ese país no existe ninguna constitución escrita. Por el contrario, América Latina ha vivido redactando y promulgando constituciones de puro papel: Perú y Ecuador han tenido más de veinte, sin que por eso haya existido nunca un verdadero estado de derecho: libertades restringidas o nulas, corrupción generalizada, injusticia social, desorden

público, golpes de estado de derecha, revoluciones de izquierda, dictaduras de cualquier color, retraso social permanente. No solo Cuba ha tenido hermosas constituciones, la de Alfaro en Ecuador dicen que fue una joya. Pero la plena vigencia del estado de derecho, tal como soñaron Bolívar o Martí, sigue pendiente.

Los partidarios del mito constitucional latinoamericano olvidan que una constitución es un pacto, no un proyecto. La Carta Magna inglesa fue el acuerdo entre un rey débil y unos barones que no querían coronar al otro. Establecía derechos perfectamente posibles y parcialmente existentes: que la Iglesia eligiera sus funcionarios sin la intervención real y que se acabaran los abusos del rey en la vida económica, entre otros. La única libertad digamos contemporánea establecida en esa Carta era la de comerciar, y la de entrar y salir libremente del país (en Cuba vivimos, pues, en 1214). La legislación inglesa fue incorporando poco a poco, durante ochocientos años, las libertades posibles, prácticamente sin retroceso alguno. Todavía podemos esperar que eliminen la monarquía decorativa, aunque costosa, y que Escocia e Irlanda del Norte sean repúblicas independientes. Parece que no les apura, pueden tardar otros ocho siglos. Están interesados en vivir como quieren, de acuerdo a sus tradiciones, no en cumplir modelos ajenos y puramente ideológicos.

Restablecer la Constitución de 1940 en Cuba sería precisamente un acto ideológico que pudiera ser muy contraproducente. Está claro que los órganos de poder no pueden ser restablecidos de inmediato, ni siquiera el judicial. Pero lo decisivo es que su promulgación, lejos de permitirnos implantar un pleno estado de derecho, nos dejaría sin la más leve sombra de él. Porque toda la legislación cubana actual responde más o menos a la Constitución de 1976. Se dice que uno de los problemas de la Constitución del 40 fue la ausencia de una legislación complementaria. Bueno, la del 76 tiene una elaborada legislación adjetiva que puede no gustarnos en todo o en parte, pero que rige. Y que es incompatible en casi todos los puntos con la del 40. Se daría pues el caso de que la inmensa mayoría de las leyes del país serían inconstitucionales. O lo que es lo mismo, con la Constitución del 40 el país se quedaría sin leyes por décadas. O nuevamente sería una Constitución que no rige por falta de legislación complementaria.

Sería imposible garantizar el orden en una situación tal. Fijémonos, por ejemplo, en un asunto del que no se habla pero que está peligrosamente en la bandeja: la propiedad inmobiliaria. Rigiendo la Constitución del cuarenta, todas las confiscaciones de las casas de los emigrados quedarían anuladas. Un ciudadano que tiene ahora una de esas casas, sea cual sea su opinión política o condición social, pierde su propiedad. Un pueblo que subsiste en cuarterías y casas ruinosas, se encontraría pagando un alquiler a unos extranjeros, o durmiendo bajo el puente, si alcanzan. Semejante injusticia no debe ser intentada nunca, bajo pena de que millones de ciudadanos salgan a la calle a derrocar al gobierno (y yo, que soy propietario de mi casa, entre ellos). Y este es solo uno de los escenarios de riesgo previsibles. Dudo que algún actor político, individual o colectivo, cualquiera sea su orientación doctrinal, pueda atreverse, desde el sillón del poder, a dejar sin leyes al país que tiene que gobernar.

¿Qué hacer pues? ¿Vivir sin Constitución, proclamar una ley fundamental redactada en un gabinete, como la odiosa Ley Constitucional batistiana de 1952, o continuar con la actual? Sin Constitución no debemos vivir, porque no somos ingleses. Se necesita algún marco legal general, o resignarnos a la anarquía o la dictadura. Redactar una ley de leyes privada, es decir, de grupo, ya se hecho por Payá, pero tendría que ser sometida a un debate nacional, lo que significa tiempo y recursos. ¿Lo tendremos? ¿Vale la pena? Téngase en cuenta que cualquier Constitución cubana, después de la de 1976, exigirá un referendo, no solo porque esa Constitución fue aprobada así, y la próxima, si alardea de democrática, tendrá que remontarse sobre ese nivel, sino justamente porque si queremos que la Constitución contribuya a crear el estado de derecho, se necesita la participación popular, pero no la de asambleas que aprueban todo lo que se les pone por delante, sino por el contrario la que supone contradicción y lucha para generar un pacto social efectivo. ¿Cuánto tiempo se necesita para que la sociedad adquiriera el nivel de participación cívica imprescindible que garantice una discusión profunda y práctica del marco constitucional, de manera que se cree un estado de derecho cubano estable? ¿O habrá que aprobar una ley fundamental muy breve, solo la llamada parte dogmática, la que establece los derechos fundamentales, en espera de que podamos llegar al nivel de la Constitución, aunque con el riesgo de que pueda facilitar cualquier libretazo?

La otra posibilidad es recomendada por algunos especialistas: continuar con la Constitución actual, reformándola lenta y eficazmente. Esta vía me resulta simpática, lo confieso. No soy revolucionario, sino partidario de cambios para mejor, pacíficos y ordenados. Pero más allá de mi criterio personal, creo que esta posibilidad es más real que las otras, y también más eficaz. Más real porque, sean cuales sean las personas que hereden al actual régimen, le resultará imposible gobernar con el marco legal actual. Un jurista oficioso definió el artículo constitucional que define los poderes del jefe de Estado y de Gobierno como un homenaje al Comandante en jefe. Echarse encima semejantes facultades, teniendo en cuenta la crítica situación del país, parece por lo menos impráctico, y si hay un ambicioso que le guste, tengo la impresión de que lo pagará caro, aunque por poco tiempo. La gerontocracia ha caído también en el mito constitucional y aprobado una enmienda que hace eterno el orden social vigente, de manera que las generaciones futuras tendrán que atenerse al pánico de enfrentarse con fantasmas en una sesión parlamentaria de espiritismo. Pero el país necesita cambios que suponen modificaciones constitucionales, aun sin abandonar el marco ideológico socialista. Una vez que un grupo de poder comience esos cambios para mejor, comprobables en la vida diaria por la ciudadanía –si se devuelve la tierra a los campesinos y las tiendas a los comerciantes, habrá enseguida mercados repletos-, se superará el síndrome de inmovilidad constitucional y legal y se creará el hábito de mejorar la vida mediante la Constitución y la ley. Y esta experiencia práctica de mejorar la vida con la ley, es lo único que puede garantizarnos la creación de un estado de derecho que nos asegure una vida mejorada para siempre.

Pero de una u otra manera lo que importará siempre es la construcción del estado de derecho, y en este proceso la existencia de un texto constitucional suficiente tendrá que ser el final de una etapa, no el inicio. Martí nos propuso la clave: el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre. De tanto trajinar la frase, incluso en la actual Constitución, hemos llegado a considerarla una mentira piadosa más. Fijémonos que Martí habla de *un culto*. No de una ley, ni de unas instituciones: de un culto, es decir, de un respeto entendido al nivel máximo, y a un nivel práctico y personal. Martí, que era jurista, sabía perfectamente que el derecho efectivo parte del derecho consuetudinario, el derecho establecido en las costumbres. Eso es lo que hace innecesaria una Constitución en Gran Bretaña. Y es lo que en Cuba nunca hubo del todo, y menos hoy.

Mis vecinos de enfrente ignoraban, hasta que leyeron una reclamación mía a las autoridades, que el domicilio del cubano es inviolable y que ese derecho está garantido por la actual Constitución. Unos inspectores del Ministerio de Salud Pública intentan entrar a la fuerza en los domicilios, incluso buscan a un policía. Una panadería asfixia a los vecinos con su chimenea, pero estos no se quejan, aunque de ninguna manera les está prohibido hacerlo y aunque puedan revertir la situación mediante la queja ciudadana o el tribunal. Ir a un juicio en defensa del propio derecho garantido por las leyes vigentes, resulta para los cubanos actuales una perspectiva terrorífica. Ni siquiera se atreven a ser testigos a su propio favor. La televisión pone unos spots que dicen: reclame sus derechos. Se refiere a los del consumidor o usuario, desde luego. ¡A tal ausencia del culto hemos llegado! Ninguna ley, ninguna institución, ningún grupo o líder por razonable que sea, logrará prosperar entre nosotros mientras la mayor parte del pueblo siga sin la convicción de que es sujeto de derecho y que puede ejercer y exigir el culto a su dignidad personal.

¿Cómo lograr, entonces, una recuperación del derecho consuetudinario cubano que nos permita erigir un estado de derecho, cómo comenzar el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre? Algunas características del socialismo real local pudieran ayudarnos. A diferencia digamos de la Unión Soviética, donde la nomenclatura disponía de la inmensa riqueza del país como una refinada aristocracia burguesa, la nomenclatura cubana, fuera de la cúpula, es tan pobre que cualquier cubanoamericano de Miami tiene mejor casa con piscina, mejor jardín, y mejor carro, por no hablar de las libertades. En determinado momento los miembros de la nomenclatura pueden verse tan cerca del ciudadano común, y tan necesitados de seguridad personal y de libertades, que el pacto social y la recuperación del derecho en las costumbres pueda hacerse si no fácil, por lo menos posible. Desaparecida la cúpula, todo nomenclado estará a merced del otro y del pueblo, sin la legitimidad de los antiguos éxitos militares y con la carga de los fracasos presentes, con muy pocas opciones para imponerse por la violencia, y enfrentando a una oposición curtida, exitosa en su obstinación y en todo caso por fracasar, lo que exigirá un pacto entre ellos, y entre ellos y el pueblo. Es verdad que la recuperación de la libertad económica puede conducir a una diferenciación social rápida y marcada, pero los actores políticos pueden y deben prever este peligro para que la realidad de la igualdad ante la ley permita la recuperación de la noción de derecho en la parte activa

del pueblo: les conviene. Pero aun si esta previsión fracasa, juzgo poco probable que se forme una oligarquía tan estrecha como la actual nomenclatura criolla, y desde luego sin ninguna de sus prerrogativas. Cuando las personas empiecen a establecer relaciones contractuales libres entre sí y con el Estado, aunque solo sea para manejar una finca o establecer una tienda, verán que en efecto, son sujeto de derecho. El proceso será contradictorio y difícil, pero la realidad de la igualdad y la posibilidad de mejorar con la ley pueden ayudar a recuperar la noción del derecho en la inmensa mayoría del pueblo.

Por otro lado, la formación del estado de derecho se efectúa más allá de la esfera de los actos, en las mentes. Cuba tiene ahora un pueblo instruido, aunque compuesto por analfabetos funcionales, puesto que la mayoría no leen ni escriben, o leen solo los periódicos oficiales, o escriben solo textos mal redactados y sin ortografía en el ejercicio de sus profesiones; pero esta situación sí es reversible en poco tiempo. La libertad de expresión, y por lo tanto de pensar, permitirá que estas personas alfabetizadas se enteren muy rápido de todo lo que necesitan saber para enderezar sus vidas, si es que quieren; y tendrán que querer, porque los sucesos en la esfera de los actos les impactarán. Dijo Gómez que el cubano o no llega, o se pasa: no quieren llegar todavía, pero luego se pasarán. Habrá un estallido de información y de opciones que al menos los jóvenes aprovecharán de inmediato, y que arrastrará a todos. De hecho, este proceso ha comenzado ya, y esta revista dirigida y escrita por jóvenes es el mejor de los ejemplos. Y también este debate en el que estoy participando. Poco a poco iremos ejerciendo, con los errores y debilidades que son inherentes a la persona humana, todos los derechos. El demagogo, el maestro del pueblo, será sustituido rápidamente por los maestros surgidos del pueblo. Las escuelas y los medios de difusión habrán de promover el conocimiento de la cívica, pero lo que decidirá será el ejercicio cívico personal real. Todo el que haga valer un derecho estará educando al pueblo en materia de derecho, y contribuyendo al estado de derecho naciente. Cuando el cubano le coja el gusto a litigar, a negociar y a triunfar con la ley, la dictadura habrá muerto para siempre en nuestras mentes y desaparecerá de nuestra historia.

Cuba posee, además, el más oportuno de los magisterios en materia de derecho público. Hemos aspirado desde el comienzo nada menos que a la dignidad plena del hombre, lo

que sitúa nuestra aspiración a un nivel insuperable, y que algunos intelectuales de la política consideran excesiva para un pueblo tan menor y tan fracasado. No es que vayamos a alcanzar un día la definitiva dignidad plena, sino que esa es una tarea estratégica y permanente. Cada generación planteará sus exigencias y se esforzará en cumplirlas. Una Constitución que proclama ese objetivo y después niega las libertades más elementales, tiene que ser denunciada como un risible, inadmisibles fraude: pero cuidado, no nos confundamos: el objetivo en sí no es un fraude. Si aun creemos que esas palabras son muy grandes para un país tan pequeño, enterémonos por fin de que ese mismo hombre nos dijo lo mismo con una sencillez popular, absoluta, evangélica: con todos y para el bien de todos. Esa es la fórmula de la democracia y el derecho cubanos. No hay que aplastarse en Washington ni en Moscú, ni en París ni en Teherán, ni en Beijín ni en Caracas. Hay que arrodillarse en Santa Ifigenia, y pedir perdón.

Porque Martí, además de darnos las orientaciones correctas en el nivel de la filosofía y del discurso políticos, hizo todavía algo mejor: nos dio el ejemplo de la praxis efectiva. Aquel 19 de mayo se encontró con Bartolomé Masó en Dos Ríos, a quien había llamado a conferencia. Martí estaba organizando el proceso que debía culminar con la Asamblea de Camagüey. El hecho de que esa Asamblea finalmente se reuniera en Jimaguayú, significa que su propósito no era la locura de un líder, de un abrigo neoyorquino vacío y repleto de aire tormentoso, sino una necesidad colectiva lealmente interpretada. Martí se reunió con Masó, y no dijo nada, y Masó fue electo vicepresidente y después presidente de la República en Armas; luego fue candidato a la presidencia en las primeras elecciones de la República. O lo que es lo mismo, Martí estaba contando con lo que siempre había señalado: los factores concretos del país. Había escogido el sitio correcto: Camagüey, y uno de los líderes reconocidos. Ninguna ambición personal en este hombre que había aceptado salir del país para servir mejor y con dolorosa humildad, y para no molestar a los dos jefes militares de la insurrección. Pero lo más importante es esto: este líder civil, que fundó un Partido para que la insurrección tuviera desde su origen un carácter político y no militar, y que fundó ese partido un 10 de abril, fecha de la Constitución de Guáimaro, estableciendo así la continuidad de un proceso, nunca escribió un proyecto de Constitución, ni recomendó más que un principio: el ejército, libre; y el país, representado. Formas, dijo, caben muchas; pero lo que importa es el espíritu. Este genio nunca nos impuso nada, nunca quiso establecer recetas ni fórmulas,

jamás usó su superioridad evidente para limitarnos, para sustituir o bloquear la voluntad y la capacidad colectivas: por el contrario, se remitió e incluso se sometió a ellas. En Dios confío en que no hemos de ser tan torpes como para que el espíritu que nos congregue por fin con todos para el bien de todos, deje de darnos las formas por las que, reunidos otra vez en Guáimaro, los nuevos padres de la patria firmarán el Acta del consenso que ha de gobernar a los cubanos en los próximos siglos.

12 de agosto de 2010.

TRES POETAS POLÍTICOS

La poesía cubana del siglo XX comienza, como es conocido, con Regino Boti, José Manuel Poveda y Agustín Acosta. Sus respectivos poemarios *Arabescos mentales* (1913), *Versos Precursores* (1917) y *Ala* (1915), sacudieron la miseria de la literatura de la recién inaugurada república con una renovación del modernismo de Julián del Casal, aunque ya Poveda estuviese programáticamente contra ese movimiento y previera el despertar de otra modernidad. El valor de estos tres autores como refrescadores de la expresión literaria nacional es bien conocido y no se discute. Pero no tiene igual reconocimiento, y tal vez ni siquiera conocimiento a secas, el hecho de que estos tres escritores exquisitos, educados por el individualismo extremo y el apoliticismo de la torre de marfil, fueron, y de qué contemporánea manera, hombres cívicos, patriotas en actos y políticos.

Hay una costumbre de entender la literatura y la historia en Cuba en la que los hechos no cuentan. Cuando un dato no encaja en la perspectiva ideológica del comentarista, es eliminado; y cada cierto tiempo se pone de moda alguna nueva y cómoda visión de un autor y un suceso, según convenga. Ahora padecemos, por ejemplo, un Cintio Vitier comunista, y un Lezama contrarrevolucionario, adorablemente fantásticos. A Boti se le encarceló en el presupuesto de que había renunciado a la literatura, como el delicado que era, ante la vulgaridad de la vida republicana. ¿Había renunciado a escribir, o a publicar? Se dice que los poemas inéditos de Boti son cuantiosos... Pero si el poeta dejó de tener una presencia pública, persistió la del intelectual: Boti ingresó en la Academia de Historia, puesto que era el historiador de Guantánamo: cuánto patriotismo, cuánto respeto por el *heimat*, como dicen los alemanes, por el terruño, diferente pero no incompatible con el *vaterland*, la patria. Y, claro, hemos olvidado que Boti fue el presidente del Partido Conservador en Guantánamo... y que hizo campaña como candidato. Luego, en efecto, se apartó de la política. Apartarse de la política puede ser una muy buena señal política, para los políticos y para el pueblo. Pero aun cuando su renunciamiento no fuera defendible, no puede eliminarse el valor de esa apuesta de juventud del joven mulato guantanamero, amante de su terruño, fiel en fin de cuentas a la buena posición de su familia, que quizás le inclinaba a identificarse con los

conservadores. El Partido Conservador en Cuba era tan liberal que tenía líderes mulatos, y el presidente, Enrique José Varona, era ateo. Los criterios con los que Boti hizo política conservadora son desconocidos para mí. Y se sobran las razones para que sigan ocultos.

No es el caso de José Manuel Poveda, a mi juicio un escritor mayor que tenemos relegado a la idiotez de no leerlo. Hijo de un mambí que fue electo representante a la primera Cámara republicana, era liberal por familia y por naturaleza. Diez años más joven que Boti, fue ardoroso en la defensa de los principios liberales, incluso de algunas figuras de ese bando político, verbigracia el general Asbert, gobernador de La Habana. Es posible que la ingenuidad juvenil le haya confundido más de una vez, y que al perderla se apartara de la política viva. Pero no conozco un solo autor cubano de la época que tuviera una comprensión tan profunda de la realidad nacional como este mulato de menos de treinta años, cuyo caudaloso periodismo, que yo no puedo alardear de conocer en su extensión, guarda joyas de pensamiento que todavía hoy pueden orientarnos. Lo entendía todo, quiero decir que padecía con lucidez todo lo que seguimos padeciendo, y luchó cuanto pudo por mejorarnos, con el recurso de la palabra, que era lo suyo. Los liberales no le escucharon y los conservadores decidieron meterle una cuchillada en una calle de La Habana, encarcelarlo, amenazarlo con encarcelarlo otra vez, desprestigiarlo. Dicen que murió de drogas, pero el desmayo que le hizo caer en plena calle cuando lo llevaban como acusado a un tribunal me hace pensar que este hombre pudiera haber sido un hipertenso grave, una enfermedad que entonces no solo no tenía tratamiento sino que ni siquiera se le identificaba como tal, y que la persecución a que fue sometido y las demás presiones que debió soportar como hombre sensible e íntegro, aceleraron su muerte, a los 38 años, en 1926. Con él perdíamos no solo al mayor escritor del país por entonces, sino a un hombre que pudo ser clave en la lucha para evitar o superar la dictadura de Machado, decadencia del liberalismo mambí. La generación del 27 creó el mito de un Poveda escondido y mudo. Con todo lo que había escrito y hecho, podía darse ese lujo. Pero estamos lejos de intentar conocer el mensaje de este pensador, de este poeta político iluminado y nobilísimo.

Mejor suerte, en apariencia, tuvo el benjamín Agustín Acosta. Dos años más joven que Poveda, de no haber publicado *Ala* en 1913, habría que considerarlo un miembro de la generación del 27. De educación católica, fue siempre creyente, a diferencia de sus dos colegas explícitamente anticristianos; como Poveda, fue liberal de pensamiento y en su juventud estuvo cerca de ese partido, por su amistad con Carlos Mendieta, hasta que se decidió a formar el propio, Acción Nacionalista, en 1924. En 1926 publicó *La zafra*, importante libro de poesía social saludado por todos. En 1927 firma la declaración del Grupo Minorista, y lo encarcelan. En 1931 le escribe una carta pública a Machado pidiéndole la renuncia y vuelven a encarcelarlo. A la caída del dictador es nombrado gobernador de su natal Matanzas. En 1934 es secretario del presidente Mendieta y le estallan una bomba en el portal de su casa. Se convierte en senador y comienza a recibir homenajes que culminarán con la decisión de la Cámara de Representantes de 1955 de proclamarlo Poeta Nacional de Cuba. Acosta había combatido a Batista, pero aceptó este título probablemente porque creía la verdad: que su poesía estaba por encima de la circunstancia. Los guerrilleros no fueron tan verdaderos. Cuando Nicolás Guillén, sin cámara alguna, fue proclamado nuevo Poeta Nacional en 1961, no solo se le destituía groseramente (el título valía mucho para él, aunque fuera más bien ridículo), sino que se le ajustaba cuentas (imaginarias). Acosta vivió sus últimos años en el ostracismo matancero hasta que pudo escapar a Miami, después de escribirle a Guillén para que lo ayudara. El gran poeta político moría en el exilio.

Estos hechos prueban que nuestra poesía comenzó su etapa republicana con la coincidencia feliz de la altura intelectual, la calidad literaria y la vocación cívica. Para ninguno de estos autores fue fácil mantener esa integridad. Dieron la batalla incluso desde sus provincias, desechando la vitrina habanera. Para la política fueron inútiles, pero no por culpa de ellos. No puede afirmarse que la obra de ninguno fuera estropeada por el civismo. Se apartaron de la mala política y procuraron expresarse con la mejor condición posible, o se callaron dignamente. Eran hombres libres, a quienes la incipiente democracia criolla, que criticaron acerbamente porque la querían entera, les permitió ejercer la cívica e incluso la política, o dejar de hacerlo, no sin dolor ni riesgos pero siempre con decoro personal y el respeto o la admiración de la opinión pública. Ellos, los demócratas inspirados por Martí, nacionalistas estrictos y ausentes de contaminaciones totalitarias, y no la generación del 27, iniciaron el intenso activismo

cívico de los escritores cubanos de la República, y nos dan ahora una majestuosa lección que debiera ser asimilada por los jóvenes, y por los mayorcitos de la UNEAC, que militan ahí y juran ser apolíticos, y musitan que lo de Ángel Santiesteban fue un crimen, sumergidos en el jacuzzi de marfil pagado por el pueblo o por los exiliados. Creen que van a ser perdonados como los intelectuales de Franco, olvidando que Eugenio D'Ors era un católico franquista de corazón, en una guerra en que las monjas eran violadas y asesinadas por el bando opuesto, mientras que la mayoría de los uneaces están mintiendo. Puede que se salve lo que escriben, para lectores que no tendrán que soportarles la hipocresía, pero yo estaré siempre con Poveda o con Acosta sufriendo la presión o la prisión del autócrata y no padeciendo el buen desastre de esos eternos y sangrientos vencedores en el que se escucha, como lo denunció el mulato, *el choque de veinte mil frentes sobre el suelo*.

10 de octubre de 2017.

UN MERCENARIO FABULOSAMENTE ÚTIL

En la página 494 del libro *Batista. Últimos días en el poder*, de José Luis Padrón y Luis Adrián Betancourt, publicado por Ediciones Unión, la editora de la UNEAC, en 2008, aparece un documento atribuido al Poder Ejecutivo de la República de Cuba, desempeñado en ese momento por el general dictador Fulgencio Batista. Se trata, hasta donde nos dicen los autores, de la *Nómina de la asignación monetaria mensual con la que el dictador agasajaba a editores y periodistas del país*. De las 49 entradas que posee el documento, dos pertenecen al doctor Gastón Baquero, identificado primero como periodista del *Diario de la Marina*, y en la segunda ocasión solo con el grado de doctor, puesto que el escritor Gastón Baquero era un ingeniero agrónomo graduado en la Universidad de La Habana. En la primera entrada Baquero obtiene 16 000 pesos; en la segunda, 2 000. A menos que el documento sea falso, y yo confío en la veracidad del mismo, resulta que el poeta recibía, al menos en algún período de la dictadura batistiana, nada menos que 18 000 pesos mensuales, lo que equivalía a la misma cifra en dólares, toda una fortuna para la época. Paisano, amigo personal y, por este documento, empleado del militarote que había destruido la democracia en Cuba, el eximio escritor, que afirmaba en su mejor poema no saber escribir y ser un inocente, se sumaba al aniquilamiento de la siempre frágil y confusa democracia nacional mediante su incorporación al despelote de uno de los pilares de cualquier sistema democrático: la prensa libre, honesta e independiente. Ya en 1959 Baquero se queda para siempre sin patria, por el triunfo de la Revolución que él mismo había ayudado, con su irresponsabilidad, a triunfar.

No tengo idea de qué pudieran pensar los autores que divulgaron ese documento, al encontrar ahora en nuestras librerías el *Paginario Disperso* de Gastón Baquero, publicado por la misma Ediciones Unión de la UNEAC, y *Una señal menuda sobre el pecho del astro*, ensayos del mismo autor por Ediciones La Luz, de Holguín. El primero contiene más de trescientas páginas y el segundo más de quinientas, y reúnen en lo fundamental artículos de tema literario, artístico o histórico que Gastón publicaba en el *Diario de la Marina*. O lo que es lo mismo, la Revolución auxiliada por la irresponsabilidad de Baquero da a conocer ahora una abrumadora cantidad de textos

escritos por el empleado a sueldo de Batista, algunos de la misma época en que, según podemos sospechar, se llenaba los bolsillos del traje con el dinero del dictador.

Invito a mis compatriotas responsables y libres a leer de inmediato esas casi mil páginas de periodismo excepcional, y de meditación compleja y nutritiva sobre literatura, arte y patria.

La capacidad de Baquero para la creación incesante de periodismo de máximo nivel no ha sido superada en nuestro país, como no sea el caso impar de José Martí. A Martí están dedicadas unas reflexiones en ambos libros, de manera que podemos ahora afirmar con certeza que este representante de la derecha en Cuba fue un valedor de Martí, mérito que comparte con otros de la misma orientación política, señaladamente el jurista, diplomático, orador y periodista camagüeyano Mariano Aramburo. Fue, además, su discípulo, pues en estos acumulados textos de Baquero encontramos varias de las constantes martianas esenciales, incluyendo la más trascendente: el imperativo de que la patria somos todos y cada uno, y especialmente los hombres de mérito, a quienes Gastón no se cansa de promover fuere quien fuere y año tras año. El número de escritores y artistas cubanos defendidos por Baquero, que hoy tenemos por prohombres de nuestra cultura y que entonces eran unos desamparados, es notable. Igualmente celebró a los que, como Brull o Mañach, ya estaban en el candelerero. Este hombre de derecha, si es que lo era porque estas distinciones en Cuba han sido siempre resbaladizas, estaba al servicio de todos y empeñado en la construcción de una atmósfera de respeto universal para la creación de sus compatriotas. No estoy hablando de elogios facilones para ganar amigos importantes —se equivocó, incluso, al suponer imposible la creación de una escuela de ballet en Cuba, a pesar de su admiración por Alicia Alonso—, sino de un conjunto de exégesis que no han envejecido una línea, de una densa lucidez, resueltas con una prodigiosa capacidad de síntesis y una grandeza de lenguaje que conquista incluso a la opinión divergente.

Pero el patriota Baquero fue también un auxiliador de sus hermanos en cuanto a la puesta al día de la cultura artística y literaria; y buena parte de lo que hoy consideramos

como sus cumbres en la primera mitad del siglo XX fueron divulgadas por él y beneficiadas con una interpretación de alcance universal y utilidad local, verbigracia, la dedicada a Saint John Perse. Y en ningún momento le encontramos la conocida actitud mimética del deslumbrado cubiche, que sigue imperando todavía. A Benavente le reprocha haber escrito demasiado, observación a la que se atuvo él mismo con respecto a su poesía. De Ortega y Gasset dijo que estaba en contra de casi todo lo que pensó, pero le celebra precisamente su capacidad de estimular el encuentro con el propio ser. Baquero, adalid de La Avellaneda y de Casal, de la gran poesía cubana de siempre, de la poesía en sí misma como misterio y magisterio, fue un paradigma de *Orígenes*, ejerciendo un intelecto libérrimo, propio, cubano, generoso, constructor de patria desde la palabra, día a día, sin esperanza suficiente en el mundo y en su pueblo, pero perfectamente fiel a la dimensión de su alma y al deber de amor.

Y esta conclusión inevitable podemos firmarla sin haber conocido lo que se nos está ocultando cuidadosa e inútilmente, en estas maniobras de descongelamiento paulatino de la verdad, que incluye a Baquero como a las Grandes Ligas, en que las autoridades de La Habana, para evitarse peligrosos escándalos en el momento decisivo, han tenido que embarcarse. No tenemos idea del periodismo social y político de Baquero. Su publicación tal vez nos descifre el enigma de su colaboración, y la de otros destacados intelectuales de la época, con un sargento negado a la democracia y protagonista y promotor de la vida corrupta. Ya se conocen sus juicios sobre el padre Bartolomé de las Casas, hoy en proceso de canonización y considerado fundador del Derecho Internacional y del movimiento por los derechos humanos. Baquero estaba en contra de Las Casas, junto con otros estudiosos de renombre, a despecho de la tradición cubana que había encabezado el rescate mundial del defensor de los indígenas. Para mí Las Casas es venerable, y sus desaciertos no son sino el tributo que pagamos todos por vivir en la ceguera obligatoria de una época. Pero Baquero nos muestra, en esos juicios, el otro lado del hoy desprestigiado proceso de colonización: su función civilizatoria. *Civilización devastadora*, dijo Martí, quien no necesitaba esos matices sustanciales porque era capaz de meterlos en solo dos palabras; pero civilización de veras. Lo bueno de leer a Baquero es la posibilidad, habitual en Martí, muy poco común entre nosotros y considerada como traición tanto por la derecha como por la izquierda, de asomarse a la cara oculta de la luna, de ignorar el cliché mental, de mirar desde la derecha con

honestidad, enseñándonos a mirar desde todas partes. Estoy seguro de que la publicación de su periodismo no literario va a resultar una saludable sacudida para el aletargado pensamiento nacional. Y nos permitirá reinterpretar las circunstancias del país de entonces y apreciar mejor la riqueza de este hombre inmensamente útil, cuyas dolorosas contradicciones proceden de nuestras debilidades, más que de las suyas. Él se vendió por mucho, porque los que lo compraban, lo valoraron. Hoy, tantos cubanos de mérito se venden, valorados como candidatos a traidor, por un apartamento en un edificio para obreros. Es difícil para la inteligencia sobrevivir en este mundo, y Baquero no tuvo ese rarísimo valor inspirado de Las Casas, de renunciar a todo y quedarse solo con Dios y una yegua en medio de unos asesinos en el borde del orbe; pero su utilidad como obrero de la patria no tiene ya discusión alguna.

Aprendamos, hermanos, el arte del respeto y de la tolerancia, de tomar los asuntos ajenos con calma y con responsabilidad, con espíritu de justicia y con desprendimiento, si es que queremos patria, y queremos alma legítima en la patria. El pícaro que se aparte de esta recomendación quedará fracasado y burlado a la larga, como lo demuestra el caso fundamental de don Gastón Baquero.

Mayo, 2015.

EL FILIN ES CONTRARREVOLUCIONARIO

El adversario sonríe malignamente: esa consigna errónea fue superada de inmediato por la Revolución, allá por la década del sesenta. Corrieron los intelectuales revolucionarios a salvar a la Revolución de un nuevo frente de batalla cultural, ahora no la del pueblo llano divirtiéndose como le daba la gana ante las cámaras del defenestrado documental *PM*, mientras los heroicos cortadores de caña, a ritmo de una marcha revolucionaria, como en *Las doce sillas* del ICAIC, se rompían la vida sin una rumba de consuelo. No, se trataba de la canción *Adiós felicidad*, que había sido declarada en la prensa por un gurú estalinista como peligrosa, emblema del Fílin, una enfermedad de las guitarras criollas debido a la penetración de la cultura norteamericana en Cuba en la década de los cincuenta. Cabrera Infante se divierte, en *Delito por bailar el chachachá*, de ese asunto de la penetración, muy criticado y rechazado, dicho sea con asombro, por el gurú Alfredo Guevara. Pero si el chachachá nada tiene que ver con los Estados Unidos, el Fílin, descendiente de la antigua trova nacional, ciertamente sí. Sin entrar en dominios de teoría musical que me son ajenos, recuérdese el desenfado coloquial –sí, antes que los poetas, rasgo de época- de la genial Billie Holiday, y la soltura de los cantantes y compositores del género que nos ocupa. Moraima Secada y... Pacho Alonso también hablaban el texto que debían cantar, con un efecto dramático y sentimental muy Billie, y más intenso y más variado que el de Billie. Y sobre todo, muy criollo. ¡Cuán cubano ese desenfado, ese temperamento! ¿Influencias o coincidencias? Pero el hecho es que todo un Alejo Carpentier tuvo que acudir a defender al Fílin, no vaya a ser que no quedara un solo cantante de mérito en Cuba, después de perder a Celia Cruz y a una legión de soneros, y que el *Concierto de Ébano* de Stravinski fuera prohibido por estar penetrado el ruso con los ritmos corruptores del jazz... En verdad el gurú se estaba pasando, lo pararon a tiempo, y es de agradecerlo, lo que no evitó que Martha Valdés, reina del Fílin, tuviera que esperar años y años para comprar una guitarra a su altura, o casi, y que el Fílin siga siendo un patrimonio reverenciado, pero muy distante de la publicidad del son edulcorante, la nueva trova política, y otras insignias del socialismo musical.

¿Cómo es que en este país se pudo llegar a estos absurdos? Pues porque, en el fondo, y según la lógica del régimen, no lo eran... La canción *Adiós, felicidad*, es de tema

sentimental, no político, pero permítanme confesar que mi primo Bebo, que se iría por Camarioca, se la cantaba con sorna a mi tío Emiliano... En ausencia de libertad de expresión, una canción inocente podía convertirse en vocera de los sentimientos de millones de cubanos a quienes les habían destruido el plan de sus vidas, la felicidad que sabían que podían conquistar con una vida honesta, excepto porque habíamos cedido a una penetración muy fálica y muy impropia del soviétismo, una incultura radical que no tenía ni nacionalidad ni futuro. Pero había más, mucho más *pm*. *No hay cabarets en Rusia*, le decía Bebo a Emiliano. El Fílin era y es música de club, de cabaret. Al anochecer no se podía ir a esos sitios porque estaban cerrados o eran impagables o uno había llegado exhausto del corte de la caña. *Vino blanco de la caña...* decía Bebo. *Vino rojo de Moscú. Vino tinto del G2...* La incultura soviética en versión cubiche era, es, hostil al vino del sano, bendito hedonismo criollo. Con los años uno pudo escuchar Fílin en el Pico Blanco del Saint John, con una sangría en la mano... pero la hostilidad no desaparece, y esa es una de las causas por la que la economía socialista cubiche es mucho más cacofónica que la de otros países que pasaron por esa penetración: aquí se trabaja para el placer, o no se trabaja y se roba. Además: esa serenidad y esa profundidad del Fílin. Comparado con el Bolero, trágico y a menudo deprimente, el Fílin es tranquilo. Los conflictos elementales de muchos boleros son reemplazados por unas calas de mucha inteligencia en la vida amorosa de las personas. Un cubano para nada gritón, ni desesperado ni revolucionario aparece en esas canciones. Hay pensamiento, equilibrio, hondura. El conflicto puede ser tremendo, pero está enfrentado con una sabiduría tropical. La alegría del Fílin es semidivina, y de cuando en cuando menciona a Dios: nada que ver con la sensualidad a veces primitiva del *échale salsita* y otras guanajerías. Un cubano sabio, que encuentra la felicidad en la pareja o en el universo como la cosa más natural e inmediata del mundo, aflora en esas canciones prodigiosas. Como escritor, confieso que las envidio. Como persona las escucho como lecciones de vida. Un erotismo que no le tiene miedo a nada, porque es erotismo puro, ni siquiera al fracaso, el dolor, la decadencia, la enfermedad y la muerte: la vida como es, con otro tipo de fuerza y hasta de heroísmo: la posibilidad de amar a cualquier precio. Una Cuba espiritual que ascendía en la clase media de los cincuenta, como los treinta pisos del Focsa, como evidencias para la unanimidad del pueblo. Una Cuba que sigue siendo posible. *El comunismo no tiene porvenir*, había dicho Boris Pasternak, ruso penetrante, *porque no tiene una idea de la felicidad*. Escuche el timbre abisal de Pablito cantando a Martha Valdés, y comprenderán que el cubano tiene una idea de la felicidad.

El socialismo sigue existiendo aquí, todavía, afuera. Podrá durar afuera lo que Dios quiera, precisamente porque al cubano nunca le ha interesado lo de afuera, sino la casa, la pareja, la intimidad, la calma, el silencio. Adentro, en el alma del *pm*, en la gloriosa paz de la Noche Cubana, el socialismo está, por la gracia de Dios y del Fílin, condenado.

16 de marzo de 2018.

JORGE MAÑACH, PRESENTE

Le ha tocado el turno al martiano Jorge Mañach. En la lenta pero inevitable adecuación a las realidades del mundo que la Nomenclatura de La Habana intenta con sus empleados, a fin de que un alud súbito de verdades no conduzca a esas multitudes a un arrebató que la elimine en un agosto cualquiera, se ha producido al fin otro descongelamiento con Mañach, como con Gastón Baquero, las Grandes Ligas (desprovista de desertores), los obispos, las procesiones y las misas, los homosexuales y travestis, una exposición de poemas de Almanza en espacio estatal, la bandera norteamericana en el malecón. Realidades feas, incompatibles con nuestra condición de revolucionarios, pero que hay que tolerar en aras de la sobrevivencia, al menos mientras Putin no vuelva a organizar con la superioridad de sus tanques la Desunión Soviética. Cierto, la biografía de Martí escrita por Mañach se había publicado en 1990. Pero es que no hay ninguna mejor hasta ahora, y no deja entrever nada del pensamiento filosófico y político del biógrafo. Se trataba de un robo, no de un homenaje. En 1999 Letras Cubanas publicó unos *Ensayos* de Mañach, que incluía *El espíritu de Martí*, uno de sus trabajos más importantes sobre el Apóstol. Tengo entendido que el compilador, Jorge Luis Arcos, se fue al exilio. Antes, y antes de irse al exilio, Iván González Cruz había publicado ese texto en *Albur*, por entonces la contestataria revista de los estudiantes del Instituto Superior de Arte. El caso de Mañach resulta especialmente agudo para los intelectuales orgánicos de la nomenclatura, que desean que esta no desaparezca de golpe y los deje sin empleo, y que le recomienda humildemente que haya internet para casi todos, que se supriman las palizas a menos que sean imprescindibles, que la nomenclatura se abra a las opiniones demolidoras de los cederistas, nunca al enemigo interno; y que se les permita posicionarse en forma inteligente antes del fin, de manera que luego puedan decir que ellos, los intelectuales orgánicos, los de los apartamentos y los dólares y los viajes, los carritos y las cervezas, las ediciones y las medallitas, sí hicieron por la verdad, sí se enfrentaron al oscurantismo, sí publicaron a Mañach, — hasta donde les dejaron y con las inevitables concesiones de principio, desde luego. Es lo que el pueblo conoce como marcar en las dos colas. En su introducción a *Martí en Jorge Mañach* (Letras Cubanas, 2014), la edición que comentamos, su compilador Salvador Arias, quien en su condición de estudioso de Martí espero que no merezca los juicios anteriores, nos informa que el libro estaba pensado para salir en 1998, durante el

Centenario del martiano. Y que está alegre de que salga con más de quince años de atraso. Hay que tener fe, que todo llega, como decía la carismática presentadora de la televisión Consuelito Vidal en 1958.

Mañach ha sido el nombre impronunciable de la cultura y la política habaneras durante más de medio siglo. Todavía no se han muerto todos los que lo odiaban, pero van quedando mucho menos, de manera que la acusación de aristócrata, de tipo frío de derecha, de político que ha vendido la fe por la posición, ya no se escucha como antes en cualquier esquina de la intelectualidad cubana. Hubo y hay un mitin de repudio variado, pintoresco y permanente contra Mañach, y no solo de los comunistas. Se me conoce como un lezamista vitalicio, así que espero que no se me atribuya irreverencia contra José Lezama Lima si disiento ahora de la interpretación corriente de su conocida polémica con Mañach del año 1949, según la cual Lezama es santo, y Mañach, un energúmeno. Lezama le había enviado a Mañach su poemario *La Fijeza* con esta comprometedor dedicatoria: *a quien Orígenes quisiera ver más cerca de su trabajo poético*. Mañach se siente civilmente obligado a contestar con una carta fraternal y sincera en la que confiesa no entender la poesía de los poetas de la revista *Orígenes*, sin dejar de reconocerles su enorme probidad intelectual, y se queja de que estos poetas le tratan con un altivo menosprecio. Lezama responde, ahora con un estilo de ironías afectadas y sarcasmos violentos, como para probar ese desprecio en cada palabra. Y lo explica: *Muchos entre nosotros, no han querido comprender que habían adquirido la sede, a trueque de la fede y que están dañados para perseguirse a través del espejo del intelecto o de lo sensible*. Traduciendo, porque este poeta ciertamente es arduo de entender: Lezama insinúa que Mañach milita entre la gente que ha traicionado la fe de su juventud en aras de una posición social, y que esta decadencia lo ha convertido en un imbécil incapaz de apreciar su poesía y hasta de entenderse a sí mismo. Lo peor no es que lo afirme de Mañach, lo que fuera valentía, sino que lo sugiere, declinando la epístola en brazos de la puya: incivil, y tan injusta como falsa.

Si fuera necesario demostrar la gratuidad de estos odios, aquí está precisamente este libro en el que un investigador al que no le gusta para nada Mañach, como sostiene en el prólogo, ha logrado reunir por primera vez casi trescientas páginas de este autor,

dedicadas a estudiar y defender el pensamiento y la acción de José Martí, en cualquier palestra, a lo largo de la existencia del autor. No están todos los textos ni mucho menos. Qué casualidad, no está el último, publicado cuando Mañach había sido ya expulsado de Cuba por la Revolución que había ayudado a triunfar y a consolidarse. No se recogen, ni había por qué, las continuas referencias a Martí en *Teoría de la Frontera*, su libro póstumo, un conjunto de conferencias escritas en el exilio en Puerto Rico. Pero aquí están los datos, mi maestro Lezama, que finalmente siempre resucitan: por ninguna sede, por posición social alguna, Jorge Mañach abandonó su fe martiana, que es como decir la confianza en lo mejor de la patria. Téngase en cuenta que no estamos considerando el habitual comentario elogioso sobre la literatura de Martí. Mañach no era filólogo. Si comparamos a Mañach con Juan Marinello lo entenderemos mejor. Ambos fueron compañeros en la lucha por el despertar de la conciencia nacional en los años veinte; ambos crearon la *Revista de Avance*, la antecesora de *Orígenes*; ambos pelearon contra la dictadura de Machado; ambos fueron senadores de la república; ambos dijeron ser martianos. Pero, curioso: ¿dónde están los textos de Marinello sobre el pensamiento político y social de Martí? Lo mejor que escribió Marinello fueron sus textos sobre Martí, pero se limitan a la literatura martiana. Cosa rara, porque él tampoco era un filólogo, sino un político. La causa es evidente: un político comunista honesto tiene poco que ver con el pensamiento de Martí. Para Marinello el pensamiento político de Martí era de tipo liberal, lo que estaba superado por el marxismo leninismo estalinista, como escribió y publicó en la época en que el Partido Auténtico y luego el Ortodoxo intentaban orientar al país con Martí. En la palabra de Marinello, a Martí se le debía la independencia, una ejemplaridad moral, una gran literatura, y algunas ideas sociales útiles —lo que de veras es muchísimo—, pero no una proyección global del futuro del país. El mal no era que el Partido Revolucionario Cubano Auténtico, que tomaba su nombre del partido martiano, estuviese dirigido por auténticos ladrones. Es que estaban equivocados de rumbo, pues la república, si es que hay que usar ese concepto, no puede ser con todos, sino con los obreros y los campesinos, eliminando violentamente a los burgueses; y jamás para el bien de todos, sino para el de los sapientísimos dirigentes comunistas inspirados por Marx, Lenin, Stalin y Marinello, tal como ellos entendieran el bien de ellos y el de los demás. Por ejemplo: mi mamá fue alumna de Juan Marinello en la Escuela Normal de Maestros de Camagüey, pero jamás hubiera podido vestirse con la suprema elegancia burguesa de Pepilla, la esposa de Juan, en el exclusivo restorán *1830*, en los más crudos años de la Revolución.

Mañach representa la posición contraria. Alguna vez habló de la poesía de Martí, y no siempre con buen tino: la poesía no era su fuerte. A Mañach le interesaba Martí como Líder de la Construcción de la República. He puesto mayúsculas para contestar a los comunistas y a muchos de nuestros liberales de siempre, a quienes debe causarles por lo menos risa: para los comunistas, no se trataba de construir la república burguesa, sino de destruirla, incluso desde dentro, para implantar la monarquía inconstitucional, de un líder o de una oligarquía, con un respetable título de república (pues lo más divertido de estos cambiadores totales del mundo, fue que nunca encontraron unas estructuras políticas, distintas a las llamadas burguesas, de manera que usaron el nombre, y algunas de las funciones, de la república, el ejecutivo, el parlamento, el tribunal supremo, los tribunales, el mercado, la moneda, la Constitución, y el Código Penal, y hasta el Civil, en un extraño y disfuncional homenaje al enemigo, que calificaba la carencia completa de una idea social distinta y viable). En cuanto a los liberales, la república ya estaba hecha, y era así como ya era, de acuerdo con la naturaleza incambiable del pueblo cubano, que Martí había obviado por ser un poeta y un iluso: el relajó. Muchos liberales de hoy están seguros de que Martí no bailaba salsa, y que eso lo incapacita para liderar al pueblo que está harto de su cabezón de yeso y le mete con gusto al reguetón. Pero Mañach era un hombre que no cantaba el reguetón, y creía que se podía construir una verdadera República Cubana, una república de acuerdo con lo mejor de nuestras tradiciones del siglo XIX. Ciertamente, no todos los liberales de entonces eran tan bajos. El liberal Gastón Baquero, miembro de *Orígenes*, veía a Mañach precisamente como un eficaz continuador de esas tradiciones. Y la inspiración suprema para esa labor arquitectónica, en Mañach como en Baquero, estaba en Martí. Es por eso que el texto más completo de Mañach sobre estos asuntos es el discurso *Pensamiento político y social de Martí*, pronunciado nada menos que en la sesión solemne del Senado de la República el 28 de enero de 1941. Véase además la fecha: acaba de estrenarse la Constitución de 1940, de la que Mañach había sido artífice. Están en vigor todos los recursos de la democracia representativa. El país está en paz y prosperando. Habiendo, aparentemente, obtenido la sede, puesto que Mañach —como Marinello y otros comunistas— era en ese único momento senador, Mañach explica su fe martiana en términos nada complacientes, unas veces con palabras de Martí y otras con las propias. De Martí: *Los pícaros han puesto de moda el burlarse de los que se resisten a ser*

pícaros. La política virtuosa es la única útil y durable. Sobre la dependencia de Cuba a los Estados Unidos, dice Mañach confrontando al presidente Batista, elegido en alianza con los comunistas: *en lo económico, Martí nos exhortó a hacer precisamente todo lo contrario de lo que la República ha venido haciendo —o dejando de hacer.* Mañach le predica sin autocensura el pensamiento político y social de Martí al plenario de la clase política cubana, a la mayoría liberal y a la minoría comunista. No agrade, pero denuncia; y sobre todo explica. Mañach cree que el principal problema de la construcción de la República, ha sido *desatender su problema inicial de crear ciudadanos.* Precisamente, esta labor periodística y pública de Mañach recogida en el volumen que comentamos, y las conferencias *El Espíritu de Martí*, dictadas en la Universidad de La Habana en 1949, son el testimonio de un empeño vitalicio por crear ciudadanos, invocando a Martí.

Nada aterra tanto al cubano como el fracaso, y por eso anda fracasado casi siempre. El fracaso de Mañach en crear ciudadanos es un fracaso de los ciudadanos y un éxito de Mañach. Su fracaso hubiera sido renunciar a educarlos. He aquí cómo lo define Arias en el prólogo de este libro: *Para algunos, el gran drama de Jorge Mañach fue el tratar de ser el ideólogo culto y consciente de una burguesía que nunca lo reconoció como tal, porque no estaba a su altura.* Hay que felicitar a Arias por no incluirse en los algunos. Suponen que cuando Mañach condena a *esas clases que miran solo a su propio interés de utilidades y jornales*, la burguesía tiene que reconocerlo como su profeta. Para el marxista, desde luego, existe el marxismo, que es la verdad, y el resto es ideología. Cada cual tiene que ser el ideólogo de alguna clase, incluso cuando estornuda al escuchar una mentira, excepto los marxistas que monopolizan la universalidad de la verdad. Marinello procedía de la clase alta; tal vez por eso detestaba la República. Carpentier, al servicio de la clase alta venezolana, nos describe en su Diario a Mañach frustrado y angustiado; y a Marinello, triunfante. Eran tres actitudes normales ante el fracaso republicano. Pero qué extraño representante de la burguesía, este que después de pelear en su juventud contra Machado, que era un burgués de pies a cabeza, se inscribe en su madurez en el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos). Los Ortodoxos eran un partido de base amplia, pero mayormente popular. He aquí cómo el supuesto ideólogo burgués define su filiación: *Estoy en la Ortodoxia, en fin, porque, como hombre que procede de las filas de la Revolución, no puedo quedarme cruzado de brazos ante el*

empeño que ella representa de hacer lo que aún no se ha hecho por la rectificación profunda de la vida cubana. Aunque los marxistas solo reconocen la moral de clase, la ética existe. Esta cita procede de su Discurso de la Víspera Martiana, pronunciado en las cercanías de la Casa Natal del Apóstol, durante un mitin del PPC, el 27 de enero de 1952, meses antes del golpe de estado que destruyó la República. El orador está consciente de qué política y qué proyección social está apoyando: *Lo que este Partido quiere es crearle mejores condiciones de vida a todo el pueblo de Cuba: no a una parte de él, sino a todo él.* Mañach nunca se interesó en apoyar políticas de clase alta, o de la clase media, aunque tuviera amistad con algunos de sus medios y personajes, porque era un hombre del todos, no de algunos. Había hablado con parsimonia en el Capitolio, pero se expresa ahora con ira, al aire libre, en una manifestación popular, ante el fracaso de los otros: *Mentira y simulación es casi toda nuestra política, donde la ausencia de ideales, el cinismo y la rapacidad son lo que más triunfa, haciéndoles pensar a muchos cubanos que aquí es una idiotez ser honrado.* No es la inexistente política de la clase alta cubana la que le preocupa a Mañach, sino la incapacidad política del pueblo, que torna disfuncionales los recursos de la democracia: *vivimos en un ambiente de insinceridad, de falta de integridad, que a todos nos está haciendo esclavos de nuestras insuficiencias y de nuestros vicios, prisioneros de un círculo vicioso en que las cosas buenas y necesarias no se hacen porque no elegimos buenos gobernantes, y no elegimos buenos gobernantes porque las condiciones sociales mismas que padecemos nos deforman la conciencia y nos desvían de la voluntad en el orden cívico.* Si se quiere evaluar la causa del fracaso de la ilustración del pueblo por Mañach, y por lo tanto de la República por él defendida, consideremos, hermanos, la terrible vigencia de estas palabras. Hoy nadie puede decir ese párrafo en ninguna tribuna sin ser reprimido. Ni siquiera podemos elegir a nuestros gobernantes. Los nacidos en donde crece la palma no son hombres sinceros. Tienen sus razones para no decir lo que piensan. Mañach luchaba contra el abismo de inmoralidad de un pueblo, que está triunfante hoy, para el orgullo y la prosperidad durable de la nueva clase alta cubana, la Nomenclatura Mayimbe, y para la humillación y la miseria del propio pueblo.

En este ambiente de insurgencia de los mejores contra la pasividad y la corrupción del pueblo, se produce el golpe de estado que destruye la República. No culpemos solo al generalote. Pensemos en el gobierno norteamericano, que aceptó somnoliento el fin de

la democracia en nuestro país. Consideremos al fino cardenal Arteaga, visitando en Palacio al grosero usurpador, muy poco católico, una semana después. Tengamos en cuenta que el golpe fue casi incruento, más allá de las protestas de una minoría de políticos, incluyendo a Mañach, puesto que ese mismo pueblo de gente disfrazada y corrupta aceptó el fin de la democracia con indiferencia y tranquilidad. Mañach sigue haciendo su extraordinario programa radial *La Universidad del Aire*, otro de sus esfuerzos ilustradores, del que nos quedan unos folletos con las opiniones de los ponentes y el debate, de altísima calidad intelectual, que todavía están por ser leídos, por no decir investigados. Los oradores se expresan con sinceridad, y los batistianos entran en la cabina y los repudian y reparten golpes. Uno de los golpeados es el joven Armando Hart. Mañach mantiene el programa. Mañach intenta crear un grupo de oposición no violenta a la dictadura, el Movimiento de la Nación, pero la gente se burla de él. Ha aparecido otra opción: un hombre de clase alta lidera una oposición violentísima. Haydé Santamaría le entrega a Mañach ciertos textos escritos en la cárcel por ese líder, y le convierte en editor clandestino de *La historia me absolverá*, la plataforma de esos opositores. Con tales riesgos y créditos, y enfermo ya del cáncer que le causaría la muerte, se exilia en España, desde donde no deja de apoyar la nueva revolución, que se proclama de origen martiano. Cuando triunfa, la apoya. Regresa y dirige el programa *Ante la prensa*, en donde comparece junto al líder, que ya le había agradecido, en una carta gélida, su labor de editor. El líder ataca en el programa al *Diario de la Marina*, y Mañach se desmarca de ese ataque. Bien: la reacción de los revolucionarios es histérica. Ese tipo que ha cambiado la fede por la sede, o que anda buscando otra sede, se ha atrevido a confrontar al líder. Le agreden en la prensa unos nombres sorprendentes, los futuros descartados Heberto Padilla, Virgilio Piñera y Antón Arrufat. Por el lado opuesto, la derecha le grita a Mañach que está equivocado y que el líder no es martiano, sino comunista. Mañach sigue defendiendo en público al líder durante el año 1959, y proponiéndoles a los revolucionarios, siguiendo a Martí, *la norma de la justicia en la libertad*. Enseguida el líder le quita la cátedra universitaria, la única sede con la que este intelectual contaba para vivir, puesto que la libertad de prensa había sido suprimida, y tiene que irse a Puerto Rico en 1960, enfermo de cáncer, a escribir unas conferencias que no llegará a dictar. Rectifica su error: el intento de justicia sin libertad le resulta inadmisibile, y, en *Teoría de la Frontera*, procura ampliar el caso cubano en un marco reflexivo más amplio: las relaciones entre zonas de civilización distintas, la del Norte y el Sur de América. Si algo aprecio yo en ese libro

extraordinario es la serenidad desprovista de la más mínima sombra de cólera, por no decir de odio, con la que este hombre despreciado por su propia gente y moribundo de cáncer del hígado aborda un tema terriblemente complejo y polémico. En el momento en que sus enemigos lo creen liquidado, arrojado al basurero de la historia, Mañach da su resultado más alto. Ahora que están restablecidas las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, *Teoría de la Frontera* es el libro a leer y a discutir.

El hecho de que Mañach procediera de las filas de la revolución antimachadista y de que apoyara la inspiración martiana de la nueva revolución, ha lanzado a algunos a la perspectiva de que *el caso Mañach* fue un error que los revolucionarios deben rectificar. Que fue tratado mal por la turbulencia revolucionaria, desgracia inevitable; y hasta por oportunistas que luego obtendrían su lugar en ese lodo. Ajustes de cuentas, dice Arias. Y que si Mañach no hubiese muerto de cáncer, hubiera llamado por teléfono a Marinello para regresar. Que *Teoría de la frontera* fue redactado por un enfermo que no sabía lo que escribía, y que si lo escribió no hay indicios de que lo fuera a publicar así. Y que si hubiéramos sido dulces con Celia Cruz, hubiésemos tenido son. No me pronuncio contra lo que pudiera haber de buena intención en esos juicios, pero un pensador no es un salsero. Que a Mañach le importaban un bledo los buenos o los malos tratos, incluso en los peores momentos, lo deja claro la serenidad superior de *Teoría de la frontera*. Desde joven padeció la incompreensión y la injuria de sus conciudadanos, y se enfrentó a los tiranos con coraje. Para un hombre debidamente centrado, lo de afuera es accidente. Al pensador hay que leerlo y entenderlo, y entender a Mañach es facilísimo porque su expresión no es para nada lezamiana. Como Martí, Mañach pone un mundo de significado en tres o cuatro vocablos. La violación por parte de los revolucionarios de *la norma de la justicia en la libertad* no podía ser aceptada por él. Basta indagar en el índice de su *Para una filosofía de la vida*, uno de los pocos textos filosóficos de nuestro país, publicado en 1951, para comprender la importancia que le concedía Mañach a la libertad como centro de la existencia humana y de la vida de los pueblos. Allí escribió: *De un pueblo se dice que es libre, no cuando todo el mundo tiene lo que quiere, sino cuando todos tienen la oportunidad de pretender lo que quieren*. Mañach no podía aceptar la propuesta revolucionaria de suprimir las libertades para obtener la justicia social, puesto que para él la libertad era la primera forma de la justicia.

Lo mejor de este asunto es que la perspectiva contraria es errónea también. El Mañach de derecha, que, según Arias, en *Teoría de la frontera* se pasa al elogio de la ocupación norteamericana de Puerto Rico, no coincide con lo escrito por el maestro. Una y otra vez, en esas conferencias, Mañach rechaza las proyecciones imperialistas de los Estados Unidos (pero no las confunde con el destino o la vocación de ese país). Y habla desde los intereses del latinoamericano, incluso desde el orgullo por los valores de nuestra cultura. Pero su propio fracaso en la tarea de crear ciudadanos en Cuba, le hizo entender que se trataba de un problema mayor, compartido por los iberoamericanos; y que el ejemplo de los valores democráticos estadounidenses tenía que ser asumido por nosotros si de veras queríamos salir del atraso y de la dictadura. Véase que digo asumido y no imitado. Lo que Mañach, inspirado en Martí, propone, no es la copia de la democracia norteamericana ni la incorporación a su sistema, sino el desarrollo creativo de nuestra democracia sobre la base de nuestros valores, pero teniendo en cuenta la experiencia estadounidense, la positiva y también la negativa. Esto lo había aprendido de Martí. Hay gente que identifica a Mañach con el Capitolio construido por su enemigo Machado, pero allí es donde él le había aclarado a los senadores: *Advierte sobre todo el Maestro, que no es libertad ni democracia todo lo que como tal ha venido reluciendo. Y de inmediato lo cita: En el último medio siglo, se han dado por definitivas las formas de la libertad que aún no lo son, y confundido los derechos invencibles con los ensayos infelices de su administración...* En el caso cubano, la arquitectura capitolina albergaba lo que el senador consideraría en 1952 como un *Congreso vendido*. Más: en *Teoría de la frontera*, se distancia de la democracia corriente, norteamericana o europea: *la democracia no ha encontrado todavía, por desgracia, la forma del único totalitarismo que le sería permisible: el de la impregnación total de la sociedad con sus propias ventajas. Hay demasiados contrastes de fortuna no determinados por la aptitud o por el esfuerzo, demasiadas formas de despilfarro y desorden, demasiadas falsificaciones que claman al cielo.* No es que Mañach rechace la democracia, sino que sabe que es un proceso histórico que apenas comienza: *La gran tarea humana del futuro es aprender a regir, a través de la cultura, la historia...* Su fracaso como educador del pueblo cubano no le hizo apartarse de la idea ilustradora, sino a comprenderla en un marco cada vez más generoso e inteligente, y de perfecta vigencia hoy en el llamado Primer Mundo. Por eso no queda ciego con la sucia fricción de la frontera entre las dos Américas. Quiere

que aprendamos de los Estados Unidos, y espera que la América anglosajona, puesto que incluye al Canadá, se impregne de los valores de la cultura iberoamericana. Es precisamente ese proceso, a mi juicio, lo que define el rumbo mejor del siglo que vivimos en el Hemisferio Occidental. ¿Tenemos derecho, pues, a seguir ignorando e injuriando este poderoso despliegue de pensamiento y acción, uno de los más nobles de nuestra historia? ¿Seremos tan escasos, y tan traidores, como para dejar en el olvido y la calumnia a este legado de oro, del que apenas hemos podido apuntar aquí algunos de sus rasgos sobresalientes?

Jorge Mañach fue el martiano arquetípico del siglo XX cubano. Creyó desde el principio y hasta el final en la excelencia moral, intelectual y política de Martí; lo estudió como nadie y lo defendió apasionadamente en cuanto foro estuvo a su alcance; y orientó su propio accionar honesto e incansable en el sentido martiano, entendiendo, como el mártir de Dos Ríos, que *en un día no se hacen repúblicas*, y que esta tan joven que Martí había fundado con su sangre tenía que ser hecha sin más sangre, por métodos de civilidad e inteligencia para los que él creía capacitados, e incluso destinados, a los hijos de Varela y de Martí; y lo creía porque muchos de sus amigos y amigas le inspiraban ese optimismo, entre ellos las más de diez grandes personalidades que le apoyaron en la *Sociedad de Amigos de la República*, fundada por él en 1948. Ese optimismo no alcanzó futuro. Inciviles de muñeca gruesa, brutos hasta con obra sublime, faltos de fe en cualquier cosa, hedonistas de cuatro quilos, deprimidos en el bar por el bolero, partidarios de la violencia como expresión sexual, la mayoría de sus contemporáneos, y no solo los empresarios o políticos cubanos, tenían que repudiar a este hombre fuerte y por eso muy equilibrado y armónico, ilustrado y activo, lleno de fe hasta la ingenuidad, tan ansioso de verdadero servicio al país y tan despojado de cualquier egoísmo que fue capaz de creer a última hora en la violencia como un posible recurso redentor. ¿Será nuestro siglo XXI otro período de traición a Martí y a Mañach? ¿La República no se hará nunca? ¿La Nomenclatura Mayimbe saldrá de su fase de pupa, y se convertirá en mariposa burguesa, estatalista o liberal depredadora, para las maravillas rusas y chinas del capitalismo sin democracia? ¿Estamos condenados a ser un protectorado yanqui o asiático, a amar al despotismo o a gozar del relajó? ¿Nunca contaremos con todos, sino solo con los dueños de la violencia y el dinero? ¿Nunca podremos vivir para el bien de todos, sino solo para los intereses de una oligarquía?

¿Seguiremos siendo impermeables a la sabiduría de nuestros mejores ciudadanos? Lo que puedo decirles, conciudadanos, es que yo, como martiano y como cubano, estoy con Jorge Mañach; y quiero que esto se sepa de una vez y para siempre, delante de ustedes que van a morir como yo, y en la presencia de los ángeles: yo protesto contra la porquería que hemos hecho con Jorge Mañach: yo soy discípulo de Jorge Mañach; yo soy ciudadano de Guáimaro y de Dos Ríos, como Jorge Mañach.

Camagüey, 10 de octubre de 2015.

OCIEL AHORA

El año 1964 el joven y genial documentalista Nicolás Guillén Landrián, harto de la hostilidad que el gobierno de La Habana mostraba por su obra, huyó al extremo oriental del país, a Baracoa, buscando un tema y un ambiente distinto. En ese año se terminaba la carretera de La Farola, la séptima y última maravilla de la ingeniería cubana -pues desde entonces no se construyó ninguna más-, que comunicaba por tierra, o mejor dicho por lomas, a esa ciudad con Guantánamo y Santiago de Cuba. Si Pinar del Río al oeste era la cenicienta del país, Baracoa al este era el enigma. Fue la primera ciudad fundada por los conquistadores, y luego quedó aislada por su insignificancia económica y por la dificultad del acceso. La Farola no modificó esta realidad hasta hoy. *Baracoa es una cárcel con parque*, dice un lugareño en uno de los filmes de Landrián. El joven negro fue allí a filmar lo que más amaba: pueblo en estado de naturaleza. Y subiendo por el río Toa, el más caudaloso del país, en una cayuca o bote pequeño, vio venir otra en la que remaba un muchacho de dieciséis años, sobrino del que le acompañaba en su bote. ¿Cómo te llamas?, preguntó Landrián al adolescente con aspecto de aborigen, que llegaba al encuentro del tío. Ociel, respondió. ¡Ociel del Toa! exclamó Landrián, y en ese momento debe haberse disparado en su mente lo que buscaba: el documental de igual nombre que es a mi juicio la obra maestra y casi única de la cinematografía cubana.

Uno de los enigmas de Baracoa es que no sabemos si ese documental que ahora vemos es el documental o no. En la copia que circula no aparece la palabra fin y la música y la imagen se interrumpen abruptamente. Varias de las personas que fueron filmadas dicen que el documental era mucho, mucho mayor que los dieciséis minutos que tenemos actualmente. Pero *Ociel del Toa* permanece como un ejemplo de arte máximo, único en el cine si prescindimos de *Nanook el esquimal* de Flaherty: el Poder de la Pobreza. Mientras que los propagandistas del ICAIC filmaban un pueblo salvado por el gobierno, Landrián recordaba que había niños trabajando muy duro. Pero ni siquiera es este mérito escandaloso lo que levanta el filme. Se presenta aquí no solo la pobreza económica, sino la riqueza espiritual. El muchacho piensa en la muerte. El muchacho dice la verdad. El muchacho asiste a un rito protestante. Y los Pobres aparecen todo el tiempo como

sostenidos por algo que no puede definirse. Y no porque Landrián fuese ateo. El pastor protestante está filmado con reticencia. Simplemente el ojo implacable de Landrián, el mismo que encontró de inmediato en el adolescente a un modelo de categoría, el que insultaba a los poderosos con una objetividad que en el fondo no era agresiva, filmaba con honestidad lo que él mismo siempre fue: un Pobre. Un Pobre sostenido por la llama de su propia pobreza como la Zarza que Arde y no se quema. Un Pobre que no necesita nada. El muchacho perdido en la historia no está perdido. Tampoco sus familiares y amigos. ¿Cómo es que está salvado, en medio del Toa resplandeciente? No sabemos. Pero es que lo vemos en el filme.

El importante malacólogo baracoense y joven activista de la oposición Juannier Rodríguez Matos me preguntó, en una época en la que él hacía periodismo audiovisual, qué asunto de interés podría encontrar en su área. Busca a Ociel del Toa, le dije, quizás aún viva... Como Juannier está casi más tiempo en el calabozo que en la calle, la pesquisa se me antojaba más que dudosa. Cuando me dijo que había encontrado a Ociel Marrero Labañino en Baracoa, no lo podía creer. Y cuando Ociel accedió a venir a mi casa en Camagüey para participar en la 25 sesión de la Peña del Júcaro, la tertulia libre que hace más de veinte años dedico a Martí y a la cultura cubana, ya fue fiesta. Bueno, también venía Juannier, pero el compañero que lo atiende lo secuestró en la terminal de Baracoa. Juannier ha encontrado y entrevistado además a otros dos de los personajes del filme: Hilda y Filín, en los que el recuerdo de Landrián sigue vivo. Hilda conserva el peine que le regaló el camagüeyano. En la Peña un poeta y una curadora de arte bailaron en honor de Landrián: Ociel cantó, delante de las cámaras, para recordarlo. Antes le había leído los Salmos a los jóvenes en mi jardín. Sí, después de la cayuca fue soldado de las FAR y el MININT. Ahora se define como cristiano y a sus 71 sólidos años es un predicador pentecostal, y su fe impone. El muchacho que preguntaba por la muerte ha estado en peligro de morir más de diez veces, y ha sido iluminado, según testimonia sin cesar. El muchacho que asistía a un rito bautista y que luego se apartó de la fe para meterse a soldado, ahora es cristiano.

¡Profecía cumplida, don Nicolás! Mientras la corona del Sacro Imperio descendía sobre la testa de Carlomagno, sus soldados gritaban: ¡Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera!

Ni Ociel ni Juannier ni yo creemos en emperadores ni en soldaditos que repiten la consigna. Hay otro Poder, de Pura Pobreza, tan abajo que no precisa descender, que fluye luminosa, horizontalmente, caudalosamente como el Toa. A Landrián lo dejaron sin obra, sin vida, sin el pueblo que amaba: lo declararon loco: le metieron electroshock: lo condenaron al ostracismo y al exilio. Filmó la Pobreza y fue arrasado. Abrazo a Ociel en su casa de las afueras de Baracoa y Landrián me susurra: Tranquilo, Rafael: Cristo, el Pobre, impera.

13 de noviembre, 2017.

BARACOANDO

Con fragmentos de madera del huracán Mathew, procesado por sus propias manos, ha construido Arístides Smith un rancho, frente al malecón de Baracoa, en el que reside su restorán de comida vegana. El huracán le había destruido su restorán anterior, dotado de un jardín con polymitas vivas y zunzunes amaestrados. Me he sentado en esa terraza, sobre un banco de piedra que me mejoró de la artrosis, a comer sobre los tocones de madera que sirven de mesa, la comida vegana de Smith. Yo no soy vegetariano ni mucho menos. Pero uno se sienta allí a probar una variedad de pequeños platillos servidos en forma rústica, y sale como bendecido. Si usted prefiere la carne, puede probar un plátano rectangular que sabe a bistec. Los tesoros alimentarios de la zona, encabezados por el guapén, una fruta superior a la malanga, la papa y el boniato, son aderezados con otros misterios locales, de tal manera que uno tiene que concentrarse no en la averiguación del curioso sabor, sino en su delicada e indescifrable sinfonía. Smith alardea de no repetir un solo plato de un día para otro. Lo creo. Este señor que ha hecho periodismo, video y fotos (algunas de las cuales pueden admirarse en las paredes del rancho), y que es sacerdote de la Regla de Osha, ha nacido para la creación. Necesita dinero para vivir, como todo el mundo. Quiere prosperar, y eso es bueno. Pero este restorán no existe por esas motivaciones. Smith ha viajado por medio mundo y está instalado en la miseria de la recién destruida Baracoa con un restorán de cocina vegana que no hay en ciudades mucho mayores del país. Ni eran imprescindibles las polymitas o los zunzunes. Ni el arte, ni su defensa del medio ambiente contra las autoridades. Tampoco esconde sus conocimientos de cocina: a mí, a quien no conocía, me dijo enseguida algunos (¡endulzar con la ambrosía de la flor amarilla del orozul!); y se dedica a instruir a los jóvenes. Todo eso se lo agradecemos de corazón, pero lo principal del *Baracoando* no es la comida, ni el rústico e inspirado moblaje del restorán, ni las fotos. El propio Smith es lo que importa. Uno está en presencia de una persona provista de una Potencia de Creación. Sí, ya sé que no estamos (o mejor dicho, no están ustedes) en una época de mayúsculas. Pero si usted se siente *light*, como es la moda, también puede encontrar mucho de lo suyo en Smith. Es un hombre abierto, delicado, cariñoso, que se valora mucho y no es soberbio. Está estudiando para sacar un diploma de

cocinero, figúrense. Falta este dato para los jóvenes: Smith tiene sesenta y dos saludables años.

Parece que se nos acaba el país. Una inmensa moribundia, incoada por el fracaso de los de arriba, nos ahoga a los de abajo. Pero una y otra vez fracasan las tentaciones totalitarias del hombre occidental: el socialismo ha fracasado en cualquier parte, y Smith y yo estamos en los sesenta fastidiando con nuestra energía infantil tanta unanimidad de la miseria. Si alguien simpatiza de veras con esta ruptura, debiera ayudar a los Smiths. Desechemos las consignas de una ayuda de un estado a otro estado para ayudar a cuentapropistas en general, que será procesada por los dueños del país en general para beneficio de los generales. No, le dije hace algunos años a aquel simpático diplomático de la administración Obama, de los cuentapropistas no va salir ninguna economía de mercado y ningún empresariado nacional. Pero estoy seguro de que Arístides Smith no es un caso aislado. A estos hombres dotados de potencia de creación hay que ayudarlos personalmente, y eso lo puede hacer cualquiera, sin contar con el presidente ni el parlamento. Si cada exiliado cubano que de veras quiere recuperar su patria, si cada extranjero amigo que considera su deber ayudar a los que sufren, auxiliaran personalmente a un hombre de creación en Cuba, entonces veríamos de inmediato resultados asombrosos y estaríamos creando nuevos prohombres nacionales capaces de impulsar el capitalismo no como fin en sí, sino como base de la posible democracia cubana. Hasta ahora la ceguera global promueve el paso al capitalismo sin democracia, unipartidista, con unos comunistas incapaces metidos a última hora a vietnamitas o chinos como única vía para mantener sus privilegios; y que en algunas décadas se volverían más o menos democráticos. Esta maniobra les puede salir de lo mejor, porque lo que importa para la ceguera global es el capitalismo, no la democracia. Y es tanta la miseria y la desesperanza, que cualquier grupo de poder que le ofrezca al pueblo frijoles baratos acabará eternizándose en el poder, aunque para comer ese frijol haya que callarse mucho. En fin de cuentas, ¡ya están de lo más callados!

Sin permiso de Smith voy entonces a lanzar una propuesta, que por cierto va más allá de las bondades del civismo, la política o el negocio. Smith es un hombre de la cultura no solo por las fotos o los videos, sino especialmente por esa cocina suya. Un joven

cocinero chino es interrogado en la televisión nacional por la habitual periodista embargada de nacionalismo barato, acerca de las diferencias entre la cocina china y la cubana. Respuesta: en China la cocina es una cultura, en Cuba la cocina es comer. Nunca tuvimos nada que se pareciera a la cocina china, o la francesa a la que imitamos por más de cien años. La ausencia de una cocina nacional como cultura se suma a otras carencias o fracasos civilizatorios: los japoneses llevan mil años creando jardines tan sabios como su literatura, y aquí se han extinguido hasta la flores; y los jardines públicos están siempre mustios porque a nadie se le ocurre que también en el trópico hay que regar. Véase en un filme de Paradjanov cuánta riqueza de vestuario había en esas pequeñas repúblicas que dejaron de ser soviéticas: aquí la chancleta de baño ha sustituido a la guayabera. La degradación antropológica inevitable con el socialismo, no nos auguran un inmediato ascenso hacia las cumbres de la vida civilizada. Pero hay que atender a cualquier intento en ese sentido: de hecho existe aquí, y no en Japón, una escuela propia de ballet. El chef Smith pudiera crear un libro con sus recetas, sus principios de trabajo, lo que quiera, y estaría contribuyendo a crear alta cultura en Cuba. Y ese libro debiera ser producido y vendido fuera. Hay chefs de fama que dicen vivir de sus libros, no de sus restaurantes. El que lo ayude estará defendiendo a un hombre que lo merece. Ya un Smith nuestro creó, de puro azar, la langosta al café; y recibió los más altos homenajes mundiales. Arístides Smith es un hombre abierto, que no está esclavizado tampoco a la comida vegana o vegetariana, y con el que no cuesta trabajo alguno sentirse identificado. Hace años Cintio Vitier me dijo en el Carmelo de Línea, donde nos maltrataba un jovencito: al cubano no le gusta servir. A este Smith le gusta servir, porque sabe que sirve gloria, y participa de la comida de sus comensales atento a cada reacción de gusto o disgusto, a cada palabra humana.

9 de noviembre de 2017.

THOMAS MERTON, TURISTA DE DIOS

Thomas Merton, uno de los grandes maestros espirituales de la historia, vino a Cuba al santuario de la Virgen de la Caridad, a pedirle que le hiciera sacerdote; pero en la última escala, en Camagüey, conoció el culto de la Virgen de la Soledad en su templo local. Una sobreabundancia importante, puesto que él era un hombre de soledad. Quería ser cartujo, para estar solo con Dios para siempre, y nunca, afortunadamente, se lo permitieron. Y en Camagüey tendría ese signo, que tiene que haber meditado: Merton va, de la mano de la Virgen, de la Soledad a la Caridad, y eso es lo que ocurrirá en el resto de su vida. No será cartujo, sino trapense: estará separado del mundo en un monasterio de ascetismo inverosímil, pero lanzado hacia el mundo; solo, pero en contacto con centenares de personas, religiosos, escritores, artistas, científicos, políticos, peregrinos, a las que trató con una profundidad de hermano, no solo de maestro. Se convierte así en uno de los grandes epistológrafos de la historia, por la variedad de sus destinatarios y por la calidad de conocimiento de Dios y del hombre que inunda sus cartas. Pero sobre todo por el amor fraternal que las inspira. Viajar de Camagüey a El Cobre es ahora para un cubano, gracias a Merton, una ruta de peregrinación, un ejercicio del alma, una gnosis. Y en Camagüey hay una plaza de la Soledad, y otra, de la Caridad. Hay unos camagüeyanos que no cesan de tributar a Merton, generación tras generación, desde su visita hasta ahora mismo. Sacerdotes, escritores, artistas, profesores. Somos sus discípulos. Le debemos orientaciones fundamentales en nuestras vidas.

Este monje de Kentucky recibió en Cuba, a sus veinte y cinco años, un elenco de favores trascendentales: predicó en público por primera vez (a los comunistas, en el parque de Matanzas: su última prédica sería un intento de diálogo con el marxismo, en la India); conoció el culto mariano de la Soledad y superó una última tentación de mujer, en Camagüey; se convirtió en poeta en Santiago, pues al bajar del santuario escribió su primera página de verdadera poesía; y lo más importante, vivió una Visión en La Habana. Fue el turista de Dios, marcado para siempre por el carisma de nuestro país y nuestra gente. Amaba la comparsa oriental, las torres de María que velan sobre Camagüey, el coro de niños habaneros que lo transportó a la Presencia. Nos amaba.

Merton llegó a decir que se sentía más latinoamericano que norteamericano. Con los poetas de Nuestra América tuvo una especie de anagnórisis, como si regresara a sus orígenes latinos, puesto que había nacido en Francia en las cercanías de Cataluña; y como nombre monacal escogió el de Louis. Era un monje católico, y el catolicismo impregna la cultura latinoamericana por todas partes, como el protestantismo a la estadounidense. Era lógico que se sintiera más cerca de nosotros que de sus conciudadanos. Y la entrada de Merton a Latinoamérica se efectuó por Cuba. Si el contacto no fue mayor, fue por la desgracia del socialismo, que bloqueó al país de todo contacto libre con el exterior. Aun así, tuvo una amistad por cartas con Cintio Vitier, y él y Roberto Friol tradujeron sus poemas; y estuvo considerando venir a vivir como monje entre nosotros. La lengua preferida del políglota Merton resultó ser el portugués, pero no fue en Brasil, ni en Nicaragua, donde Merton tuvo las experiencias decisivas de su condición de hombre religioso, poeta y místico. Ocurrieron en Cuba.

Tom había venido a este destino turístico ideal, la Cuba del año 1940, para despedirse de la hermosura del mundo, con el rosario en la mano, antes de entrar al monasterio. Ahora que Cuba va a salir de este impropio muro de agua o de hielo moscovita para estar abierta al mundo, y especialmente a los Estados Unidos de América, me pregunto si no debiéramos pensar dos veces, al menos los católicos de aquí y los de allá, este año del centenario de Merton, esa lección del mejor turista, del mejor norteamericano del pasado siglo en nuestro país. No vino a gozar, sino a parar de gozar; vino a gozar de lo alto, desde El Cobre, y fue premiado con una cercanía altísima; no vino a llevarse nada, como no fuese la Caridad del Cobre. Le fue dado el poder de la poesía, y nos dejó el magisterio ejercido sobre unos cubanos hasta hoy. Cuánto tendremos para dar desde Dios los cubanos, qué potencia de Dios hay aquí, en la Tierra de la Caridad, cuando le dimos tanto a Tom, que era pura entrega. Regresando de El Cobre a Camagüey, bajando de la Caridad a la Soledad por la Avenida de la Libertad, repito como un loco, como un derviche girador, como un hijo del yanqui de Kentucky, como un camagüeyano de lengua universal: *ora pro nobis*, father Louis. *Ora pro nobis*, Tom. *Ora pro nobis*.

Mayo, MMXV.

CONTROVERSIA CON EL COMPAÑERO QUE NOS ATIENDE

El año 1987 yo cumplía treinta años, y lo celebré rompiendo con el socialismo: abandoné mi empleo en una mediocrísima Estación de Investigaciones de la Caña de Azúcar en Florida, Camagüey, donde intentaba fungir como economista investigador, en mi postrer esfuerzo por salvar a la economía nacional de la irracionalidad y el absurdo. Ya para esa fecha la ingenuidad de mis ambiciones estaba más que confirmada, como también para el grupo de profesionales con los que me reunía. Pero pasarían otros tres años para que la limpieza mental fuera bastante. Jóvenes de fe natural, habíamos sido criados en un oscurantismo que calificaba como traición a la patria que amábamos, el más mínimo ejercicio de la razón, o incluso de la misma doctrina marxista, única de la cual teníamos un verdadero conocimiento por entonces. Yo tenía una ventaja con respecto a mis compañeros: me empleaba en la poesía. Y ellos me oían leer, estrofa tras estrofa, en cualquier calle, casa, ciudad de la provincia, esos versitos con los que parodiaba la poesía coloquial, estilo que en otras latitudes era cívica y que en Cuba se había convertido en la expresión oportuna, cómoda y cabal del totalitarismo, y con los que enjuiciaba nuestra realidad inmediata con despiadado humor. No tenía otra pretensión con esas estrofas sueltas, aparentemente inconexas, que darle salida a mi irritación y liberarme del miedo ambiente. Mis amigos me solicitaban una y otra vez la lectura, y se liberaban también.

A mí me molestaba un poco, y me sigue ocurriendo, que unos versos que para mí no contaban como literatura resultaran más interesantes para mis camaradas que lo yo creía y aun creo que es lo mejor que escribo. Pero finalmente decidí poner en limpio esos pedazos de papel que llevaba en la billetera para leerlos en cualquier parte. Por el año 90, cuando arremetieron las palizas contra los escritores y artistas que estaban haciendo lo suyo en todas partes del país, me decidí a estudiar kárate, sin la menor ilusión de poder enfrentar a esas bestias, pero al menos, decía yo, parar con un bloqueo digno el primer golpe. No aprendí nada, pero *Kempo, el camino del puño*, fue el título con que organicé las estrofas. Hubo que poner también unas notas a pie de página, para que algunos de mis compañeros entendieran mejor el poema, con lo que el texto se volvió intertextual, óptimo también para el consumo de los literatos. Como para la fecha el grupo de

profesionales con los que me reunía —el poeta Carlos Sotuyo, profesor de Química en el Instituto Superior de Ciencias Agrícolas de Ciego de Ávila, los ingenieros Antonio Domínguez y Reynaldo China, el ecologista Eudel Cepero y el economista José Luis de Varona, entre otros en Camagüey y Ciego—, nos encontrábamos ya estrechamente vigilados y perseguidos, el día que supimos del golpe de estado contra Gorbachov en agosto de 1991, me introduje de noche en la filial camagüeyana de la Empresa Nacional de Proyectos Agropecuarios (ENPA), donde ahora trabajaba como informático, y transcribí en la computadora estatal, desde luego sin permiso, el *Kempo*, y además imprimí una copia que coloqué en el maletín que usaba por entonces. Al día siguiente el narrador Daniel Morales entró en mi patio donde yo estaba quemando los originales del poema y me dijo que eso era inútil, pues yo era una celebridad y conmigo la Seguridad del Estado no se iba a meter.

El 9 de octubre de 1991 por la tarde, Daniel Morales fue detenido por la Seguridad del Estado, después de haber intentado liarse a golpes en la puerta de mi casa con el compañero que nos había atendido mucho, como protesta por el hecho de que me estaban metiendo en la patrullera y me llevaban detenido, después de un registro domiciliario de más de una hora. A eso de las diez de la mañana habían entrado en mi departamento de la ENPA, donde yo conversaba contra el gobierno con mi jefe Eudel, el compañero que nos atendía, Fredy Ruiz Estévez, siempre de civil, y un soldado con su indumentaria característica, justo en el momento—y habrá que creerme porque soy malo como narrador pero está claro que nunca pondría semejante coincidencia ni en el peor melodrama—, en que la impresora mecánica sacaba la última página de mi poemario *El gran camino de la vida*, que incluía al *Kempo* en su mismísimo centro, pero como una página que decía: *Autocensurado*. Quise en efecto acompañar de inmediato a esos militares, pues mi maletín estaba además sobre el buró. Fredy miró el maletín y me sacó aprisa del departamento. A partir de ese momento empecé al fin a considerar al compañero que me atendía como uno de los míos, y mientras más pasa el tiempo y comprendo sus razones, más hermanado me siento a él, y más culpable por su destino, y si ustedes suponen que sigo a mis sesenta con un ánimo burlón, sepan que no se equivocan, pero por favor sigan leyendo.

Había tomado conciencia de la omnipresencia del compañero que ya nos atendía una tarde verano de 1988, cuando un amigo me arrastró a una fiestecita en la sede de la UNEAC en Camagüey. Yo no pertenecía a eso ni entonces ni después, pero el amigo, a quien yo trataba cariñosamente con el mote de chambelán de la corte, pues le pagaban por escribir libros áulicos que ni siquiera se publicaban, decía admirarme mucho y me cocinaba espaguetis con ese mismo dinero, de manera que accedí, a pesar de que la causa de la invitación era que el Presidente de la UNEAC, un violinista sin corchea, quería conocerme. Ya reían las lumbreras del local en sus sesiones de alcoholismo pagadas por el pueblo cuando me senté con el padre del amigo, que me dijo que yo sí era un poeta, pero que él, con sus décimas populares, no era sino un poetastro. Usted es un poeta astro, repliqué, piadoso. Inmediatamente alguien me puso la mano sobre el hombro y el violinista lo presentó como el compañero que los atendía. Cuántos elogios para mi libro *En torno al pensamiento económico de José Martí*, que había sido sacado de la editorial de Ciencias Sociales por el general Abrantes, Ministro del Interior, y no se sabía si iba a ser publicado. El compañero Fredy estaba en contra de su general pues afirmaba que el libro era un fenómeno y me iba a hacer muy famoso. Cómo es posible que yo no te conozca, repetía, convencido de tener el control total del enemigo, y que me tengan que informar desde arriba que existes. A partir de ese momento Fredy me sometió al mismo gardeo a presión que a Daniel y a otros ciudadanos que no informábamos de nuestra existencia a la Seguridad, pero sí de lo que pensábamos a nuestros conciudadanos. Los detalles me los ahorro porque son comunes: abrazos en la calle, visita a domicilio con abrazos, saludos a la familia, abrazos, interrogatorios cada vez más punzantes, abrazos, advertencias, gestiones para ayudarte porque te han botado del trabajo, abrazos, firma para que puedas estudiar kárate en la Sociedad de Educación Patriótico Militar (con una sonrisa irónica adjunta), abrazos. Pero también, y esto no sé si es corriente, confesiones. Con otros se confesaba más, cierto. Que el hijo se había suicidado en el servicio militar, nunca me lo mencionó. Un día saliendo de mi casa, en la puerta, me espetó sin venir a cuento: te voy a decir una décima mía. Y la dijo. Yo hice un silencio, pero él ya sabía interpretar mi rostro. *Creíste que iba a ser muy mala, eh.* La décima no era poesía pero estaba bien construida. Sería un seguroso, pero yo respeto al poeta astro aunque no lo sea, si es popular. Mi silencio le encantó, y se fue.

Es así que el decimista ignoró el maletín. Sabía que yo andaba con el poema encima, porque se lo había informado a su tropa una aspirante a escritora avileña, en cuya casa yo ingenuamente había leído, a petición de ella, uno de los papelitos. Esta información (y mucha más que dejaba convertida a unos cuantos intelectuales camagüeyanos y avileños en una piara de chivatones) tuvieron que regalármela mientras estuve detenido, cuando me interrogaron sobre el *Kempo*. La escritora mayorcita nos invitaba a Sotuyo y a mí a los hoteles, y pagaba ella, es decir, su amante de la Seguridad, según ella misma me vomitó. Conmigo su fantasía de Mata Hari socialista fue decisiva, pero ¿alguien me dará crédito si lo cuento todo? No, el asunto es que los segurosos avileños –pues las denuncias en mi contra venían más bien de La Habana y de Ciego, no de mi propia ciudad– lo sabían todo de nosotros en buena medida gracias a esta dama, y mientras perseguían a Carlos –que fue víctima de un mitin de repudio en la puerta de su casa poco tiempo después–, gritaban contra el agramontino que iba de visita a leerles unos versos escandalosos. Cuando, ya detenido en Villa María Luisa, el Centro de Operaciones de la Seguridad en Camagüey, saqué la billetera para entregarle el carnet de identidad al oficial detrás del buró, vi palidecer al compañero que hubiese querido en ese momento estar atendiendo a otro. Puse incluso la billetera sobre el buró, puesto que ya no había allí lo que buscaban. Pero Fredy, que sabía que yo era tan tonto como para leer un poema subversivo y gritar lo indebido en una habitación del hotel Camagüey delante de una prostituta, probablemente pensaba que yo estaba tan desesperado que había adquirido un ánimo suicida. Y eso no le convenía a él.

Pues no piense el lector que estoy armando la habitual narrativa UNEAC, según la cual los compañeros que nos atienden a los escritores y artistas son tan comprensivos y considerados porque se los escogen gays. Fredy era un cincuentón caucásico, rígido como todos los de su oficio, enérgico, hiperquinético. Nunca pude determinar si se movía tanto porque tenía muchas tareas extraordinarias y urgentes por cumplir, o si estaba huyendo de algo. Su dinamismo simulaba amenaza. No me consta que abusara de nadie, pero su oficio mismo era y es intolerable para cualquiera que tenga una idea del culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre. Eso no se hace, simplemente. Y todo el que hace eso es caca, si no es un criminal. Fredy, como otros muchos revolucionarios, había sido capturado por una idea heroica de la vida, que le quedaba enorme, no solo porque no tenía mente de héroe, pero sí sensibilidad de decimista, sino

porque por su mismo oficio y orientación política no podía serlo. Su función era subordinarse a héroes violentísimos que no admitían competencia, no ser héroe él. Eso sí: su propia idea de la hombría limitaba su obediencia. Alguna vez nos pasó por enfrente un tipo de civil que lo saludó, y me dijo: *miren a mi compañero abstemio con esa camisa y con una botella: a mí no me gusta la actuación*. No se disfrazaba, y a veces casi parecía de mi bando. *Tú estás contra la Revolución, pero pase lo que pase yo siempre te voy a respetar. Porque los otros me mienten, mientras que tú me hablas claro*. Sí, paradójicamente yo lo ayudaba con mi franqueza. La tropa de Abrantes había navegado en la calma chicha de los petrodólares soviéticos, con una situación interna que les permitía confesar, como le dijo uno de ellos a Sotuyo: *en otra época hemos cometido muchos excesos*. Estos acomodados moderados que pretendían, como me dijo Fredy textualmente, *superar el ojo seguro*, no para controlar menos sino para controlar más fácil y mejor, llegaron a pensar y a actuar de una manera inteligente e impropia y fueron eliminados después del fusilamiento del contrabandista Ochoa, cuando los petrodólares se habían agotado definitivamente. Pero era difícil botar a Fredy. Lo habían electo vanguardia, y hasta lo habían llevado de vacaciones a Hungría, por presumir de que la situación de la cultura camagüeyana era la de una total mansedumbre burocrática, de una inanidad dulcísima, la de los sumisos de la UNEAC, mientras en La Habana estallaba la insurrección de los artistas plásticos. Daniel y yo les habíamos perturbado el azul de la piscina. En 1990 incluso intentamos hacer, junto a otros intelectuales que ahora son Personajes de la Situación, una revista literaria independiente, que fue acusada de pornografía y desobediencia. Y de Ciego venía la insistente denuncia de un poetaastro que leía horrores por las esquinas y manipulaba a sus amigos. Yo había leído además en 1990 mi poema *La Ceiba de la República*, dedicado a Sotuyo, en el único recital que he hecho hasta el presente en un establecimiento público. A Fredy no le convenía que el *Kempo* fuese capturado. Pudo sorprenderme en cualquier lectura en privado o en la calle. Lo de la Ceiba no le había gustado. Él quería tranquilidad para sobrevivir como Mayor: vivía con pobreza, lo que me consta porque sus inolvidables visitas me animaron a averiguar el edificio multifamiliar donde habitaba con su esposa en el reparto Jayamá y personarme ahí. No tenía rango para piscina, era evidente. Siempre dijo que había estado contra mi detención, lo que sonaba bien en los oídos UNEAC, pero estoy seguro de que en este caso decía la verdad, entre otras razones porque había llegado a conocerme y sabía que con esas finuras me perdían sin remedio, y se complicaba él. Y a mi juicio los que

ordenaron mi detención no se proponían otra cosa que asustarme (al día siguiente se inauguraba el Congreso del Partido, y detuvieron a muchísima gente). Si me dejaron encerrado tres días –los del Congreso– fue tal vez porque yo me conduje de una manera humorística e insultante –como si estuviese leyéndoles el *Kempo*–, y me negué a firmar el Acta de Advertencia con el arrepentimiento que me solicitaban. En 1993 y 1996 firmaría además sendas actas sin arrepentimiento alguno. Tres actas equivalían a Peligrosidad, y esto a tres años de cárcel sin juicio. Pero el escándalo de la detención tenía sus riesgos, y uno de ellos era que Fredy se había mostrado incapaz de contener una protesta interprovincial de profesionales respetados y carismáticos, que exhibían además todo el arco político de la izquierda a la derecha en un clima de diálogo, debate y colaboración. Aunque nunca nos reunimos todos formalmente, imitábamos la Asamblea de Guáimaro. Demasiada realidad para estos represores de la realidad. Había que botar el sofá. Un sobreviviente de la época Abrantes estaba a punto de ser lanzado al *nowhere*.

Mientras en Villa María Luisa el compañero que me atendía se inquietaba con un interrogatorio de cinco horas que podía costarle más caro a él que a mí, como hijos de Guáimaro mis hermanos se lanzaron a salvar el *Kempo*. Eudel notó de inmediato el peligro del maletín. Relata Antonio Domínguez, a quien he consultado ahora: *Entre China y Eudel, y probablemente José Luis Varona también, recogieron todos los papeles de Almanza de la oficina. Nosotros sabíamos que el poema Kempo estaba allí, porque Almanza estaba haciéndole una revisión, estaba en uno de los discos y también en papel. Tony dirigía el Joven Club de Computación de Camagüey, a donde íbamos todos por falta de máquinas, incluyendo China, compañero nuestro en la ENPA y gran amigo de Tony. El Kempo podía ser el cuerpo del delito de Propaganda Enemiga por el que estaba detenido. Eudel fue al club donde yo trabajaba y me avisó de que Almanza estaba preso en la seguridad del estado. Si no recuerdo mal fue en la tarde. Eudel le entregó todos los documentos y los discos a China y luego China y yo fuimos a ver al viejito Abel, el sereno del Club, en quien teníamos toda confianza, Abel se llevó todo a su casa y lo conservó durante todo el tiempo que necesitamos. Como sacado de la narrativa de Daniel Morales, un Abel, a quien conocí como persona exquisita pero que solo ahora sé que fue quien escondió mis textos, no solo el Kempo sino hasta mis diarios de adolescencia, nos ayudó en el momento que nuestros compatriotas se comportaban*

como caínes. Téngase en cuenta que a nuestro amigo el poeta avileño Reynaldo Hernández Soto le habían quitado sus textos y no se los devolvieron jamás. Y no había otras copias del *Kempo* sino las que estaban en el maletín, en papel y en discos. Nunca hubiera podido reconstruir un poema tan extenso y complicado. *Cuando soltaron a Almanza fuimos a verlo y medio que en clave le dijimos que Kempo estaba a salvo y en buenas manos. El no supo quién fue la persona que lo guardó. Hasta en casa de Almanza hablamos con cuidado en esos días por si habían puesto micrófonos. Sí, nos soltaron a Daniel y a mí y luego me llevaron ante el Consejo de Dirección de la ENPA, en donde Fredy, siempre acompañado por otro oficial, me gritó: si sigues hablando mierda te vamos a destruir.* Los miembros del Consejo estaban espantados; yo miraba con más lástima que temor al Fredy, a quien por primera vez veía en un *performance* y de veras con escasa capacidad histriónica. Unos días después me lo encontré en la Avenida de la Caridad, y aunque me negué a conversar con él tuvo tiempo de decirme que él había estado contra mi detención. Hablaba firme como de costumbre pero estaba desencajado. Recordé que me había dicho que tenía problemas renales. Yo siempre he sido hipertenso, pero entonces estaba atlético. Aún, gracias a Dios, estoy vivo. Mi hermana vio años después a Fredy en una cola del pan en Jayamá, aislado de todos, cabizbajo, destruido.

Y ahí es donde comienza la leyenda del compañero que nos atendía. No lo vimos más. Otros personajes le sustituyeron. Para nada quiero dar a entender que el asunto con Daniel y conmigo fue la causa de su desaparición. De todas maneras lo iban a tronar, el nuevo grupo necesitaba su propia gente. Por otro lado, el país se hundía en la desesperación del llamado período especial y los jóvenes de la plástica citadina empezaban a sublevarse y hasta amenazaron ir con carteles a Villa María Luisa si no nos soltaban. El hecho es que no vimos más a Fredy y comenzaron las evaluaciones populares. Nunca manifesté odio contra esta persona. Caucásico como yo, lo veía como un hijo de guajiros como yo, que debía andar cantando décimas por los montes, en compañía de Samuel Feijóo y de Rafael Almanza, y no participando de la represión de las libertades de Guáimaro, que le hubieran permitido vivir su propia vida y cantar lo que le diera la gana, en aras de un proyecto político que lo había condenado a la pobreza, a perder a su hijo por suicidio y a ganarse el repudio de sus mejores conciudadanos. Ahora me duele no haber hablado por última vez con él en la Caridad, pero me negué por honor y porque lo vi como un cobarde, incapaz de oponerse a un

abuso que yo sabía que su concepto masculino de la vida no podía tolerar. ¿O sí se opuso, pero solo ante sus colegas? Me queda la duda. La leyenda incluye el rumor de que fue finalmente expulsado de la Seguridad cuando lo encontraron blanqueando expedientes de los opositores. Al parecer eliminaba documentos, pruebas, cuando ya sabía que le quedaba poco. Es muy improbable que alguna vez sepamos si es la verdad o no, aunque debiéramos averiguarla, y hasta es posible que sea el invento de alguien que quiere mejorar su imagen o se niega a considerar que era un hombre bajo, o lo jubilaron por enfermedad o por incapacidad para reprimir, pero lo interesante de esta leyenda es que resulta creíble para aquellas personas a las que molestó. Cuando en la escuela me decían que Cristo no era sino una leyenda, yo pensaba: el problema es que es una leyenda. Una hilera interminable de mártires cristianos durante dos milenios mantiene la increíble leyenda. Creemos en el Bien. Creemos que Fredy pudo haberles dicho que detener a Almanza y a Morales era una estupidez, y *una mariconá*. Creemos que blanqueó los expedientes creados por él mismo, para que su sustituto no usara sus posibles maldades o investigaciones certeras en contra de esas personas a las que no odiaba. Creemos todo eso porque nunca le tuvimos odio y porque algo en esa persona era valioso, el escritor de las décimas se imponía al soldado, por mucho que él se esforzara en reprimirlas. Él no lograba reprimir con eficacia, porque él mismo reprimía lo mejor de sí, las décimas y las críticas que le acudían a la garganta, y tal vez ya se había dado cuenta, demasiado tarde, que había perdido lo mejor de sí mismo. Hace unos años caminaba yo por el estadio de béisbol y me adelantó un joven que me dijo: *¿No me conoce?* Me puse en guardia pues esta es una frase típica: hay que conocerlos para temerlos. *Yo fui de allá*. Y señaló hacia Villa María Luisa. *Esa gente es una mierda*. Y siguió a toda velocidad. Nunca más lo he visto. ¿Cuántos oficiales de la Seguridad no se encuentran en un caso similar? ¿Cuántos de ellos no escuchan los argumentos de los opositores, con plena conciencia de que eso mismo es lo que ellos le dicen bajito a sus mujeres en la cama, o lo que murmuran en el baño? ¿Cuánta gente puede salvarse, como este joven, de la traición al culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre, en la que están eliminando para siempre su propia dignidad personal, y comprometiendo su futuro y el de sus familias con juicios y castigos que saben inevitables? ¿Será posible, Cristo, que esto continúe por décadas y décadas, como si la patria de Varela y de Martí no fuese, como me decía hace poco un cubano de dieciséis años que regresaba a Alemania, no otra basura que el País del Diablo?

Doy gracias a Dios que Fredy no haya agarrado el maletín, por nosotros y por él. Doy gracias a Dios por mis compañeros de toda la vida, el Grupo Homagno, que me mantiene como un hombre pobre pero libre entre cederistas, y ha creado la editorial que ha impreso mis poemas en libro, incluyendo el Kempo. Narra Dominguez en la misma carta: *algunos años después y viviendo yo en Miami, adonde fui con mi familia, trabajamos Sotuyo y yo en la edición del libro de poesías que lleva ese nombre de “El Gran Camino de la Vida”, y en la sección que correspondía al Kempo, Almanza había puesto un título que decía “Autocensurado”, por acá comprendimos y respetamos esa decisión de Almanza pues él es el que queda en Cuba y puede ser muy peligroso para él publicar el poema. Probablemente fue después de una conversación de Almanza con Sotuyo que Almanza decidió poner el poema completo sin censura en el libro. Y el libro perfecto con el poema.* Sí, la editorial Homagno había publicado el libro íntegro, como puede verse en nuestra página web www.homagno.com. Pero yo no lo tenía. Viajé Sotuyo de Miami a Camagüey, y en el aeropuerto otro compañero que nos atiende lo dejó para el final de la cola y lo interrogó y registró con exhaustividad. Bueno, no tanto. Obvió un bolsillo de una mochila, en donde estaban dos ejemplares de *El gran camino de la vida*. Luego el poema ha continuado teniendo una utilidad para las nuevas generaciones. El poeta José Rey Echenique, ahora en el exilio, escribió un comentario muy elogioso hace unos años. El documentalista Eliecer Jiménez ha defendido con pasión este poema en Cuba y en los Estados Unidos, y me pidió grabar el final del texto en mi propia voz para terminar su *Persona*, uno de los documentales más importantes de la cinematografía nacional. Ya sé que el socialismo va a desaparecer y con él la utilidad del poema, pero la literatura existe para servir, a veces en forma permanente, pero a menudo de manera puntual; y lo que puede darle algo más a este texto, trascendiendo su valor testimonial o de arqueología literaria, es precisamente la fábula que mis hermanos han creado defendiéndolo. A todos les estoy agradecido; pero esta aguerrida comunión de mis compatriotas en torno de la verdad y de la poesía es mucho más que un motivo de agradecimiento, es la certeza de que Cuba vive, aunque no se la vea, de que seguimos juntos luchando con nuestros Poderes de Dios para que nuestra patria alcance la dignidad de Guáimaro y de Dos Ríos en todos los tiempos. Ese abrazo alcanza a Fredy, mi hermano, donde esté:

Yo soy Fredy Ruiz Estévez

Decimista popular:

*Almanza quiere salvar
Mis octosílabos leves.
¡Mira bien, que si te atreves
A ser libre y soberano
Por el fuero ciudadano
De la dignidad y el canto,
Nunca he tenido quebranto:
Yo soy, también, un cubano!*

A petición de Eliecer Jiménez y Enrique del Risco, junio de 2017.

LA PASIVIDAD EN CUBA

Obsérvese que digo la pasividad en nuestro país, no la pasividad *cubana*. Pues deseo deslindarme de inmediato del principal peligro del tema, que es casi una evidencia entre nosotros: que nos hemos convertido en un pueblo de personas pasivas en todos los ámbitos, o peor, que nuestra pasividad es un rasgo nacional, un timbre de idiosincrasia invencible, una fatalidad de la que no podemos escapar, a menos que dejemos de ser cubanos. A mi juicio esas evidencias son de la misma índole de aquella según la cual el Sol gira en torno a la tierra. La pasividad política, social, moral, religiosa, y unas cuantas más, es una característica humana universal. Las personas activas en cualquier plano son y han sido siempre escasas. Pero si nos atenemos solo a la pasividad política, que de alguna manera abarca y también determina muchas otras, empeora el asunto: es más fácil encontrar ciudadanos, en cualquier país, que manifiestan una desbordada diligencia para obtener bienestar, riqueza y poder, por no hablar del sexo, que los que están dispuestos a reaccionar ante las exigencias del bien de la *polis*. Si no hubiese pasividad política, si la mayoría de los ciudadanos reflexionaran responsablemente sobre el bien social, no harían falta ni la agitación de la propaganda ni las campañas electorales: bastaría la consulta mediante el voto. Y aquí vamos tocando algo muy importante: para el modelo de sociedad contemporánea, el que se establece paulatina y contradictoriamente después que los ingleses decapitaran a su monarca en 1649, el presupuesto de que hay ciudadanos y que son ciudadanos responsables y activos resulta imprescindible. Mientras el poder estaba en manos de la aristocracia, que lo clamaba como la voluntad de Dios en el monarca ungido ante Él, solo un pequeño número de personas eran llamados a ocuparse de la política. Inimaginable que un campesino o un artesano lograra influir en si se construía o no un camino, un palacio o una catedral. Pero cuando comienza a establecerse la sociedad democrática, en cuyos preliminares estamos, el artesano, el campesino, el obrero, el músico emancipado, el escritor independiente, se vuelven sujetos de la política: es lo que se conoce como soberanía popular. Todos los sistemas políticos de Occidente, incluyendo el socialista, tienen ese presupuesto. Y ese presupuesto es, en la práctica, dudoso, resbaloso, y mayormente falso. La mayoría de la gente no quiere ejercer ninguna soberanía. Una buena parte no sabe ni siquiera en qué consiste, aunque se les haya explicado en la escuela (en los países socialistas desde luego eso no se hace). Otros saben lo que es pero se quejan de

que los políticos la usurpan: como si no fuera deber de cada uno el ejercerla a cualquier precio. La pasividad política es una realidad, y al menos para el tipo de política que hay hoy en el mundo, es una muy mala realidad, que conduce a una democracia disfuncional, siempre en riesgo de transformarse en anarquía, autoritarismo o dictadura.

Un ejemplo claro ha podido apreciarse en los últimos años en el país en el que se supone que la pasividad política no existe: los Estados Unidos de América. En 2008 Barack Obama fue electo en unas votaciones en las que el pueblo hacía largas colas frente a la oficina electoral. Detrás de ese súbito entusiasmo –pues las elecciones anteriores denotaban un enorme abstencionismo– estaba, desde luego, la pulsión de salir de la crisis económica que se anunciaba como un apocalipsis. Durante los dos primeros años de gobierno, Obama se esforzó por cumplir lo más urgente de su programa, que era parar la crisis y salir de ella con el menor costo social posible. Sin embargo, su partido perdió las elecciones parlamentarias de 2010, y por lo tanto el presidente comenzó la indeseable agonía de un ejecutivo que no puede ejecutar lo que urge. Se reeligió en 2012, pero nunca alcanzó mayoría en las dos cámaras. ¿Cómo es que un presidente popular carece de apoyo popular? La explicación la da el propio Obama una y otra vez, incluso ahora: por favor, vayan a votar. Si los interesados en su línea política, que en realidad son la mayoría del electorado según vemos por los datos de las últimas tres elecciones presidenciales, no van a votar en las elecciones parlamentarias, muy probablemente porque no les simpatizan los candidatos a congresistas que no solo no tienen el carisma de Obama sino tal vez tampoco ni su inteligencia ni sus intenciones, entonces el adversario domina el legislativo y hasta conquista la presidencia, lanzando al basurero los intereses de esa mayoría. ¿Y por qué votan entonces en las presidenciales? Pues porque la pasividad es siempre en primer plano, un estado de irresponsabilidad mental. Votan por el tipo fuerte que ellos creen que, mágicamente, sin que se tomen el trabajo de ganarle el legislativo o apoyarlo en las calles, va a sacarles las castañas del fuego. Cuando eso no pasa porque no puede ocurrir, votan por el candidato opuesto. ¡Con tal de mejorar sin hacer nada!

Si la pasividad política campea en la democracia más antigua del mundo –y en todas las otras, ciertamente-, ¿qué puede esperarse de un país como el nuestro, desprovisto

históricamente de tradiciones, hábitos, instituciones o simplemente referencias a la democracia? Hasta hace unos años cuando a una persona se le decía *ciudadano* en la calle, es porque estaba en riesgo inmediato de ser detenido. Los compañeros son compañeros, es decir, bueyes o súbditos, no ciudadanos. Salvador Allende era el compañero presidente, no Ciudadano Presidente, el título que distinguía a Carlos Manuel de Céspedes y a Salvador Cisneros Betancourt. Como he señalado en un trabajo anterior, una de las pruebas del fracaso del socialismo es su incapacidad para generar una idea jurídica alternativa a la liberal: se sigue hablando de república, constitución, elecciones, parlamentos, ejecutivos, incluso tribunales: como fantasmagoría. La Revolución, sostienen, hace la ley, y por lo tanto no está sometida a la ley, a ninguna ley, ni a la que acaban de dictar. Cuando la ley molesta al líder revolucionario, no tiene por qué cumplirse la ley. Y como esto ocurre sin cesar, pues se hacen leyes para que llueva de abajo hacia arriba y para que la gente pobre se mate trabajando en beneficio de la oligarquía revolucionaria, pues no existe dominio de la ley. Oportunamente se acusa de corrupción a un dirigente, y puede que el señor sea más o menos inocente de ese cargo, pues lo que hizo es lo que tenía que hacer para sacar adelante su tarea en una atmósfera de impotencia y de ilegalidad. Que además se beneficiara es innegable. *Combinación de dos para joder a uno*, es la idea popular cubiche de la ley. La ley no es tu recurso personal por protección colectiva consensuada, sino tu enemiga personal, y la combates practicando alguna forma permitida de contrabando, hasta que dejen de permitirlo los que hacen la ley, en cuyo caso conocerás el peso de la ley que creías inexistente. Protestando yo por la contaminación de la panadería aledaña a mi casa, la jurista de la Empresa del Pan me dijo que no importaba, puesto que producían pan para el pueblo. Cuando ni los de abajo, ni los de arriba, ni los que debieran tener al menos una idea del derecho por razones profesionales, creen en la ley y su respeto, ¿podemos imaginar una Ley de Leyes, la Constitución, que en cualquier país es objeto de debates y desacuerdos? Millones –yo no– votaron por una enmienda constitucional para dejar sin enmienda posible el régimen de la Constitución vigente por todos los milenios de posible existencia de la nación o incluso de la humanidad. La osadía de que millones y más millones de tataranietos y sus descendientes no van a cambiar un papel porque sus tatarabuelos se creyeron más eternos que Dios, fuera un sainete vulgarísimo si no describiera con exactitud el delirio de soberbia, técnicamente diabólico, que ha conducido a la desaparición de los referentes democráticos en Cuba a nivel de casi todas las mentes. La ausencia de referentes democráticos en la mente del pueblo equivale a un

estado de posesión demoníaca, pues las sociedades contemporáneas, incluyendo las socialistas, no pueden funcionar, ni siquiera subsistir a la larga, sin la prédica y la práctica de por lo menos algunos esos referentes, aunque estén mixtificadas en el caso del socialismo. Insertos como por fatalidad en semejante espanto, ¿es de extrañar que los no ciudadanos cubiches practiquen la más extrema pasividad política como la única manera, creen ellos, de intentar protegerse del espanto, o al menos de su lado más terrible, el castigo por la actividad política de protesta contra el espanto?

Esto no hay quien lo tumbe, pero tampoco quien lo cambie, es lo que escucho en la calle desde hace cuarenta años. Décadas y décadas constatando el carácter al parecer inmodificable de la pasividad ciudadana cubiche, y deseando, como es normal, inevitable y santo, entender sus causas para poder vencerlo, el demócrata cubano actual, yo mismo durante mucho tiempo, ha llegado a culpar al socialismo como la causa de esa extrema pasividad, y de sus corolarios: el pesimismo, la desconfianza, la asocialidad, el escapismo, la huida, el estancamiento social, el odio a la patria, la miseria moral, el suicidio desde el quinto piso. De manera que si desapareciera el socialismo, o por lo menos si se liberalizara un poco, desaparecería la pasividad y pudiéramos sentarnos tranquila, o intranquilamente, a construir un presente de paz y prosperidad con todos y para el bien de todos. Radical es el que va a las raíces, dijo el Maestro, y no habrá solución radical para una democracia en Cuba si no atendemos, entendemos y eliminamos las raíces del problema. Habiéndomelo planteado no ya como ejercicio intelectual sino como materia de salvación, ya en el década del noventa el santo cubano, Félix Varela, empezó a taladrar mi conciencia con un término sospechoso: *tranquilista*. Pues viene mi amigo el babalao, a quien respeto mucho porque ha conquistado cierto bienestar con su propio esfuerzo, y me dice: *yo lo que quiero es vivir tranquilo*. Es el segundo de mis vecinos muy mayores de edad que me confiesa que se ha construido un garaje para cuando tenga el auto, que es el sueño de sus vidas. La espera del auto que caerá del cielo, no sé si el Tesla interplanetario de Musk, no les permite vivir tranquilos en esos garajes patéticos, que han mutilado el espacio de sus salas de estar... Eliseo Diego contaba que, de joven, aplazaba tareas *para cuando ya esté tranquilo*... Y a los setenta seguía esperando... ¿En un país de bailarines la gente aspira a vivir tranquila? ¿Un pueblo de guerreros, me dirá el adversario, que ha hecho tantas revoluciones y las ha exportado a tres continentes, que

ha librado y supuestamente ganado guerras internacionales, es un pueblo de tranquilistas, envenenados de pasividad? ¿No será que frente a la actividad incontestable de los revolucionarios cubiches, no puede haber otra respuesta que la actual pasividad muy merecida e insuperable, utilísima por demás para su condición de siervos, de los que no fueron predestinados a la categoría suprema de revolucionarios, el escalón evolutivo más alto desde el pistoletazo del Big Bang para acá, que vencen y subordinan naturalmente a los neandertales del tranquilismo?

Y década tras década, la lectura de los olvidados textos de los profetas cubanos ha subvertido mi suposición de que el socialismo es la causa de nuestra pasividad. Se me conoce, desde mis veinte años, como un ensayista que nunca hace una afirmación sin poner a seguidas o a pie de página la reflexión o la referencia que la sustenta, y no me costaría demasiado esfuerzo hilarlas ahora: Varela, Martí, Márquez Sterling, Poveda, Fernando Ortiz, Jorge Mañach, por mencionar solo los que tengo ahora en mente, un imponente elenco de nuestros pensadores han enfrentado una y otra vez el escollo de la extrema pasividad política en Cuba. Pero no estamos en época de academia, sino de periodismo responsable: y en fin de cuentas el adversario está advertido de que es fácil comprobar mis afirmaciones. Para colmo, recientemente he descubierto un brevísimo texto que nos libera de quinientas páginas de historiografía y bizantinismos. Padézcanlo:

Somos pusilánimes colectivamente y la psicología de rebaño nos cuadra bien.

¿De dónde salió esta aseveración? ¿Algún disidente pagado por el imperialismo la ha estampado en Cubanet? ¿Fue escrita ayer? La he extraído de una carta del poeta Regino Boti, de fecha... *28 de octubre de 1913*. Y para los que suponen que Boti se equivocaba porque era un poeta de torre de marfil –la carta alude a los enemigos de su poemario *Arabescos mentales*-, encerrado en sus sonetos ebúrneos, ajeno a las luchas heroicas de su pueblo, la verdad es que sus sonetos estaban muy bien escritos y que Boti era el presidente del Partido Conservador en Guantánamo, una especie de cacique local, que además hizo una demoledora, para él, campaña electoral como candidato a

representante. Sabía lo que decía, y véase con cuánta precisión: *colectivamente*, porque él no era un pusilánime. *El silencio de los corderos*, barato filme de horror, es el epíteto con que popularmente se ha estado definiendo durante décadas el tranquilismo cubiche actual. El fenómeno es tan persistente que hasta las metáforas para denunciarlo se repiten.

La pasividad política en Cuba es un mal histórico de siglos. Procede de y conduce a la pasividad moral, que se expresa en frases bien conocidas: antes de 1959, la melancólica palabra *total...*, así con puntos suspensivos, que denotaba la inutilidad de cualquier esfuerzo, tan popular que hasta generó un bolero. Después de 1959, el *no cojas lucha...*, con la misma puntuación. Ya no se oye mucho, pues nadie coge lucha. Cómo surgió y se afianzó en Cuba, antes de 1959, este vicio social, es un enigma que cae fuera de las posibilidades de este trabajo, aunque urge descifrarlo a fondo. El Proyecto Nacional Cubano de Varela-Agramonte-Martí, se inició con un sacerdote cogiendo lucha contra los tranquilistas. Pero durante el siglo XIX el patriciado se mantiene firme en la lucha por la independencia, a pesar del *total...* del Zanjón. Y finalmente la lograron. *Si toda esta gente hubiese salido a la manigua, España no hubiera durado quince días*, cuentan que dijo el general Gómez cuando las multitudes lo aclamaban al fin de la guerra. Con esa *masa* de patriotas de última hora –vaya usted a saber cuántos de los ochenta mil cubanos que tomaron las armas contra los mambises- había que hacer una democracia. ¿Alguno era demócrata? *Los ciegos, los unánimes rebaños* descritos por José Manuel Poveda, el gran poeta compañero de Boti (parece que la metáfora del rebaño era ya universal a comienzos del siglo XX), no podían, no tenían el menor interés en construir una democracia. *Habitación a lo vil*, había diagnosticado previamente Martí, que jamás idealizó, como algunos claman, al pueblo que defendía: *el hijo de un pueblo esclavo...* Los líderes de los rebaños no eran indignos de sus carneritos. Que Boti fuera conservador no le impedía sostener que Menocal, su jefe, era un estúpido. El esfuerzo educativo de la República, que logró alfabetizar a la mayoría del pueblo y a la casi totalidad de los habitantes de las ciudades; el trabajo de cultura de una pléyade no igualada de pensadores, periodistas, escritores, artistas y maestros, que nos puso a la cabeza de América Latina; las instituciones de la democracia que existieron precaria pero realmente en algunos períodos, especialmente entre 1940 y 1952; el desvelo de hombres como Mañach, empeñados en crear, con la obra y con el ejemplo personal,

ciudadanos, republicanos, demócratas, no lograron vencer jamás esa conducta pasiva de rebaño, esa inclinación a la burla de la vida seria y por lo tanto difícil, esa pasión por el relajamiento que poco a poco fue desplazando la idea heroica de la existencia, propia del patriciado decimonónico, por el retrato del cubano como gozador, como sujeto de sexo grosero y de rapiña rápida y fácil, que perdura, a ritmo de reguetón, hasta hoy. No hubo muchas protestas contra el descaradísimo golpe de estado del ¿general? Batista, que liquidó un intento de democracia sin demócratas. Batista era vil pero quién no era vil, quién no hubiera querido hacerse millonario robando como él. Y hacerse obedecer como él. Pues un rebaño necesita un pastor, un führer, un guía.

El correlato imprescindible de la extrema pasividad política es precisamente el otro extremo: la violencia y la dictadura. Hasta Mañach acabó apoyando la violencia verdeoliva, cuando quedó impotente con su club de Amigos de la República, en medio de una masa pasiva de hipócritas habituados a la vileza batistiana... Cuando muchos hombres viven sin decoro, la minoría que acumula el decoro de esos muchos puede optar por la violencia, como hizo en los cincuenta una parte de la clase media culta, inspirada todavía por el Proyecto Nacional. En un pueblo de gente activa un dictador es inimaginable, de hecho no surge nadie así. Pero el hombre pasivo envidia al hombre activo que lo domina, y se subordina a él. Y mientras más activo es ese hombre, más se le subordina. Y si es un autócrata con cualidades excepcionales de jefe, mucho más. Cuando además el jefe —Menocal, José Miguel Gómez, Machado...— ha dirigido tropas y tiene fama de héroe, real o no, imaginémosnos a dónde puede llegar la subordinación del hombrecito pasivo del rebaño, del corderito obediente, que jamás supondrá que pudiera anular a ese superhéroe con su voto libre y secreto... si lo tuviera alguna vez. En un filme del ICAIC vemos a ese hombrecito cortando caña no como un negro esclavo, sino como un creyente revolucionario, al que le han puesto como estímulo unos altavoces con una marcha ajena y heroica... Sí, en la década del sesenta una parte de los pasivos, tampoco la mayoría, estuvieron activísimos, pero con una actividad subordinada, en la que faltaba la actividad fundamental, que es la de la autodeterminación. Otra parte, los que integraban la clase alta y la clase media alta, completas, se trasladó a Miami con una celeridad fulmínea, en donde desplegaron la actividad que debían haber usado aquí. Los siguió, ya incómodamente, casi toda la clase media. Iniciando la década del setenta los activos por subordinación, bastante

hambreados, empezaron a dormirse, a volver al relajo con el título, hoy olvidado por omnipresente, de *envolvencia*... ¿*Cómo anda la envolvencia?*, era el saludo de fines de los sesenta y comienzo de los setenta. *Aquí, en la envolvencia*... siempre puntos suspensivos de vaguedad, de lo no dicho, de lo ni siquiera pensado... Los pasivos se habían envuelto en un traje verdeolivo de hiperactividad que no les interesaba, pero había que vivir... siempre habían sido vividores... ¿alguien podía sobrevivir sin ser un vividor?... La actividad oportunista y el desgano de los sin oportunidades, que eran la mayoría, condujeron a la obediente somnolencia y a la sumisa vagancia de los setenta, a la disfuncionalidad social y a la ruina colectiva, y obligaron a los mayimbes a sacar la consigna, imposible como suya, de *la exigencia*. Nadie exigía nada, ni buen trabajo, ni responsabilidad, ni mucho menos honestidad: *nadie se exigía nada*. ¿Para qué? Total... No cojas lucha. Esto no hay quien lo tumbe, pero tampoco quien lo cambie. Acaba de meterte en la embajada del Perú, que estos tipos no te merecen. Son un rebaño de carneros... En ese balar de los carneros, filme de horror, sobrevivimos todavía.

Con el intento de un capitalismo sin democracia, en variante rusa, o china, o vietnamita, adaptado a las muy diferentes condiciones cubiches –la cercanía a Estados Unidos, la ausencia de grandes recursos naturales, la insuperable insolvencia, la pequeñez del mercado, la existencia de un exilio enfrente, y lo que es peor, de unas tradiciones liberales en el pensamiento cubano–, la Clase Mayimbe tiene ahora su última oportunidad para seguir gobernando el rebaño mansísimo, en beneficio propio, y prosperando mucho. Saben que el rebaño quiere aunque sea un pedacito de capitalismo, y se lo pueden dar, puesto que se van a quedar con la tajada. Democracia no: ¿eso se come? Hágale un comentario político a un cuentapropista y enfrentará usted un apenado silencio vaticano... Pero incluso ese canto del cisne socialista puede tardar bastante, y luego durar, y durar... A la larga, mayimbes y corderitos están condenados a un nuevo y costosísimo fracaso. El capitalismo sin democracia, ya lo vimos durante Batista, y lo estamos presenciando con los hijos de Putin, produce un capitalismo cacofónico, de ladrones desmedidos, y una inmensa insatisfacción social. No somos chinos, no somos vietnamitas. Nuestra raíz es el proyecto Varela-Agramonte-Martí: la democracia basada en el con todos y para el bien de todos. Ninguna pasividad nos ha privado de esa raíz: este artículo es una prueba. Atención, demócratas: la lucha por la democracia apenas empieza, y será agotadora, descorazonadora. Nunca terminará, porque nunca termina. El

apuro, la impaciencia, la prisa, no son signos de actividad sino excusas de la pasividad, para no enfrentar la pasividad ajena con lucidez y perseverancia. Aquí hay que romperse la vida luchando de una y otra manera contra la pasividad colectiva, o convertirse en pasivo, lloroso o gritón, en Santiago o en Miami. Los mayores no veremos ningún resultado. El socialismo profundizó y agravó nuestra pasividad centenaria hasta la degradación antropológica y el callejón sin salida aparente. Para colmo, una legión de gente activa ha escapado, haciendo más dominante el ya abrumador peso social de los aguantones. La escandalosa habituación a lo vil es ahora un relajo callado, *light*, tranquilista, tropical, reguetonero, idiosincrático, sin fin. Pero a mis sesenta años, pobre y mal de salud, testimonio que vale la pena no ser mayimbe, no ser carnero. Vale la pena ser activo y feliz, ser demócrata y ayudar al pueblo, como se pueda, a entender los valores y las ventajas de nuestra posible democracia, para que deje de ser un ciego, un unánime rebaño de pasividad mayimbe: esclavos y fracasados por gusto.

6 de marzo de 2018.

LA LENGUA INCIVIL

En el momento en que escribo, se celebra en La Habana la Bienal 00, un festival de arte contemporáneo organizado por jóvenes que están en contra del manejo estatal de sus expectativas creadoras. Desde luego, el Estado se adelantó a atacarlos con un documento firmado por la Presidencia de la UNEAC y la Dirección de la AHS. Un documento como tantos, al que no hay que darle demasiada importancia si la Bienal se efectúa con éxito. Pero no deja de ser saludable, y sobre todo, útil, comentar el texto con un penoso detenimiento. Esa tristeza nos permite definir cuáles demonios debemos exorcizar entre nosotros, si es que queremos arte libre y Cuba Libre.

Dice el documento que *rechazamos cualquier intento de entorpecer o manipular la gestión institucional* de la XIII Bienal de la Habana. Pero una Bienal alternativa no entorpece ni manipula nada. Simplemente es otra opción. Hay que estar muerto de miedo para creer que esas exposiciones y actividades, a las que poca gente se atreverá a asistir, puedan entorpecer o manipular la Bienal del gobierno. Lo que sí hace es romper la exclusividad del gobierno en materia de festivales.

Dice el documento que la Bienal 00 *se organiza con fondos de la contrarrevolución mercenaria, cuyo único propósito es descaracterizar al sistema institucional*. Lo que descaracteriza a las instituciones que han generado el documento, es la obediencia a la orden de mandar al matadero a los escritores y artistas que el gobierno quiere eliminar. Las descaracteriza, porque ya no son instituciones del arte o la literatura, sino explícitamente instituciones de represión contra sus propios colegas. A confesión de parte, relevo de pruebas.

En cuanto al adjetivo, fijémonos que el diccionario de la Academia define *mercenario* como *dicho de una tropa: que por estipendio sirve en la guerra a un poder extranjero*. Pero no hay guerra ni estos artistas son tropa ni están sirviendo a nada que no sea sus propias ganas. El diccionario añade: *que percibe un salario por su trabajo o una paga por sus servicios*. Ah, bueno. Recordemos que la tropa de la UNEAC vive del maná y

que con lo que se gasta en bebidas finas en una inauguración de Villa Manuela, la galería de la UNEAC, puede vivir un mes, más de una familia cubana. Los escritores y artistas de la crema UNEAC habitan en mansiones, manejan uno o más automóviles, viajan a donde les da la gana, compran fincas, tienen galerías privadas, y se toman distraídamente el traguito en Villa Manuela. ¿De dónde sale ese dinero? En parte, con los negocios que hacen con extranjeros. ¿Habrá que tildarlos de mercenarios, o pedirle a la Academia que amplíe la definición para *los que sirven en la guerra ideológica a un poder nacional injusto*? Por cierto, las instituciones gubernamentales del arte llevan más de medio siglo promoviendo la subversión violenta en cualquier parte del mundo.

Dice el documento que participan en la Bienal personas (obsérvese que ni siquiera se dice artistas, ya están descalificados con el sustantivo) *en su mayoría sin obra alguna de relevancia*, que andan buscando fama. Gerardo Mosquera, que hasta no hace tanto era considerado aquí un gurú de la crítica de arte, les agradece lo de *en su mayoría*. La frase oculta que *la mayoría* de los participantes son jóvenes. Pues los contestatarios de hace treinta años están desde luego fuera del país, precisamente huyendo de documentos como este. Desprecian a los jóvenes que aún no son Amelia o Lam. Les recuerdo que ni Amelia ni Lam habían pintado nada de valor antes de los cuarenta años. Más de uno de estos muchachos puede sacarles un susto.

Dice el documento que la Bienal alternativa se realiza *en espacios sin ninguna importancia*. ¡Los tipos que tienen copados todos los espacios, escriben esta frase! Los estudios de los artistas resultan ser, además, espacios sin ninguna importancia. Que se lo digan a Mondrian. Se ha calentado el texto, y pasamos a la confesión: esos espacios constituyen *actividades al margen de la ley*. Los escritores y artistas del gobierno se lanzan pues directamente al lenguaje de la amenaza. Que abarca no solo a los muchachos del Museo de la Disidencia, sino también a los artistas UNEAC: *Se pretende desorientar a los artistas para que utilicen sus estudios, que cuentan con todo el apoyo de la institución, en función de una maniobra provocadora*. Estos orientados correctamente, afirman que sus colegas son desorientables con facilidad, y que si se desorientan, es decir, si se orientan en la dirección que les gusta, les quitarán sus estudios.

Y aquí nos preguntamos: ¿la Bienal 00 provocará qué? ¿cuál sería la respuesta a esta provocación (*delito consistente en incitar públicamente a alguien para que cometa una acción delictiva*, según la Academia), que no es sino el derecho de los artistas a la libertad de expresión, incluyendo la de la creación y difusión de arte político?

La libertad de expresión resulta ser provocación, *un delito*.

Mercenario, provocación, lenguaje militar en boca de escritores y artistas.

¿Subordinados aguerridos?

Un aguerrido jefe político, nombre inmortal de la literatura, le escribió con indignación al general Máximo Gómez el 12 de mayo de 1894:

El respeto a la libertad y al pensamiento ajenos, aun del ente más infeliz, es en mí fanatismo: si muero, o me matan, será por eso.

Y por ese fanatismo lo mataron.

Entes, háblenle claro a los militares. Y no se confundan de lengua. Hablen castellano criollo pronunciado en Guáimaro. Pueden hacer mucho daño a sus colegas, aunque no tanto como el que se están haciendo a sí mismos.

Muchachos de la Bienal, adelante.

José Martí está con ustedes.

7 de mayo de 2018.

INTERVENCIÓN DE RAFAEL ALMANZA EN LA 22ª PEÑA DEL JÚCARO
MARTIANO. CAMAGÜEY, CUBA, 26 DE DICIEMBRE DE 2015.

Hermanos:

Es conocido de ustedes que en los veinte años de duración de la Peña del Júcaro, que celebramos hoy sin atenernos a una fecha, siempre he preferido la condición de conductor y moderador y no de ponente, y que en las ocasiones en que me he visto obligado a intervenir, lo he hecho siempre de viva voz, procurando la facilidad de la escucha y del diálogo inmediato. Pero esta vez he preferido prepararles un texto, tanto por la *gravitas*, no debo decir gravedad, de lo que quiero comunicarles, como por el desafío imposible de los discursos que nos han antecedido. *Con todos y para el bien de todos* es un monumento de la expresión humana, especialmente de la oralidad, y el elegante discurso de Guy Pérez-Cisneros es ya un documento de la historia universal, que no ha sido defendido por nuestro país pero que vamos a presentar ahora al mundo por todos los medios tecnológicos a nuestro alcance. Y para colmo, la perfecta unidad de ambas colosales comunicaciones creadas por estos cubanos, me abruma y también me obliga a un ejercicio de humildad que se convierte necesariamente en temeridad o en audacia.

La consiga que nos ocupa –porque hay consignas buenas, aunque les parezca increíble– podemos encontrarla ya en el discurso de José Martí en New York el 10 de octubre de 1891, donde declara: *completemos la obra de la revolución con el espíritu heroico y evangélico con que la iniciaron nuestros padres, con todos, para el bien de todos*. De manera que cuando Martí acepta la invitación de Néstor Carbonell, capitán del Ejército Libertador que preside el Club Ignacio Agramonte de Tampa, para intervenir ante los emigrados independentistas en noviembre de ese año, lleva una propuesta política definida, que de inmediato se convierte en la base de la organización del Partido Revolucionario Cubano. Obsérvese que si Pérez-Cisneros se inclina ante la figura de Martí, Martí se inclina ante ese espíritu evangélico de los que él llama en el Manifiesto de Montecristi magnánimos fundadores. Martí es un revolucionario conservador. No

inventa un cambio, sino que lo continúa, pero no con una repetición de fórmulas o de errores, sino con una interpretación y recontextualización de su espíritu. La palabra espíritu es importantísima aquí, porque nos explica el mérito fundamental de su propuesta. Si bien como veremos enseguida la fórmula *con todos y para el bien de todos* es de una lucidez y perfección asombrosas para la construcción del orden de un país, Martí comienza poniendo el espíritu por encima de su propia letra, el espíritu vivo de la nación naciente que él está autorizado y obligado a descifrar y a mantener. Más que un principio del que pueda derivarse una estructura política, Martí propone un espíritu: el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre. Un culto es un espíritu, no una consigna o una fórmula. El sentido religioso de la palabra no se oculta, pues ya ha dicho que se trata de un espíritu evangélico. Como buen jurista, Martí sabía que la ley se asienta en el derecho consuetudinario, el derecho establecido en las costumbres. Lo que Martí nos propone como cimiento de la estructura política de Cuba es un espíritu evangélico o culto civil, establecido en las costumbres, a la dignidad plena del hombre. Todo el que intente descubrir en Martí un proyecto de la estructura política de lo que él llama la República Moral, fallará. Muy lejos del leguleyo que Maceo creía que él era, Martí era un constructor de patria, desde abajo y desde adentro: desde las nociones fundamentales de la acción humana. Martí no es un ingeniero social, que posee un diseño infalible de sociedad: es un albañil que trabaja desde los cimientos. Pero su jerarquía natural le permite ofrecer las claves de la construcción de la república: la dignidad plena del hombre es para él *el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás*. Pero incluso con este detalle, Martí sintetiza su idea en un concepto intuitivo: *la pasión, en fin, por el decoro del hombre*. Hay dos razones por las que Martí puede atenerse a ese concepto intuitivo: que su auditorio comparte con él ese espíritu, porque es el de los magnánimos fundadores de la República en Armas, y porque un exceso de precisión mataría el espíritu mismo, ese pensar por sí propio de cada ciudadano, que está en su centro. Ni siquiera en el Manifiesto de Montecristi, justamente reverenciado por Guy, Martí propone, ni mucho menos impone, una estructura determinada. Si Martí hubiese llegado a la Constituyente de Jimaguayú, tampoco hubiese impuesto nada. Tal vez hubiese aceptado alguna forma con la que no estuviera conforme, como no lo estaba con la exigencia de Gómez y Maceo de que volviera a los Estados Unidos. El Partido Revolucionario Cubano sobrevivió a la reinstauración de la República en Armas, pero

no hay evidencias de que Martí desease ese estatismo. Él iba a la Constituyente a deponer su autoridad, no a imponerla. Desde luego, el hecho de que el Partido sobreviviera entonces, y de que más tarde Néstor Carbonell protestara por su extinción en el momento en que más se lo necesitaba, al instaurar la República, indica que Martí no era un soñador como siguen creyendo los incapaces de estudiarlo, sino un científico de la política, que trabajaba con la realidad concreta de los hombres. Para él las formas y las acciones políticas tenían que ser decididas entre todos, por respeto al espíritu del pensar por sí propio y el ejercicio íntegro de los demás, y porque ese carácter colectivo garantizaría la viabilidad de la forma política. El culto a la dignidad plena del hombre engendra pues, de inmediato, la primera parte de la fórmula: el *con todos*.

La mayoría de los cubanos actuales hemos sido educados en la doctrina de la lucha de clases, que supone que la sociedad es una batalla de una clase contra otra por el dominio de la riqueza social, puesto que las contradicciones entre ellas son antagónicas y solo pueden resolverse mediante la violencia. Una clase se impone a la otra mediante el terror, blanco o rojo, hasta que el terror rojo coloca a la clase obrera en el poder y se acaban las contradicciones antagónicas, y más tarde todas las contradicciones. Esta doctrina fantástica y brutal no tiene nada que ver con el espíritu evangélico de la independencia cubana, y Martí se encargó de precisarnos su política científica del equilibrio de los factores del país, la paz del trabajo y la equidad de las costumbres. La revolución de independencia, heredada y no inventada por él, debía conducir a este equilibrio de lo que él llama con genial agudeza factores, es decir, actores capaces de hacer, y no clases. Martí no era un desequilibrado que quería mantenernos en la revolución permanente, sino un prodigio de equilibrio moral personal que enfrentaba un desequilibrio social atávico y engendrador de violencia. No era un milenarista: nunca soñó con el fin de las contradicciones o los conflictos. Conocía el poder de los intereses, y los intereses de cualquier poder, pero creía, porque lo había ejercido el patriciado que le antecedió y también él mismo, en el poder del ciudadano para desentenderse de cualquier interés vulgar y para enfrentar cualquier poder maligno y derrotarlo. Y mientras la doctrina de la lucha de clases centra su atención en la estratificación de la riqueza, Martí se atiene, como el más actual sociólogo, a la variedad social. Hemos estudiado en la Peña *La oración de Tampa y Cayo Hueso*, otro gran discurso que sigue en fecha al que nos ocupa, y en el que el orador se ocupa minuciosamente de describir

esa variedad, hombres, mujeres, niños, ancianos, ricos o pobres, cultos o incultos, factores todos de la obra republicana. Los elementos negativos, dentro y fuera del archipiélago, están igualmente identificados y descritos en la oratoria, en la obra periodística y en el epistolario martiano de esta etapa. Martí puede decir *con todos* porque ha estudiado uno a uno, y no en forma abstracta sino por el contacto personal, los elementos o factores de su país, y por eso puede condenar, en esa Oración, a *los autoritarios que pululan entre los pobres como entre los ricos*. Lejos de instalarse en las nubes, este orador decía en ese discurso del 10 de octubre de 1891 en Nueva York: *Lo que no se puede cambiar, ha de tomarse como es. ¿Quién teme al juego natural y necesario de las pasiones y virtudes de los hombres, ni al conflicto inevitable de sus aspiraciones y cobardías, y de sus ímpetus e intereses? Vea el que desconfíe a la Naturaleza equilibrada y triunfante*. El *con todos* no significa solo la capacidad de participación política de los elementos del país, garantizada por el ejercicio de cada ciudadano. Se trata de reconocer lo que tenemos, en la realidad social tanto como en la realidad de la naturaleza humana. No es cuestión de contar con todos los de nuestro partido –aunque los partidos totalitarios no reconocen ni siquiera eso, pues fabrican una oligarquía que pretenden natural-, sino literalmente con todas las pulsiones sociales, pero tampoco en calidad de igualdad, como si el mal y las contradicciones pudieran desaparecer. *Eso mismo que hemos de combatir, eso mismo nos es necesario*, dice Martí, y de ahí los enérgicos *mienten* con los que enfrenta la opinión del adversario. Para lograr y mantener el equilibrio social es necesario que las diferentes pulsiones sociales se manifiesten con franqueza, incluyendo las negativas que tendrán que ser combatidas. Lejos de ser un edulcorante ideológico o la ilusión de un nefelibata, el *con todos* es un plan de la batalla social en democracia. Pero cuidado: esa batalla se opone a la eliminación del adversario. Pensador de la línea jusnaturalista, Martí ve a la naturaleza en un perfecto estado de equilibrio basado en la lucha, y eso es lo que propone para la sociedad, desde luego en un plano superior. Ya en un discurso en New York en 1888 hablaba de ir *aplicando a la ley de la política la ley del amor, de que da muestra suma y constante la naturaleza*; y al año siguiente menciona *la potencia unificadora del amor, que es la ley de la política como la de la naturaleza*. El *con todos* está presidido pues por una ley de amor, que es lo propio del hombre cósmico. Martí ve la sociedad como un ecosistema equilibrado por el amor. De ahí, entonces, que el *con todos* engendre de inmediato el *para el bien de todos*.

La política contemporánea comienza en el siglo XVII cuando el parlamento inglés le dice al monarca, que se cree rey por la gracia de Dios: no, usted se desempeña como rey por nuestro consentimiento. La desaparición del monarca como representante de Dios en la tierra constituye un acto de realidad imprescindible, y también una pérdida. El monarca es la imagen del bien trascendental, y cuando se pierde esa imagen y la sociedad se considera autosuficiente para gobernarse como le parezca, resulta que los hombres pueden acordar cualquier basura retardataria, como la de erigir el fñhrer de un partido único, en cuya persona reside la ley, con la bendición de Heidegger. En el concepto martiano, el bien preside la sociedad. Ese bien es el resultado de la ley del amor, como acabamos de ver. Se trata del espñritu evangélico, pues este orbe de ideas desciende evidentemente del cristianismo, la única religi3n que coloca al amor como la naturaleza de Dios y la obra de Dios. Ahora bien, Martí está distante de la teología en el sentido tradicional del término. En su condici3n de líder civil, propone la idea del bien como orientaci3n suprema de la sociedad. Esta idea es intuitiva, pero recordemos que es solo un elemento de la tríada del *culto* y el *con todos*, que de por sí son ya encarnaciones del bien. Esta tríada le resulta trinitaria a cualquier cristiano, pues en la base está el culto del Padre, ya que la dignidad de la mayor creaci3n del Creador merece ciertamente la mayor reverencia; y el *con todos* es la obediencia al Hijo, que vino para salvarnos a todos; mientras que el bien es la impronta del Espñritu de Santidad. Martí, republicano que lucha contra una podrida monarquía, disuelve proféticamente la misi3n del monarca como imagen de Dios en la condici3n ciudadana de los cubanos. La tríada martiana resuelve la permanente tragedia del liberalismo políptico, siempre acechado de dictadura real o solapada, o de miseria moral colectiva, puesto que no define ningún centro superior a la falibilidad de los hombres. Pero Martí, absolutamente fiel a estos principios, no los coloca en el mercado de la filosofía o la politología, ni siquiera lo promueve más allá del ámbito antillano. *Patria es humanidad*, dijo, y está pues consciente de que lo que intenta tiene importancia más allá de su patria, pero quiere servir a estos principios en la acci3n concreta de la política de su paíis. Estamos muy lejos los cubanos de hacerle un favor al mundo con la intelecci3n de la acci3n histórica de Martí, y ciertamente no me atrevo a tanto en este mensaje; y todavía más distantes de continuarla. La F3rmula del Amor Triunfante está escrita en el preámbulo de la ley fundamental vigente en Cuba, cuyo articulado en su mayor parte la contradice y la

niega. La razón de esa permanencia en un texto que la desconoce radica en que el espíritu evangélico de los fundadores magnánimos sigue vivo en nuestra nación, a pesar de los experimentos con ideas alemanas o rusas felizmente liquidadas que nos han llevado a la situación de crisis permanente que padecemos.

El *con todos* es pues algo más que la posibilidad de la participación política, es el ejercicio íntegro de sí garantizado para todos y actualizado en todos: y el *para el bien de todos* va más allá de la búsqueda ordenada del bien común, puesto que es un estado de amor inherente a la naturaleza social del hombre. Una parte de la politología actual se empeña en regresar a las consignas de Robespierre: libertad, igualdad, fraternidad, que dieron origen al tricolor francés y también al cubano, y que ellos consideran traicionadas por las democracias occidentales. Otros se quejan de que se ha legislado mucho para la libertad y la igualdad, y nada para la fraternidad. De hecho, no se puede legislar la fraternidad. El amor tiene sus leyes, pero no se pueden hacer leyes de amor. El amor existe o no. La sociedad se reconoce como una colectividad de hermanos, o no. El culto que Martí nos propone, como herencia del espíritu evangélico de los magnánimos fundadores, resuelve el asunto. La fraternidad no puede ser legislada, tiene que estar inculturada y sus fundamentos tienen que pertenecer al derecho consuetudinario. Por otro lado, la relación entre libertad e igualdad también está resuelta en la propuesta martiana. El ejercicio íntegro de sí es la fuente y el resultado de la libertad, y el respeto de ese ejercicio en los otros es la clave de la igualdad. Fijémonos que dice *como de honor de familia*, o lo que es lo mismo, la igualdad no proviene de la libertad sino de la fraternidad. Robespierre era un orador magnífico pero reciclaba ideas ajenas; Martí piensa por sí propio. Robespierre fue un político fracasado; Martí es el autor de la independencia de Cuba. No que Martí esté al margen de la tradición francesa, sino que la supera. En el discurso que acabamos de escuchar, nos celebra *este pueblo culto, con la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan, y truenos de Mirabeau junto a artes de Roland, que es respuesta de sobra a los desdeñosos de este mundo*. El marqués de Mirabeau presidió la Constituyente francesa que aprobaría la primera Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano en 1789; y con los desdeñosos de este mundo alude desde luego a los pujos de todas las oligarquías. De manera que si la fórmula martiana parte de la libertad individual, el ejercicio íntegro de

la persona humana, solo puede verificarse en la fraternidad, que garantiza por su propia naturaleza ese ejercicio para todos, y para el bien de todos.

Al que sospeche que estas ideas prueban precisamente que Martí era un soñador, me permito recordarles que fueron estas ideas encarnadas en la persona de Martí las que permitieron el prodigio de la unión de las desalentadas fuerzas independentistas y el estallido de una guerra ordenada y destinada a una victoria en breve en Cuba, que se convirtió en un infierno por parte de la monarquía española, no por la voluntad de los cubanos. El culto de Martí a la dignidad de los cubanos y su respeto del *con todos*, le permitió soportar y vencer las brutalidades de Gómez y Maceo, el veneno de Roa, el descaro de Collazo, las traiciones de Trujillo, las persecuciones de los aduladores, los lindoros, los alzacolas, los olimpos de pisapapel autonomistas, el lado negativo de sus compatriotas. Por otro lado, téngase en cuenta que Martí está presentando unas premisas para orientar el espíritu de la construcción republicana, no sus formas imprescindibles. El Partido se funda un 10 de abril, fecha de la Constitución de Guáimaro. En el plan de Fernandina, Martí desembarcaría con Gómez por la costa sur de Camagüey, para que Gómez se encontrara con su antigua tropa, y para que el civilismo camagüeyano impulsara la organización inmediata de la Asamblea Constituyente. Mientras que Maceo le exige a Martí en La Mejorana una forma precisa de gobierno, un consejo de los generales, Martí, otra vez, se atiene a principios y no a formas: *el ejército, libre, y el país, como país y en toda su dignidad representado*. Para Martí las formas podían ser muchas pero lo que importaba era el espíritu: nótese cómo la palabra dignidad vuelve a aparecer en esta última propuesta. El país, como país, es decir, una institución civil, no un grupo de militares. Sería agotador seguir todo este conflicto: baste señalar que Martí proponía la construcción de la República en Armas con un código civil y un gobierno civil que fuera el embrión de la futura república normalmente constituida por sanción popular. Y fue precisamente el fallo de la autoridad civil lo que permitió la ocupación norteamericana y la conversión de la república democrática en protectorado oligárquico.

En un día no se hacen repúblicas, había dicho Martí, pero incluso con la desgracia de su muerte antes de la Asamblea y con todos los males que salieron de la falta de un liderazgo que mantuviera vivo el espíritu de los fundadores, para el año 1940 la

República de Cuba ha dejado atrás la condición de protectorado oligárquico. No la de neocolonia, pero sí la del protectorado. Influye la situación internacional, la presidencia de Roosevelt y el aumento de la cultura en nuestro país. Pero al fin se ha elaborado un Código que se acerca a la idea martiana, ante todo por la acción del nuevo Partido Revolucionario Cubano, llamado Auténtico, cuyo nombre lo dice todo. Es imposible aquí estudiar las vicisitudes de ese partido, pero sería bueno que alguien se atreva pronto a estudiar su programa, pues el hecho de que unos políticos se mostraran muy inferiores a lo que proponían, no significa que las propuestas fueran erróneas. Es en ese ambiente de una primera recuperación de la idea nacional cuando se fundan las Naciones Unidas. Y de inmediato la diplomacia cubana está al frente de la obra. La lucha de la inteligencia nacional contra el protectorado acabó por generar la existencia en nuestro país de una Sociedad de Derecho Internacional y de una Asociación Cubana de las Naciones Unidas. En diciembre de 1945 la diplomacia cubana, cuyo cerebro es Pérez-Cisneros, habla con Winston Churchill para promover el lanzamiento de una Declaración de los Derechos del Hombre. Churchill pasa la iniciativa a Eleanor Roosevelt, la brillante esposa del fallecido presidente. Parece predestinado que el hijo de una francesa proponga una Declaración cuyo antecedente es la declaración de Mirabeau, luego ampliada por Robespierre. Pero se trata de un cubano paradigmático, muy crítico con los franceses y nada subordinado a los norteamericanos. Nótese que la gestión comienza con un inglés. La política exterior de los gobiernos auténticos fue muy independiente de la norteamericana, especialmente en la ONU. Se opuso al poder de veto en el Consejo de Seguridad y votó contra la creación del Estado de Israel, por mencionar solo dos puntos importantes. Guy fue además un abanderado de la descolonización. No solo Cuba había perdido la idea de la dignidad humana: el fascismo acababa de ser vencido. Es a partir de ese momento que la Declaración de los revolucionarios franceses va a ingresar a la Constitución de Francia. La dormida idea de la dignidad humana, defendida por Martí, vuelve a estar a la orden del día. Y con Martí impulsándola, a través de su discípulo Pérez-Cisneros, como acabamos de escuchar en su propia voz. En su artículo *Cincuentenario del Manifiesto de Montecristi*, publicado en el diario *Información* el 23 de marzo de 1945, es decir, dos días antes de la celebración, Pérez-Cisneros compara el Manifiesto con la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, y afirma que el Manifiesto es un texto superior. No es pues una influencia francesa ni una proclividad estadounidense lo que mueve a Guy a presentar la iniciativa de la Declaración a un inglés. Los ingleses son, por demás, los padres del

derecho constitucional, desde los días de la Carta Magna en 1215. El equipo diplomático cubano encabezado por Guy y asesorado por Dihigo están trabajando desde su propia tradición nacional, la tradición martiana, y con el espíritu de los fundadores magnánimos. La discrepancia entre ese espíritu y el anglosajón se manifestará cuando Eleanor Roosevelt propone desechar el artículo uno de la Declaración según la propuesta cubana, que decía: *Todos los hombres son hermanos*. Oh no, la brillante señora Roosevelt no está de acuerdo, puesto que ese enunciado no es, a su juicio, judicial. En realidad nada en esa Declaración es judicial, y por eso se ha debido de crear todo un cuerpo jurídico complementario en Naciones Unidas, para que los países se vean presionados a elaborar legislaciones que coincidan con él. Si hoy algunos cubanos pueden entrar y salir del país sin permiso, es porque el gobierno de La Habana se vio obligado a firmar uno de esos protocolos hace unos años. A Guy y a Martí le debemos también ese pequeño progreso del decoro en nuestra realidad actual.

Por otro lado, no se piense que el joven diplomático estaba cegado por la eficacia milagrosa de los textos. En su artículo *Liberación y libertad*, publicado en *Información* el 24 de octubre de 1944, más de un año antes de lanzarse a la iniciativa de la Declaración, Pérez-Cisneros escribe: *resulta ingenuo pensar en providenciales constituciones socializantes o en milagrosas Ligas de Naciones con un activo cuerpo de policía, que nos permitan un tibio amodorramiento ante pesebres bien colmados ¿Cuándo grabaremos en nuestras mentes que estas construcciones jurídico-sociales no son más que recursos y expedientes que sólo tendrán el valor que pongamos en ellos y que su eficiencia será nula si no los velamos y vigilamos, dispuestos siempre a defenderlos, enmendarlos y mejorarlos?* Como en Martí, el espíritu no solo evangélico, sino también heroico, tenía que estar en la base de la ley. Pero eso no le impidió, desde luego, luchar por esos recursos y expedientes que tendrían luego que ser vigilados, defendidos, enmendados y mejorados. Su propia gestión, comparada con la de Martí, era un ejemplo de ese espíritu. Cuando Guy se refiere a las constituciones socializantes, está pensando en nuestra Constitución de 1940, y la Liga de Naciones es desde luego el propósito ya anunciado de creación de la ONU. En la Declaración finalmente aprobada en la ONU hay un considerando que copia textualmente un pedazo de esa Constitución nuestra. De alguna manera Guy ayudó a redactar un texto que incluía en forma armónica e inseparable las dos alas de la propuesta martiana: el *con todos*, materializado

en los derechos individuales y políticos, y el *para el bien de todos*, en los derechos económicos y sociales. No que estos derechos agoten la propuesta martiana, que es más amplia, pero sí la actualiza y precisa y conforma un código que se debe vigilar, defender, enmendar y mejorar, especialmente entre nosotros, en cuya tradición fue concebida, desde el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre.

Cabe entonces preguntarse, en el mejor espíritu de Guy, ¿de qué ha servido la Declaración de los Derechos del Hombre y toda su legislación complementaria? Muy poco, en verdad. Incluso las simple Cuatro Libertades que proponía Franklyn Delano Roosevelt en 1941 han tenido esta respuesta: no hay libertad de expresión en Cuba; no hay libertad de creencias en Arabia Saudita; no hay libertad frente a la miseria en Burundi; no hay libertad frente al miedo en los Estados Unidos. Hay que tener paciencia, hermanos. La propia Declaración francesa de 1789 era el resultado de una evolución secular de la idea del derecho, que tiene uno de sus arranques en Santo Domingo, La Española, en 1511, cuando el sacerdote dominico Fray Antonio de Montesinos pronuncia el sermón conocido como *Yo soy la voz que clama en el desierto*, en la que excomulgaba a los colonizadores que abusaban de los indígenas. Entre los que escuchan el sermón y siguen explotando está Bartolomé de las Casas, al que mudan para Cuba a fin de que se haga rico, y lo logra, hasta que, según Martí y la Iglesia, *oyó la voz*, la voz que le ordenaba no explotar a nadie y respetar el derecho ajeno, de manera que el 15 de agosto de 1514, en el caserío de Sancti Spiritus, repite la excomunión de su hermano de la Orden de los Predicadores, renuncia a sus propiedades, se queda solo con una yegua, y se lanza a la aventura de defender de por vida el derecho de gentes. La primera acción pública del Siervo de Dios Félix Varela y Morales fue un discurso para orientar las votaciones a Cortes; y su primer magisterio, la Cátedra de Constitución que exponía por primera vez en nuestro archipiélago las ideas fundamentales del derecho político contemporáneo. Hay un elemento cognoscitivo en la moral. La humanidad es lo suficientemente pobre como para haber creído que los indígenas no eran humanos, como opinaban ciertos sacerdotes muy ilustrados que persiguieron a Las Casas, y que a los españoles les tocaba el dominio del mundo. Pero no: cuando se llegan a estos extremos se oye la voz y comienza el cumplimiento del mensaje divino. Hoy Las Casas es reverenciado como fundador del Derecho Internacional y se encuentra en proceso de canonización. En este resultado Cuba ha tenido mucho que ver, pues fueron los

pensadores cubanos del XIX los que rescataron la figura de Las Casas y obligaron a los españoles a publicar sus denuncias. Si hoy los pueblos indígenas ven respetados sus derechos en todo el orbe es porque un cristiano español, Las Casas, dio la batalla por ellos, hace quinientos años. Y ni así la batalla está ganada. Ahí tenemos al señor Putin, pujando por tragarse unos pedazos de Europa y de Asia para aumentar el área tan enorme como mal empleada del país más extenso y más imperialista del mundo. La batalla por los derechos no ha terminado sino que apenas empieza. En donde quiera hay que dar la batalla, y habrá que darla siempre, y es preciso darla sabiendo.

Pero si en materia de derechos formales o reales hoy en día no falta el esfuerzo y hasta la exageración que proviene de la democratización de la vida en todos los países, el culto a la dignidad humana ha desaparecido casi totalmente. Darwin, Marx y Freud deshicieron la idea del ser humano como criatura divina, y hoy suponemos que somos primates sin más destino que la lucha inmoral por la riqueza y el placer. Dos masacres mundiales, dos regímenes totalitarios con propósito de dominio mundial, dos bombardeos atómicos, la destrucción de esa misma naturaleza que inspiraba a Martí, el ateísmo práctico y la vida relajada y nula de la ausencia de sentido y la panacea de la eutanasia, nos han dejado con pocas ganas de identificarnos con el David de Miguel Ángel, y de hecho ha desaparecido del arte la representación del cuerpo del hombre y de la mujer, como no sea en sentido irónico o como monstruo sin redención. El terrorismo, venga de donde venga, viene ante todo de esa claudicación global ante la propia dignidad. La mayoría de los líderes mundiales afectan la apariencia de gente corriente, en el peor sentido del término; y sus discursos son elencos de lugares comunes, incapaces de movilizar al prójimo hacia el ejercicio íntegro de sí mismo y hacia el bien de todos. Todavía podemos tener la esperanza de que el empleo mínimo de esos derechos –pues incluso después de poseídos, son abandonados por la pasividad y la desidia colectivas- por los que se esfuerza la gente aquí y allá, pueda devolvernos una imagen positiva de nosotros mismos, y recuperar el sentido de nuestra dignidad de hijos de Dios, el espíritu heroico por evangélico que reside en el corazón de Occidente. Los cubanos tenemos en Martí una guía estupenda para regresar a la fe en el hombre como criatura divina, capaz de llevar, en la perspectiva de los siglos, la República Universal del Hombre ante los umbrales del Reino de Dios.

Y aquí, hermanos, podría yo acogerme al beneficio mutuo del silencio. Pero me pregunto si vale la pena responder con una evasiva cómoda ante estas majestuosas iluminaciones. ¿Es posible defender el espíritu evangélico y heroico de nuestros fundadores magnánimos y luego acogernos a una estrategia de inteligente cobardía? ¿Puedo deshacerme del hecho de que en este Archipiélago bendecido por Las Casas y Varela, regado por la sangre de Martí, enriquecido por la acción de Pérez-Cisneros, se haga la apología de la porra de marabú para partirla el cráneo a todo aquel que padezca el infortunio de no coincidir con las autoridades y declararlo abiertamente? ¿Cómo es que el con todos y para el bien de todos ha sido sustituido por la realidad de contar con los comunistas para el bien de los mayimbes? ¿Cómo es que el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre se ha convertido en el sacrilegio de la porra de marabú? Y sin embargo, la Constitución elaborada por los comunistas ha inscrito en su preámbulo estos principios. No hay que contestar al odio con el odio. Como dijo Gandhi, no podemos volvernos ingleses. Hay comunistas que creen sinceramente en Martí y que ahora pueden y deben y quieren creer más que nunca en él, puesto que han perdido racionalmente la confianza en sus anteriores disparates alemanes o rusos. A ellos y a todos mis conciudadanos, me atrevo descaradamente a proponerles estas palabras:

NOS, las mujeres y los niños, los ancianos y los hombres, los jóvenes y los adolescentes que integramos el pueblo que habita el Archipiélago Cubano, ilustrados por la sabiduría de nuestros magnánimos Fundadores, y comprobando en nosotros la presencia de un Amor, proclamamos ante nuestros hermanos de todas las patrias del mundo, ejercemos personalmente y defendemos unidos el presente

ACUERDO DE LOS CUBANOS

1. Estamos constituidos en Patria con el nombre de República Cubana para el culto a la dignidad plena del ser humano, con todos y para el bien de todos.
2. Nuestra Patria es un hecho y un culto, no una ley. Ninguna palabra de las leyes puede contradecir ese culto. Las leyes de la República son sólo la expresión

temporal, y siempre en perfeccionamiento, de ese culto. Es el espíritu del culto, por encima de cualquier definición, lo que nos guía, y no la palabra de la ley. Nuestro Acuerdo es el mantenimiento vivo del culto, de donde debe emanar toda ley, toda interpretación de la ley, y toda modificación de este Acuerdo.

3. La existencia de este culto en las relaciones interpersonales de los cubanos es el sustento de la Patria y la razón de ser de las instituciones de la República, incluida la Constitución y la legislación complementaria. La educación de los ciudadanos, en la familia y en las escuelas, es fundamento de ese culto.
4. La dignidad plena del ser humano tiene como premisas la vida, la libertad, la propiedad individual y colectiva, el ejercicio íntegro de sí, y el derecho a la protección mutua y fraternal. Las leyes garantizan esas premisas.
5. La dignidad plena del ser humano exige la soberanía del individuo. La soberanía de un cubano no tiene otro límite que la soberanía de sus conciudadanos. La soberanía nacional es el acuerdo libre entre los cubanos soberanos.
6. La dignidad plena del ser humano se realiza en la fraternidad. La República existe CON TODOS los miembros de la sociedad, en la participación y en la responsabilidad, PARA EL BIEN DE TODOS.
7. La República reconoce la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, redactada por la inspiración de Guy Pérez Cisneros bajo la advocación de José Martí, como una aproximación inicial a sus propósitos.
8. Los cubanos nos profesamos atentos a cualquier hecho, concepto o propuesta que nos permita ampliar y fortalecer el culto a la dignidad plena del ser humano.

9. Los cubanos nos consideramos Hijos del Bien. Amamos el Bien por encima de nosotros mismos. Este principio no debiera ser renunciado jamás.

10. Este Acuerdo de los Cubanos solo puede ser modificado mediante referendo, convocado por la Representación Nacional y aprobado por las tres cuartas partes del electorado.

Ojalá estas palabras pudieran servir de algo. Es muy difícil creer que sirvan para algo más que para el debate de unos amigos en una casona camagüeyana. En todo caso, es un ejercicio de fe, un ejercicio íntegro de mí mismo al que tengo derecho, después de veinte años de organización de esta Peña, a la que nunca le han faltado ni colaboradores ni público. En todo caso, me retiro ahora recordando los versos del magnánimo fundador que seguimos reverenciando:

Va con la eternidad el que va solo

Que todos oyen cuando nadie escucha.

Queda abierto el debate.

ABDALA EN SU BARRICADA DEMOCRÁTICA

Cuando el poeta de dieciséis años me invitó a ver *Abdala, un héroe del XXI*, la obra que *Teatro del Viento*, dirigido por Freddys Núñez, presenta desde hace unas semanas en la sala Tasende de Camagüey, reaccioné negativamente. Ya es moda burlarse de Martí, el publicitado Autor Intelectual, y para colmo yo fui actor aficionado a los catorce años y mi único papel público fue precisamente Abdala. No tenía ganas de entrar en la sala teatro de mi adolescencia para enfrentarme a los despistes de unos protestones que no distinguen entre la propaganda y la realidad. Pero como respeto la adolescencia ajena, fui arrastrado por el poeta, que ya había visto la obra: y a lo largo de la hora y algo más que dura el espectáculo, estuve llorando silenciosamente, y al final, para salvarme de la angina de pecho, acudí a darle las gracias a Freddys. Pues lo que este grupo de más de diez actores jóvenes ha estado presentando, y no sé cómo lo han permitido, es una recontextualización de esa obra de José Martí, desde una sincera y desenfadada perspectiva democrática de barricada.

Abdala es mejor obra de teatro de lo que se cree. La eficacia escénica de los versos del muchacho de dieciséis que la escribió, no puede ser ignorada por cualquiera que se tome el trabajo de decirlos en escena. Pero no se dicen. Nadie lee a Martí. Unos creen que se trata de literatura patriótica, es decir, falsa literatura. Otros que es literatura patriótica de verdad, y por eso muy peligrosa, siendo el patriotismo veneno de gente arcaica, sin cuenta en las redes sociales mundiales. Con inteligencia Freddys Núñez ha empezado por hacer sarcasmo de ese desconocimiento, la total falsedad de las lecturas oficiales de Martí: un prospecto de jinetera declama en forma histérica *Los Zapaticos de Rosa*. La novia de Abdala –alegoría de la Cuba actual– es igualmente una muchachita que conocemos bien, pragmática, chusma, cínica. Pedro Abdala es el caudillo de barrio. Lo siguen los hombres y las mujeres de cualquier tipo. El protagonista es el Pueblo, y los personajes son solo encarnaciones irónicas, según las tradiciones del distanciamiento brechtiano: hasta el punto de que varios actores se desempeñan como testigos, ciudadanos que cuentan sus dolorosas experiencias desde el proscenio: incluso Freddys habla como Freddys, en términos heroicos y hasta obscenos, desde el público: pero Pedro Abdala es siempre el mismo actor. Tan humano como valiente, Abdala no

renuncia un instante a su naturaleza de caudillo, incluso cuando tiene que enfrentarse a la Madre, que le predica el retraimiento para salvarlo de una muerte segura a manos de los mayimbes: pero él es el caudillo democrático definido por José Martí: *Decidle al pueblo que con él al campo / Cuando se ordene emprenderé la marcha*, endecasílabos que repite una y otra vez, pues se trata de un Joven Noble, pero no de aristocracia sino de pueblo, que no está por encima de nadie ni se cree en posesión de un pueblo, sino que espera esa orden superior de acción. En el adolescente Martí, Abdala espera la orden del Senado de Nubia. Pedro Abdala no define de quién recibirá la orden de actuar, pero evidencia que se trata de una decisión política compartida, no de un proyecto autoritario o una inspiración exclusivamente suya. Pedro Abdala es un caudillo democrático, que cree sinceramente en la igualdad y la fraternidad. El caudillo democrático descrito por Martí con términos de aristocracia, se ha convertido, un siglo y medio después, en el pronóstico de un caudillo democrático de barrio, dichosamente popular.

La autoridad de esta puesta en escena está pues en el hecho, inesperado aunque imprescindible, tan dudable como inspirador, de que el olvidado pensamiento patricio de Patria y Libertad, sobre el cual se estableció la nación cubana en el siglo XIX, y cuyos líderes fueron Agramonte y Martí, los únicos caudillos democráticos de nuestra historia, ambos muertos en combate como Abdala, está encarnando, en el siglo XXI, a nivel del pueblo, de lo mejor del pueblo, aquí representado no por los personajes sino por los ciudadanos que integran *Teatro del Viento*. Se me dirá que son unos ciudadanos cultos. Pero es que ahora estamos todos instruidos. Que son no más que un grupito. Pero es que el público de jóvenes, y los ocambos como yo, no han dejado de ocupar la sala, semana tras semana, a pesar de que la entrada es carísima; y unos cuantos hemos repetido. ¿Qué ocurriría si la filmación de esta obra se diseminara por el país? ¿Podrá ponerse en La Habana, en Santa Clara? Veamos si hay esperanza: la cínica novia de Abdala, Cuba, acaba sumándose a Pedro. No es la primera vez que el arte, visión radical de la realidad si las hay, acaba anticipándose, como la más calificada profecía, a la realidad. Y qué causalidad, este espectáculo afirmativo, trepidante, de sin igual valentía, ha sido creado, presentado y aplaudido en Camagüey, la ciudad de Ignacio Agramonte, cuyos discípulos fueron, en Tampa, el núcleo de la creación del Partido democrático de José Martí. Lo que mis amigos y yo hemos defendido durante más de veinte años en la

Peña del Júcaro Martiano, en Camagüey, está en esta obra, y más: porque aquí está la voz del pueblo, no solo la del intelecto, y la voz del pueblo es la de Dios. Una Cuba caliente, hirviente, no de sexo o placer, para nada excluidos ni negados, sino de verdad y de voluntad, se atreve a ser en esta obra que todo demócrata cubano debiera ver, defender, meditar e incluso obedecer, para que Cuba, al fin, empiece a ser; para que Cuba sea lo que quiere ser; para que Cuba, desde abajo, y para los de abajo, sea. ¡Negros de Nubia, conmigo, al proscenio!

24 de febrero de 2018.

UN TALLER CON MI FAMILIA

Tania Bruguera quiere que tú impartas su taller la semana que viene, me dijo el documentalista Eliecer Jiménez, familia mía. De repente me vi en un apartamento de la calle San Ignacio, en la Habana Vieja, donde habita el artista Lester Álvarez, familia mía. Y entró la Bruguera, rubia e impetuosa. Yo nunca había visto a una persona que exhibiera en el MOMA, en la Tate Gallery. Según otros amigos que creo yo que son familia mía, se trataba de un personaje demoníaco, que había alcanzado de cualquier manera esos lugares en donde a tantos les gustaría medrar. Entró, se sentó, habló, y fue familia mía. Como tenía que ser.

El Jueves por la tarde en casa de Tania en Tejadillo –nunca mi Habana Vieja fue más íntima, más mía- comencé mi charla sobre *Poesía, arte y cívica en Cuba*, con un microperformance en la que huía de Tania. Sí, le tienen miedo, y aunque estábamos en el patio, desde los pisos superiores nos contemplaba un público que no quería entrar por la puerta abierta y sentarse. Un glorioso fotógrafo joven estuvo a punto de tirarles una plancha, pero gracias a Dios no lo hizo. Varela el violinista, Céspedes el poeta y traductor del latín, letrista iniciador de la trova cubana, Amalia Simoni la intérprete de Verdi en el Teatro Principal de Puerto Príncipe, los miembros de la Sociedad Filarmónica de Camaguey que se fueron en masa a la manigua, los tres poetas políticos con que comienza nuestra poesía del XX –Poveda, Boti, Acosta-, Villena el metafísico extraviado en el treinta, el maravilloso elenco de hombres de la política que fueron ejemplos de sensibilidad hacia la literatura y el arte, y de los creadores que a su vez fueron modelos de cívica y de actitud política, pasó antes nosotros para hacernos ver que Tania no es alemana, no es yanqui, no es canadiense, es miembro de esta tradición cubana de relación entre la poesía, el arte y la cívica, en busca de la mejor política posible, que es el arte de hacer felices a los hombres, según Martí. Yo estaba feliz con las intervenciones del público, de altura intelectual y sinceridad perfecta. Al final parecíamos colgados del cielo. La alegría, en nuestra patria, es una fuerza cívica.

El Viernes comenzó con la noticia de que por culpa nuestra habían cerrado el bar de la esquina. No sé si hubo la previsión de que los decididos alcohólicos se incorporaran al taller. Pero no estábamos planeando ninguna sublevación. Nos emborrachábamos con la actitud de Guy Pérez-Cisneros, un hombre fino del arte y la diplomacia que tuvo la iniciativa de crear la Declaración Universal de los Derechos, inspirado por José Martí. Tuvimos que considerar a Martí, el hombre máximo de la poesía, del arte y de la cívica en Cuba, que creó esa fórmula de nuestra democracia: *con todos y para el bien de todos*, con que terminaba el discurso de Guy en Naciones Unidas el 10 diciembre de 1948. Y estudiamos al líder Martí, cumbre de la relación entre poesía, arte, cívica y política en Cuba, como creador de un Partido de democracia impecable. ¿No sería bueno que el futuro Delegado de la Patria, el presidente o presidenta o ejecutivo nacional tuviera que elegirse año tras año en elecciones libres, como hizo el delegado Martí para eliminar, explícitamente, hasta la más mínima posibilidad de autoritarismo o dictadura? El maestro Ángel Santiesteban se sumaba a la pasión martiana: los jóvenes le secundaron con sinceridad. Solo había que lamentar la ausencia de los hombres del bar.

Es peligroso, pensé, en Sábado Santo, cuando Cristo está en el sepulcro y parece que ha muerto la esperanza, visitar a un enfermo. Bueno, en mi infancia se decía Sábado de Gloria... Sé que el poeta Rafael Alcides es un duro, como Santiesteban el ángel, pero aun así, puede parecer poco delicado. Otra vez confié en mi familia y me senté junto al poeta, casi sin voz y lleno de lucidez y de coraje.

Es un Sábado de Gloria, dijo de repente Alcides.

Podemos confiar, dice el pulóver que visten los muchachos de Tania.

Confía, cubano, en Tania Bruguera.

Confía en la poesía y la cívica de Rafael Alcides.

Confía en tu familia.

Ten fe en la Semana Santa.

Pascua, MMXVIII.

NOTICIA

El Presidente Electo de la República de Cuba amanecerá el 21 de mayo en Baracoa, ciudad primada de la patria. Después de recibir el saludo de los lugareños, se dirigirá por carretera hasta Guantánamo, vía a Santiago. A las doce meridiano permanecerá solo y en silencio en el recinto del Mausoleo del Apóstol en Santa Ifigenia. A la salida se le incorporará el Vicepresidente Electo, y ambos abordarán el helicóptero blanco, azul y rojo que los conducirá por sobre las multitudes de Bayamo, Holguín y Las Tunas. El helicóptero descenderá en Guáimaro frente a la Sala de la Constitución, donde los mandatarios recibirán del Presidente del Tribunal Supremo sus documentos de investidura y la copia de la Carta Magna sobre la que han de jurar sus cargos. Acompañados del Magistrado, el helicóptero sobrevolará las capitales provinciales hasta Mantua, donde se le incorporará el Presidente de la Cámara de las Provincias y un representante de la Guardia Nacional, único órgano armado del país. En vuelo otra vez, la nave sobrevolará Pinar del Río y descenderá frente a la escalinata de la Universidad de La Habana, donde encontrarán a los Presidentes de las Cámaras de las Provincias, de los Representantes, y de los Servidores del Pueblo, y de las Oficinas de la Libertad. La Comitiva Nacional ascenderá hasta el Aula Magna donde permanecerán en silencio ante los restos de Félix Varela. Después de cantar el Himno, y seguidos por las autoridades de todas las creencias religiosas de la nación y de la sociedad civil, la comitiva se dirigirá al Capitolio, donde, a nivel de la calle, y rodeados por el público y por los legisladores nacionales y provinciales, verán y escucharán el arrebato de la Campana de la Demajagua llamando a la Libertad. En el silencio sucesivo, los Príncipes del Pueblo, una pareja de estudiantes de secundaria, le exigirá al Presidente el Juramento Con Todos y para el Bien de Todos. En la escalinata el Presidente presentará al Consejo de Ministros, y la Asamblea Nacional los ratificará. Una delegación de los prisioneros comunes amnistiados con motivo de la ceremonia sostendrán las Actas de Toma de Posesión que firmarán los funcionarios. Los delegados constituidos de la República no podrán subir al Capitolio ni abandonar sus alrededores mientras dure la Fiesta del Pueblo.

Jueves Santo, MMXI.

ÍNDICE

SINCERÁNDOME	2
DEL MAGISTERIO EN LA ALDEA	3
CÍVICA Y POLÍTICA	6
RAZONES PARA DESCONFIAR DEL PERIODISMO	13
JÓVENES, SED JÓVENOS	28
RITA, NITZA	39
REGRESAR A LA LUNA	42
CONSTITUCIÓN Y ESTADO DE DERECHO EN CUBA	45
TRES POETAS POLÍTICOS	54
UN MERCENARIO FABULOSAMENTE ÚTIL	58
EL FILIN ES CONTRARREVOLUCIONARIO	62
JORGE MAÑACH, PRESENTE	65
OCIEL AHORA	76
BARACOANDO	79
THOMAS MERTON, TURISTA DE DIOS	82
CONTROVERSIA CON EL COMPAÑERO QUE NOS ATIENDE	84
LA PASIVIDAD EN CUBA	94
LA LENGUA INCIVIL	104
INTERVENCIÓN EN LA 22ª PEÑA DEL JÚCARO MARTIANO	107
ABDALA EN SU BARRICADA DEMOCRÁTICA	121
UN TALLER CON MI FAMILIA	124
NOTICIA	127